

«Dispara usted o disparo yo»



Humphrey Bogart en *El balcón maltés* (1941)

Revista Brevilla

2017

Brevilla, revista digital de minificción.

© Antología digital de microrrelatos *Dispara usted o disparo yo*. Santiago de Chile, marzo de 2017.

© De los textos/ilustraciones, sus autores/as.

Editora: Lilian Elphick Latorre.

lilian.elphick@gmail.com

Comité Editorial: Lilian Elphick L. (Chile), Patricia Nasello (Argentina), Sergio Astorga (Portugal/México).

Compiladores/as: Patricia Nasello (Argentina), José Manuel Ortiz S. (México), Melanie Márquez A. (Estados Unidos), Geraudí González (Venezuela), Sergio Astorga (Portugal y Brasil), Jorge Etcheverry (Canadá), Solange Rodríguez P. (Ecuador), Alberto Sánchez Argüello (Nicaragua), Lilian Elphick (Chile/otros países), Pablo A. García M. (España), Alberto Benza (Perú).



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.



Brevilla es una idea original de Lilian Elphick y su nombre proviene de Godzilla, antiguo monstruo japonés.

Ilustración: Sergio Astorga.



Argentina

Compiladora: Patricia Nasello

Esteban Agueti

El amor del Flaco

Lo conocían en el barrio como «El Flaco», y era un hábil *hacker* devenido en investigador privado.

El trabajo de hoy era especial, era personal. Venía de parte de su chica a castigar al ex que no la dejaba en paz.

Así, sentado en el asiento de un «128», se calzó un pasamontañas, agarró un pesado caño de metal y se bajó del auto rumbo a la casa. Abrió despacio la puerta y se metió a la casa cual gato. Él estaba en la cocina. No vio venir el primer golpe. Antes de que pudiera darse la vuelta, el Flaco le asestó otro.

«¡Dejala en paz, hijo de puta!», lo increpó. El hombre, por toda respuesta, empezó a reírse. Sorprendido, lo golpeó con todas sus fuerzas en la cara. El desgraciado lo miraba con un ojo que empezaba a hincharse y reía estúpidamente. Entonces sintió el plomo en la espalda y al instante un estallido ensordecedor.

El Flaco se dio la vuelta para encontrarse con ella, su dama, que sostenía con fuerza una 38.

«Ahora sí nos vas a dejar en paz, enfermo», dijo la mujer, apretando los dientes, con lágrimas y la voz temblorosa. Antes de que el Flaco pudiera explicar por qué la había espiado durante meses, las preocupaciones que lo habían llevado a violar sus contraseñas y el inmenso amor que lo había impulsado a llenar todos sus buzones de enigmáticos e-mails, ella soltó otro disparo atronador, aunque él nunca llegó a escucharlo.

Sábanas de Satén

«El satén es lo mío», había dicho ella acentuando la última palabra con un delicado movimiento de su copa de vino, acariciando apenas el borde del vestido corto, verde, para dar énfasis a su declaración, apropiándose con sus palabras de aquella tela. Él había

sonreído y no pudo evitar imaginársela envuelta en sábanas de satén gris, o rojo quizás.

Aquella noche transcurrió rápida entre la emoción de la conquista y los sopores del alcohol, y quizás algún sutil aliciente que él había incluido en la copa de ella, sólo un pequeño incentivo para hacer el encuentro más interesante. Tenía experiencia, y la exhibía ante ella, que bebía sus encantos y se embriagaba con halagos.

Ella resultó ser una presa digna, al final. Él eligió un buen hotel, en pleno centro, y ambos sonrieron al registrarse con nombres falsos. Su mente podía ser ágil, aunque se había enredado demasiado con el amor a la imagen, pero disfrutó él de la conquista.

Cuando el encuentro terminó, quedó realmente satisfecho, como pocas veces en su vida. Había valido la pena realmente tanto gasto, y había aprendido un par de cosas nuevas para aplicar en el futuro. Ahora era momento de limpiar, de dejar todo en orden y marcharse, después de todo, el documento, el nombre y la firma eran los de alguien más. Limpió y antes de cruzar la puerta miró una vez más al cuerpo envuelto en satén gris, ahora rojo de sangre. Sí, realmente el satén era lo suyo.



Esteban Agueti. Alta Gracia, Córdoba. Empecé a escribir desde hace seis años, especialmente cuentos fantásticos y de terror. En 2011 resulté finalista del concurso Mundos En Tinieblas organizado por Editorial Galmort, aunque el cuento quedó inédito por problemas de la editorial. En 2014 resulté ganador del concurso La Era del Dragón, organizado por Heroes Studios. Actualmente estudio historia en la UNC, administro una página de Facebook, Las Voces de la Salamanca, y tengo una novela terminada que espero publicar un día.

Aldo Altamirano

Asuntos pendientes

Mientras conducía, la fortuna de tener la familia que lo acompañaba en la dura profesión elegida le ocupaba el pensamiento. Clara era una mujer encantadora; hacía 18 años que estaban casados y habían concebido a tres hermosos hijos. Ámbar, la primogénita, había heredado la belleza de la madre y la templanza del padre; en sus dulces 16 años había recibido un anillo con un fino detalle de diamantes que enaltecía sutilmente su belleza. Franco, con 14 años ya lucía una contextura física similar a la de su padre y sus dotes deportivas sobresalían de sus pares. Y la pequeña Abril de 4 años que, con sus ojos azabaches y su amplia sonrisa, embelesaba la vida familiar desde su nacimiento.

Al llegar al lugar, se aseguró que todos los protocolos de preservación de la escena del crimen se hubieran cumplido. Organizó al personal policial de manera estratégica y circundó con su presencia el predio con el profesionalismo que lo caracterizaba. Al acercarse al bulto cubierto de mantas, el reflejo de un pequeño anillo de diamantes le encandiló la vista.

Eleuterofobia

El nuevo edificio poseía medidas de seguridad extremas. Cámaras, alarmas, sensores, concertinas y personal de guardia hacían del lugar un espacio blindado. Sin embargo, siempre tuve la sensación creciente de que alguna puerta o ventana podían violarse y eso me producía un estado de excitación extremo.

Esa noche, al pasar el guardia de seguridad, saqué mi mano por los barrotes, le arrebaté el arma y me descerrajé un tiro en la sien. A una década de este episodio, la justicia aún no puede develar las razones del suicidio.



Aldo Altamirano nació en Mendoza, Argentina, donde vive actualmente. Es Docente del Nivel Primario y Universitario. Se desempeña como Profesor de Pedagogía en la Universidad Nacional de Cuyo. La docencia y la escritura son sus pasiones. Comenzó a escribir cuentos y microcuentos para sus alumnos de escuelas primarias y ha publicado en distintas antologías y revistas locales.

Diana Beláustegui

La bestia

El inspector Rodríguez había descubierto que la bestia asesina era la mujer que amaba y eso lo estaba demoliendo.

La tenían cercada, le pidió ayuda a la agente con la que trabajó durante diez años. Necesitaba que alguien lo respaldara por si tenía que matarla.

—La tienen en el Hotel de la calle 18 —gritó Cándida mientras subía al auto —está en la habitación...

—104 —completó él, y la agente lo miró unos segundos.

—Cándida, yo la conocía —aclaró y arrancó ante la mirada serena de su compañera.

Llegaron en 5 minutos, abrió la portezuela, corrió hacia el hotel donde tuvieron sus primeros encuentros a escondidas, subió las escaleras junto a otros 6 policías, llegaron, golpeó y la llamó.

No hubo respuesta.

Se dio media vuelta en busca de la mirada de su compañera pero no la encontró, dio la señal y derribaron la puerta.

La bestia estaba sobre la cama, en el piso, en el baño, empapando las sábanas y había servido como tinta para un mensaje dejado en la pared: «YO TE AMABA MÁS QUE ELLA».

¿Quién había escrito la nota? ¿Hacia quien estaba dirigida?

La firma era una C.

Nuevamente intentó encontrar a su compañera pero aún seguía ausente, estaba por preguntar por ella cuando recordó su rostro sereno cuando le confesó que conocía a la bestia ¿ella lo sabía?

Miró por la ventana. Cándida estaba parada junto al patrullero, observándolo, le sonrió levemente y sin dejar de mirarlo, levantó el arma y se disparó.

La captura

—Hacé algo, a vos te va a escuchar.

—Él no escucha a nadie, mucho menos a mí.

—Nos van a matar si nos encuentran. Todo se ha ido al carajo; ¿qué vamos a hacer? ¡Dios!

—Ya no podemos hacer nada. No pierdas tiempo, preparate que nos vamos ya.

—No tendríamos que haberlos matado. ¡Dios! ¡Dios!

—Vos no los has matado, calmate, vamos, pueden llegar en cualquier momento.

—¿A dónde vamos?

—Primero tenemos que salir vivos de aquí, después pensamos la dirección.

—¡Dios! ¿Qué ha sido ese ruido?

—¡Shhh! Están abajo, han llegado, dejá todo. Seguime.

—No abras la puerta.

—Vamos a salir hacia la terraza, de ahí cruzamos al edificio de al lado.

—Intentá hablarlo.

—Es lo mismo, no va a tener conmiseración, vamos.

—¡Están en la puerta! ¡La van a tirar! ¡Diooooooss!
AAAHHHHHH!!!!

—No grites.

—Inspector, nos rendimos, no dispare. Ha sido él, yo no maté a nadie.

—No le hagas daño a ella, no tiene la culpa. Nadie tiene la culpa, tu mujer se interpuso, fui yo el que la mató pero porque no me quedó alternativa, no tenía pensado matarla, quería que me respetara, que me tratara como a los hijos que tuvo con vos. Luego llegaron sus hijos y todo se complicó, me atacaron, los maté en defensa propia.

¡Noooo! ¡Te dije que ella no tuvo la culpa! ¡Amor, contestame, amor!
¿Qué has hecho? ¡Ella era inocente! ¿Qué estás por hacer? Papá, papá,
soy yo, por favor, por favor, por...



Diana Beláustegui publicó en varias antologías y revistas
virtuales. Su primer libro, *Escorpiones en las tripas*, vio la luz en el 2014.

Bee Borjas

Cuenta conmigo

La ceremonia de jugar a la pelota fue inalterable hasta que las hermanas Gruber se mudaron al barrio. Las rubias valquirias no tardaron demasiado en sustituir el amado ritual por un juego que considerábamos una verdadera niñada y entonces la escondida se transformó en nuestro flamante pasatiempo.

Maya era la menor de las deidades. No era muy linda pero sus ojos azules ejercían un efecto devastador en un mancebo como yo.

Cada vez que le tocaba contar, me miraba suplicante y rogaba que permaneciera a su lado. Una de sus manos se aferraba a la mía de manera dolorosa. Casi agobiante.

1, 2, 3... —recitaba con su voccecita áspera tan peculiar.

Un día me negué. Estaba cansado de soportar las burlas de mis amigos. Ella se quedó llorando. Harto y sofocado corrí para no escucharla. Recalé en los galpones del antiguo astillero. Hundí el cuerpo en medio de una montaña de aserrín y esperé. El sopor jugó su carta y caí en un profundo sueño.

1, 2, 3... —repetía Maya.

Cuando escuché las voces de mis amigos desperté de un salto. Mientras iba a su encuentro decidí disculparme con la pequeña tirana.

Las fuerzas nos abandonaron alrededor de las 8 de la noche. La buscamos hasta que las sombras del crepúsculo cubrieron los tejados del vecindario.

Nunca apareció.

Los Gruber vendieron la casa de tejas azules y partieron un verano más tarde.

Dicen que los niños se olvidan rápido de las tragedias. No es así.

Nunca pude.

Antes de la merienda

Después de calzarse las botas de cuero, se miró en el espejo del baño de damas y enfiló hacia la salida del bar. La garúa le mojaba el cabello que se empecinaba en pegársele en la cara. Observó el reloj de la Torre de los Ingleses y confirmó que faltaban 5 minutos para las 6 de la tarde. Recorrió el trayecto final con esa fría calma que le helaba el corazón y le anesthesiaba la conciencia.

Giró en la segunda esquina y entró en un viejo edificio que conservaba la fachada de mármol antiguo. Subió los dos pisos trepando ágilmente por las escaleras. No fue difícil encontrar la oficina del Jefe del Sector. Golpeó el vidrio de la puerta una sola una vez.

—¡Pase!

El hombre que le ordenó entrar ni siquiera le dirigió la mirada. Hablaba por teléfono, engullía unos bizcochos y no dejaba de pegarle frenéticas caladas a un cigarro de filtro negro. Cortó la comunicación. Entonces la miró por primera vez.

—No es personal —siseó ligeramente.

La bala le atravesó el corazón. Fue un disparo limpio y certero. En el viejo despacho sólo se escuchaba de fondo el relato de un partido de fútbol de segunda división.

Ya estaba en la calle cuando el celular vibró dentro del bolsillo de la chaqueta. Tenía un mensaje de texto. Arrojó la peluca negra dentro de un cesto de basura y corrió hasta la parada del ómnibus. Su hijo había regresado de la escuela y la estaba esperando para tomar la merienda.



Bee Borjas Buenos Aires, 25 de Marzo de 1966. Diseñadora gráfica y escritora. Publicó sus primeros relatos en 2009 en la plataforma digital Liibook.com A partir del año 2010 desarrolló su propio blog de literatura. Colaboró con varias revistas digitales y participó de dos antologías de cuentos: *Lo mejor de Para cuentos 2013* (Edición Argentina) y *Microesferas* (Edición española).

Mónica Brasca

El último detalle

Decidió que había llegado el día. Llamó a su novia. Encargó las flores. Buscó la carta que había escrito hacía tiempo y le agregó la fecha. Sacó del placar el traje más indicado para la ocasión. Lo cepilló. Se vistió. Se perfumó. Tendió mantas en el piso, evaluó el mejor ángulo, y se descerrajó un tiro en la sien.

No contó con que la sangre salpicaría su camisa blanca y empañaría la pulcritud de la escena.

El malentendido

Las instrucciones eran precisas: la casa debía estar siempre reluciente y con todo en su lugar.

Eso fue lo que Rogelia trató de explicar cuando le tomaron declaración.

Pero no encontró las palabras. O no le creyeron que fue por cumplir con su trabajo que se apuró a limpiar la sangre del sofá recién tapizado y a echar a la basura los papeles rotos, desparramados en el piso. Que le sacó el revólver de la mano a la señora, lo puso sobre la mesita de mármol, y recién después de que el living estuvo limpio llamó al señor. Porque a la patrona no le hubiera gustado que la encontraran así, sucia, tirada en el suelo en medio del desorden.

Los policías hablaron de escena del crimen alterada, de huellas dactilares en el arma homicida.

El marido dijo que no existían motivos para que su mujer hiciera algo semejante.

El abogado aseguró que Rogelia sí los tenía.

Por eso ahora está presa. Ocho años —dictaminó el juez— que pueden ser menos por buena conducta.

Pero si ella se portaba bien... Ella tenía todo siempre impecable.



Mónica Brasca. Nació en Rafaela, Santa Fe, Argentina, en 1957. Es cuentista y traductora de inglés y portugués. Sus minificciones han obtenido premios e integran antologías nacionales e internacionales. Desde 2012 participa en el taller *Marina*, de Ficticia, dirigido por el escritor mexicano Alfonso Pedraza. Tiene inédito el libro de cuentos *El camino de regreso*. Actualmente vive en la ciudad de Santa Fe.

Ana María Caillet Bois

Incertidumbre

El crimen de la mansión no presentaba fisuras, era perfecto.

Los deudos partieron con el cofre de las cenizas de Adela y sucedió lo inesperado.

Las manos de Don Justo temblaron cuando se sintió una voz que repetía como una letanía:

—A... se...si...nooo...

Venganza

—Te lo advertí, soy una mujer muy celosa.

—Me enamoré perdidamente de Manuela, no puedo vivir sin ella.

—Yo no puedo vivir sin vos.

Lentamente, Francisca fue levantando una a una las maderas del piso, alzó la cabeza, miró a Alexis y vio el espanto dibujado en la cara del hombre cuando lo dejó caer al vacío rumbo a la nada.



Ana María Caillet Bois. Escritora Argentina Vive en Córdoba Capital. Ganadora de varios premios entre ellos el Premio Municipalidad de Córdoba para Autores Inéditos 2003. En el año 2007 presentó el libro *Café para Dos* junto al escritor Gilberto Grillo que cuenta con el beneplácito de La Legislatura de la Provincia de Córdoba y en el año 2011 presentó el libro *Pequeñas Historias*, editado por Editorial Argos, Córdoba.

Sandro W. Centurión

El defensor

El tipo confesó. Todos lo oyeron contar cómo la mató, y luego escondió el cadáver. Yo estuve a su lado, cumpliendo mi trabajo de defensor, y no tuve más remedio que mantener la boca cerrada. Es cierto que conocí a la víctima y que tuvimos un romance, también es cierto mi pasado en el circo; que el acusado estaba con dolencias de la garganta no resulta relevante. Lo cierto es que el caso está cerrado, el juicio terminó y el acusado está en la cárcel. Que yo tenga habilidades de ventrílocuo no cambia las cosas.

Autopsia

El sujeto está desnudo, es de estatura mediana, tez morena, complexión robusta, de entre 35 y 40 años. En la región torácica se observa una herida cortante de 5,2 cm de largo y 2 cm de ancho producida probablemente por un objeto filoso, punzante, metálico, y probablemente antiguo. En la frente se observa un orificio entre las cejas, de 7cm de profundidad que atraviesa el cráneo y en cuyo fondo aún reside una bala de revólver calibre 38 que produjo el deceso del individuo. Se desconoce la identidad del sujeto. Por lo demás, el cadáver se encuentra en perfecto estado de conservación. El occiso fue hallado en la página 23, a unas líneas del final del capítulo 5.



Sandro W. Centurión (1975) escritor y profesor en Letras. Reside en la ciudad de Formosa, Argentina. Sus textos han sido recogidos por numerosas antologías. Ha publicado libros de cuentos y de microficción. En 2015 publicó *Yo también maté a un terminator*, editado por Macedonia Ediciones.

Antonio Jesús Cruz

Chato

Para Jaime Muñoz Vargas

Cuando el tren llega a la estación, Parodi descubre al Chato Muñoz asomando por la puerta de un vagón. Su mente se pone alerta. Recuerda al Gitano Salamanca y piensa que debe actuar de inmediato. El Chato es muy peligroso.

Se esconde en una esquina próxima al acceso, debajo de una marquesina y, cuando el Chato sale, lo sigue. Nota que lleva su mano derecha dentro del saco. Seguramente allí guarda su famosa Magnum 44.

Parodi corre y se embosca dos cuadras más abajo. Cuando el chato aparece, él sale de las sombras de un portal y grita «¡Chato!». El hombre gira con ojos asombrados mientras su mano derecha abulta el saco. Parodi dispara. El Chato cae pesadamente. Se acerca y lo da vuelta con el pie. El muerto, con su brazo derecho en cabestrillo (más tarde, alguien le dirá que era un reconocido boxeador de Torreón), mira el cielo infinito a través de sus cuencas sin vida. «Se confundieron de Chato o confeccionaron un identikit equivocado», piensa Parodi... ¿O acaso será que su vista ya no es la misma? «¡Carajo! Los años no pasan en vano», filosofa.

Suenan las primeras sirenas. Él espera mientras acaricia su placa. Desde algún tocadiscos cercano, llega la voz de Leo Dan y Parodi, sin que tenga la puta idea del motivo, asocia la música con la muerte del desconocido.

Rubia

En segundos, la historia pasa por su mente. La rubia se lo había anticipado cuando se apareció por la seccional y le pasó el dato. «Un dato falso», había pensado él.

Ahora, busca incorporarse mientras el Zorro González baja las escaleras para rematarlo. Lo peor es que fue herido por el disparo equivocado. Una bala que rebotó en el concreto e impactó en el hombro. Había caído hacia atrás golpeando su cabeza y ahora está atontado y sin arma.

Los pasos se acercan. De pronto un grito... un estampido y, encima de él, cae el tipo con un hueco en la frente. Aturdido, se arrastra buscando su pistola pero un pie pisa su mano. Levanta la vista y la rubia sonrío divertida. Le ayuda a levantarse.

«¿Por qué no me creyó cuando le dije que el Zorro se había escapado de la cárcel y venía en su busca?» Silencio. Se para. La mira directamente a los ojos durante un interminable momento. La Rubia estira la mano y se presenta «Oficial Highsmith... Patricia Highsmith». «Bueno... usted ya sabe mi nombre», responde malhumorado. Estrecha su mano y baja en busca de la puerta. «Las mujeres ya no son lo que eran antes», piensa.

Sale, llena de aire sus pulmones y camina. En algún lugar de la tarde, como un presagio, Carlos Santana canta *No one to depend on*.



Antonio Jesús Cruz. Médico, escritor, investigador y periodista argentino. Hizo periodismo radial y ha publicado artículos en diarios y revistas de todo el mundo. Ha publicado veinticuatro libros de poesía y cuento. Participa en diversas antologías y ha recibido numerosas distinciones. Ha dictado conferencias en varias universidades y estamentos culturales. Jurado en varios concursos y certámenes, sus textos han sido traducidos al portugués, al inglés, al italiano y al francés. Dirige la revista de cultura general *Tardes Amarillas*.

Rogelio Dalmaroni

La intriga

Con el hallazgo del corazón en la heladera, al inspector Cabañas ya no le quedaban dudas de que estaba tras un descorazonado. Lo que le tenía muy intrigado era de qué estaba hecha esa salsa tan sabrosa.

El enigma de la heredera, la cocinera, el inmigrante y el escritor

Evangelina, de cincuenta años, única heredera de la fortuna de su padre, fue encontrada estrangulada en su cama.

Aparentemente no fue un robo, la puerta de entrada y sus ventanas no tenían signos de haber sido forzadas.

Como no se le conocían parientes ni amigos, la policía desconfía de Gregoria, la mujer de la limpieza, y de Paul, su jardinero, un joven inmigrante inglés, que se rumorea era su amante.

Cuando fueron a buscar a Gregoria la encontraron estrangulada en el baño.

Demoraron varios días en encontrar a Paul y pensaron que estaba huyendo. Fue hallado en un pequeño departamento de San Telmo, estrangulado en la cocina.

Se estaban quedando sin pistas.

Ayer, allanaron mi casa. El juez cree que soy el autor intelectual de estos crímenes.

Llaman a mi puerta, son las once de la noche, pensé que sería una vecina, heredera de una fortuna, que siempre molesta en horas inconvenientes.

Al abrir la puerta un desconocido me empujó, entró y sacó una cuerda del bolsillo de la campera.



Rogelio Dalmaroni. Nació en 1953, en Misiones, Argentina. Publicó formas mínimas en *Final Abierto* (2014)

Luciano Doti

El freezer

Observó cada parte del cuerpo de ella sin dejar de sorprenderse ante tanta belleza.

El *freezer* de su casa era muy pequeño, y resultaba hartó difícil elegir una sola de esas partes para su futuro deleite.

La muerte viste de mujer

Ese hombre se había tomado la costumbre de acecharla. Frecuentaba una mesa del bar donde ella cantaba. La devoraba con la mirada, con ojos libidinosos.

Lo dejó ir entrando a su vida. Lo sedujo, un poco involuntariamente y otro poco porque su naturaleza era así; no podía evitar ser una mujer fatal. Su voz y sus movimientos felinos lo fueron enamorando.

La noche que lo recibió en la intimidad fue la última. Cuando sostuvo el picahielo en su mano, decidió que él ya no la acecharía nunca más.



Luciano Doti (Buenos Aires, 1977) ha publicado cuentos, microficciones y poemas en varias revistas y antologías. Obtuvo los premios Kapasulino a la Inspiración 2009, Sexto Continente de Relato 2011, Microrrelato de Miedo 2013 y los 2º premios de microficción Mis Escritos 2014 y Guka 2015. En 2016, fue finalista de los concursos #Twitteratura400 de la 42ª Feria Internacional del Libro de Buenos Aires y El lado oscuro del conurbano, y recibió menciones en los concursos de Guka y de Taniel.

Mónica Druetta

La huida

El hombre abrió los ojos y le llevó sólo unos segundos recordar todo. Desde hacía tres días estaba metido en esa alcantarilla maloliente. Tenía hambre y sed. Se tocó el bolsillo y comprobó, una vez más, que el arma seguía allí, la revisó... sabía que la necesitaría si los sicarios del jefe lo encontraban.

Caminó hacia la salida tratando de no pisar las heces que flotaban. Un ruido lo puso en guardia y se agazapó... sólo una rata, con más miedo que él, lo miró sorprendida.

Aspiró el aire fresco de la noche. Caminó unos metros y vio el bar de una estación de combustible. Primero fue al baño y se lavó, luego espió a través de los vidrios: solamente había un hombre tomando un café, entró y pidió un sanguiche y una cerveza, se sentó en un rincón a saborearlos.

Decidió partir lo más pronto posible. Llegó a la estación y compró un boleto hacia el sur. El traqueteo del tren lo sumergió en una duermevela tenaz.

El vasco lo había mirado con sus ojos helados al descubrir su traición y había ordenado su ejecución... Sudoroso, se despertó aliviado de salir de la pesadilla.

Comprobó que no había nadie, esperó que el tren partiese para cruzar las vías y tomar el camino que lo llevaría a la casa de su infancia. Miró hacia arriba y los destellos del sol lo cegaron, al mismo tiempo escuchó el disparo, antes de caer comprendió que la traición no se perdonaba.



Mónica Druetta es docente y escritora. Reside en Córdoba, en su pueblo, Tancacha, desde que nació. Ha participado de diversas antologías literarias y ganado concursos nacionales e internacionales desde sus comienzos en la escritura en el año 2014. Es

miembro activo del sitio literario Falsaria y otros grupos literarios.
Escribe poesía, narrativa y teatro.

Julio Ricardo Estefan

Triple identidad

En la morgue, la cara del occiso me resulta familiar. Saco mi libreta y anoto: traje gris, contextura delgada, un metro ochenta, tez blanca, unos cincuenta años, ojos celestes, cabello rubio, herida de bala en el parietal derecho, sin orificio de salida, presenta rastros de pólvora (eso indica que el caño del arma estuvo en contacto con la piel al momento del disparo). La mano derecha no muestra restos (habrá que esperar el test de parafina).

Vuelvo a la oficina con una idea martillándome la cabeza.

Al otro día leo los informes: el test ha dado positivo, el revólver es un Colt calibre 38, las únicas huellas son las del occiso.

Mientras los datos comienzan a encajar unos con otros, tengo un presentimiento. Necesito despejarme. Voy hasta el baño a mojarme la cabeza. Alzo el peine, me miro en el espejo y comprendo: en este caso soy el investigador, el asesino y la víctima.

El caso borgiano

¿Me dijo que la próxima vez cometiera un crimen en A y fingiera que lo había hecho en B, mientras usted me esperaba en C? o ¿debía encontrarlo en B, cometer el crimen en C mientras usted me aguardaría en A? No puedo recordar el silogismo que me planteó aquella tarde en la quinta de Triste-le-Roy. Debo confesar que me recuerda esa vieja paradoja de Aquiles y la tortuga, sin embargo, voy a matarlo ahora mismo, sin respetar su lógica implacable.

Discúlpeme, Lönnrot, nunca fui bueno para las matemáticas.



Julio Ricardo Estefan nació en 1963. Participó en las antologías: *Monoambientes* (2008), *Velas al viento* (2010), *Fervor de Tucumán*

(2010), *Brevedades* (2013), *El mundo de papel* (2014), *Grageas 3* (2014) y *Cien páginas de amor* (2015). Publicó *La excepción a la regla* (2009), *Juegos de Superhéroes* (2010), *La señal inválida* (2011) y *La torre de papel* (2013). Es editor de La aguja de Buffon ediciones. Es miembro fundador de la Asociación Literaria «Dr. David Lagmanovich».

Daniel Frini

Calibre 45

Antes de llegar a la esquina, supo que, sin dudas, algo lo había alcanzado un poco más abajo de los hombros y casi al centro de su espalda. Sin embargo, esta certeza no lo asustó tanto como el estampido que le llegó desde atrás, unos segundos después de haber sentido el impacto de la bala. Sólo con el empuje que traía de su carrera alocada, llegó hasta el cartel azul en el que leyó, apenas de soslayo, «...rmiento 400-500», y se aferró a él con la certeza de que era el último sostén del cual tomarse. Las piernas se le aflojaron y prestó especial atención a cuánto esfuerzo le demandaba quedar de pie. No pensó en su familia. Ni siquiera en la razón de la absurda venganza de la cual le provino la muerte. Sólo pensó: «la pucha, si caigo, ¿ese charquito del piso me manchará el traje?» Dejó de ver en el agua el reflejo azul-marrón de las luces de la calle. Jamás supo de la mancha oscura en su corbata-de-seda-italiana, pero hecha en China, la misma que su viuda atesora como trofeo de guerra en la cómoda que alguna vez fuera suya, en el segundo cajón de la izquierda.

Querido amigo

No te diré mi nombre. Te bastará saber te conozco hace tiempo y, aunque no quieras creerlo, jamás me has visto. He admirado cada uno de tus pasos y, me sonrojo al reconocerlo, con sana envidia he contemplado el transcurrir de tu vida. Esperaba compartir las horas contigo, algún día, y extasiarnos en sublimes y prolongadas charlas sobre los temas que, sé, son de tu gusto y el mío.

Pero no he podido creer que al conocerla a ella te alejaras tanto. No pude soportar verte feliz a su lado y tan retirado de mí. Aun cuando los celos me fueron desconocidos hasta este momento, lograron crecer hasta obligarme a dar este paso. Espero, sinceramente, que sufras tanto como estoy sufriendo yo. Creo que jamás volveremos a vernos, ni sabrás más de mí.

Con afecto, tu amigo hasta hoy.

P.D.: En la encomienda que adjunto encontrarás la cabeza de tu amada.



Daniel Frini. (Berrotarán, Córdoba, 1963). Es Ingeniero Mecánico Electricista, escritor y artista plástico. Publicó *Poemas de Adriana* (2000), *Manual de autoayuda para fantasmas* (2015) y *El Diluvio Universal y otros efectos especiales* (2016). Colabora en numerosos blogs y espacios digitales. Sus ficciones integraron diversas antologías, y fue traducido a varios idiomas. Participa en el Laboratorio Literario de San Martín Lee (San Martín, Buenos Aires) e integra el CILSAM (Círculo Literario de San Martín).

Luis Héctor Gerbaldo

Trance

Un disparo la despertó, el corazón parecía explotarle, vio la sangre y su esposo exánime. Intentó calmarse. Dinero bien gastado, pensó.

Las manos

Duelen las manos. Me traicionó. Era todo muy simple, cada detalle estudiado. Duelen los brazos. Duelen las manos. Era mi hermano, no cabía la traición. Tenía que esperar. Alguien que me explique la diferencia entre un millón de dólares y dos. Duele mucho, debo tener los pulgares dislocados. Mi parte era la más dura, cinco años, ahora será toda la vida, o algo así. Duele. Sin gastos de encubrimiento. Era perfecto. Mis dedos están morados. Pero tuvo que tratar de salir con los bolsos de dinero. Lógico, no pasó la frontera. El viaje lo trajo hasta acá. Cuando el guardia abrió la puerta no quise mirarlo. Duele, duele. Esperé que cerraran la puerta para acercarme, sin hablar puse mis manos en su cuello y apreté, apreté. No gritó, no pudo. Apreté, apreté hasta dislocar los dedos. Sólo tenías que esperar. Duelen las manos.



Luis Héctor Gerbaldo, tengo 58 años, escribo desde joven. Con el tiempo encontré mi lugar en el cuento breve, así fui distinguido por la CIINOE, publicaciones en *Hoy Día Córdoba*, publicaciones en revistas electrónicas y papel, en Argentina, Italia y España. Actúo como seleccionador de la publicación colectiva *La Cerradita*. Desde el último año, trabajo para difundir el género minificción a través de *Córdoba Breve*. Coordino el taller de escritura creativa en *Calicanto Casa de Arte*.

Clara Gonorowsky

Aserrín, aserrán

La noche de San Juan el pueblo bullía de alegría, aserrín, aserrán, la observé desde la ventana, aserrín, aserrán, tiraba maderas a la fogata y reía a carcajadas.

Yo la había invitado a la fiesta pero había pretextado un resfriado, aserrín, aserrán, y allí estaba muy ufana de la mano de Eduardo, aserrín, aserrán.

No acostumbraba a ser desairado, aserrín, aserrán, y me daba vueltas a la cabeza la canción que me había enseñado mi madre, aserrín, aserrán, aserrín, aserrán; bajé las escaleras desquiciado, la tomé del brazo y me la llevé al final de la calle, donde la fiesta ya no era fiesta, donde la luz ya no brillaba, aserrín, aserrán y mientras canturreaba con los dientes apretados, más me acercaba a poner en práctica el final de la canción, aserrín, aserrán...

Siesta desapacible

Le gustaba dormir la siesta bajo la acacia. La tenue transparencia que dejaba pasar algunos rayos de sol, atemperaba su carácter irascible y misántropo pero había algo que perturbaba el ritual, se sentía observado desde detrás de la tapia, una mirada invasiva.

Un día, escondió entre su ropa el revólver y simuló dormir.

Con los ojos entrecerrados divisó unos grandes faros negros debajo de un flequillo. Al instante disparó un tiro certero en la frente. Se dio vuelta y se durmió. Así cada uno encontró la paz, a su manera.



Clara Gonorowsky. Finalista en diferentes concursos realizados por las editoriales Diversidad Literaria, Letras con Arte, Letras como Espada, en España; Mis escritos, Bruma ediciones,

Editorial Dunken, Argentina; SALAC, Córdoba. Textos publicados: «Ficciones en familia», «Entre cuentos y poemas», «Desafíos», «Acrobacias», antología colectiva de Taller de escritura, «Obrador», antología colectiva de Taller de Escritura y «Chiquilladas», antología ilustrada de poesías infantiles. Colaboradora en la Revista de Cartagena *Letras de Parnaso*.

Juan Pablo Goñi Capurro

Catástrofe

Un patrullero estacionado frente a tu casa, significa malas noticias. Tres patrulleros, como encontró Esteban, señalaban una catástrofe. Corrió desde la esquina. En la vereda, apartando curiosos, cuatro efectivos de uniforme. Una agente morocha, bajita y rellena, lo detuvo. Escupió palabras atropelladas, confuso, dominado por el pánico. La oficial no comprendió; de no ser por los vecinos que lo identificaron a gritos, lo hubiera arrestado. La joven lo acompañó al interior de su propia vivienda, interponiéndose para impedir que fuera muy rápido. Ante la puerta del dormitorio había una reunión; hombres de civil, una mujer de traje y otra de casaca blanca. Esta última, médica, lo condujo hasta la cocina y le dio la noticia. Su esposa había sido asesinada, torturada y desmembrada —utilizó rodeos, para disminuir el impacto. Esteban gritó que no, que no era posible. Se acercó un policía de campera de cuero negra, se presentó como inspector y repitió los dichos de la médica. Esteban insistió en su rechazo. Asomaron dos agentes uniformados, con esposas. Esteban se sintió asfixiado, como una perra cercada; trató de librarse de los intrusos para llegar al cuarto. Lo redujeron, la médica le inyectó un calmante y lo trasladaron, dormido, al calabozo.

El defensor oficial lo visitó por la mañana, repitiéndole los hechos narrados en la víspera. Esteban insistió en su versión. El abogado abandonó la seccional satisfecho, alegaría insania para salvarlo. Tampoco él creyó que Esteban era soltero y vivía solo, que era imposible que asesinaran a su esposa.

Todo llega

Siempre pensó que tendría avisos, que sería gradual, no que le vendría de golpe al alzar la pierna para colocarse a horcajadas en el muro. ¿Cómo, si no tenía siquiera sesenta años? Cuchi corría, salía del baldío. Dolía mucho, se mordió un brazo para no gritar. Al hacerlo perdió el equilibrio; en vez de descolgarse en el terreno yermo, cayó de

espaldas en el patio de la casa. Oyó encenderse un motor, de acuerdo al plan. Logró ponerse de pie, supo que no podría saltar el paredón. Sólo quedaba salir por la puerta del frente. El motor continuaba en ralentí, esperándolo. Conteniendo sus ganas de aullar, atravesó el césped. La alarma sonó, horadándole los oídos. Palpó los treinta mil dólares que cargaba en los bolsillos; por una vez que la información era buena y todo salía bien, tuvo que dejarlos al pie de la caja violada. Recorrió el pasillo usando las paredes de muletas, ensordecido. La alarma calló. Escuchó que se alzaban persianas, habían despertado los vecinos. Oyó sirenas. Motores acercándose. Sin salida, se dejó caer en un sillón de la sala, masajeándose la pierna. Sobre una mesa, whisky escocés, añejo. Se sirvió en un vaso de cristal fino. Era rico, con razón lo tomaba esa gente. Frenadas violentas, pasos rápidos. Treinta años de invicto, perdidos porque se había hecho viejo. De golpe, sin aviso. Así como abrieron la puerta los policías, armas en la mano. «Todo llega», les dijo, alzando el vaso.



Juan Pablo Goñi Capurro. *La puerta de Sierras Bayas*, Pukiyari Editores, USA. *Mercancía sin retorno*, La Verónica Cartonera (España). *Alejandra y Amores, utopías y turbulencias*, Dunker (Argentina). Relatos y poemas en antologías y revistas en Argentina, España, Ecuador, Perú, México y Estados Unidos. Premio Novela Corta *La Verónica Cartonera*, 2015. Ganador Concurso Internacional Microrrelatos *Mis escritos 2016*. Colaborador en *Solo novela negra*.

Eduardo Gotthelf

Madrugada

Decidió matarla en el instante en que recibió la foto de manos del detective. Dos meses rumiando las formas, juntando coraje. Ahora la mira, mientras el veneno hace su efecto.

«Maldita», alcanza a decir, y se lleva la última imagen: ella, pulcra como siempre, lavando el vaso.

(En Principio de Incertidumbres)

La llave escondida

Bramaba la tormenta, había derribado un poste dejando a Daisy Manor sin electricidad. La lluvia deshojaba los rododendros, los pétalos color sangre tapizaban el sendero de grava.

El golpe en la puerta estremeció a los presentes. El mayordomo, de facciones malayas, hizo pasar a Hércules Poirot. —*Bon soir*. ¡Qué clima tan horrible tienen ustedes en Inglaterra!— dijo, a modo de saludo.

En la sala, apenas iluminada por el fuego del hogar y algunas velas, estaban los dueños de la mansión, sus invitados, la servidumbre y Lord Essex atravesado por un atizador, cadáver aún tibio que mancillaba la alfombra.

El detective se agachó. Observó que los zapatos del muerto estaban mojados, y que en su mano izquierda escondía una pequeña llave. —*Très intéressant* —dijo para sí. Se levantó y miró a cada uno de los presentes, como midiéndolos. Se retorció el bigote y preguntó con calma —Miss Essex-Dalton, ¿por qué mató usted a su padrastro?

La aludida se repuso en una fracción de segundo. Corrió hacia la puerta, donde chocó violentamente contra el Inspector Billings, de

Scotland Yard, que en ese momento entraba. Atontada por el golpe, fue arrestada por dos policías que venían detrás.

Más tarde, mientras los empleados de la funeraria hacían su trabajo, Billings se acercó a Poirot, a quien el mayordomo, agradecido, acababa de servir una copa de coñac.

—Dígame, *mister* Poirot, ¿cómo supo quién cometió el asesinato?

—Ah, *mon ami*, —respondió éste, girando la copa —eso es algo que deberá deducir usted mismo.

(En Paraísos Paralelos)



Eduardo Gotthelf es Ingeniero de Petróleos. Nacido en Buenos Aires, vive en la Patagonia desde 1974. Es autor de cuentos, microficciones y algunas obras de dramaturgia. Publicó *El sueño robado y otros sueños*, *Cuentos Pendientes*, *Principio de Incertidumbres* (libro-objeto), *Paraísos Paralelos*, *Legislación Urgente para el Logro de una Humanidad Sustentable* (libro-objeto), y *Mentos y Veros* (libro-objeto). Sus textos figuran en antologías, diarios y revistas literarias del país y del exterior y en páginas de Internet.

Roque Grillo

Oscuridad

Apagó el candil. La sombra de la indigna, balanceándose al extremo de la soga le ayudó a conciliar el sueño.

In memoriam

Cuando retiró el puñal del corazón, ya había olvidado el motivo de su encono.



Roque Grillo, escritor mendocino, acusa casi 70 años. Periodista desde los 14, forma parte de la Cofradía del Cuento Corto, de Mendoza, Argentina con cuyos integrantes participó en un par de antologías o en la creación colectiva *Con la Literatura no se juega*. Está retirado, empeñado en domar, desde hace cinco años, una hamaca paraguaya.

Raquel Guzmán

La otra historia

Hamlet mató a Claudio. Explicó a los policías, al defensor, al fiscal y al juez que sólo había cumplido con la venganza reclamada por el espectro de su padre. Al cabo de los alegatos el juez dictaminó *prisión perpetua*, y aseguró que el muchacho nunca dudó, ni vaciló, ni siquiera reflexionó o buscó otros caminos para saber si efectivamente Claudio había envenenado al viejo.

¿Es posible dilucidar un crimen?

Lee mató a John, Jack mató a Lee y luego se murió de cáncer de pulmón. ¿Por qué mataron a John? ¿Por qué silenciaron a Lee? La Comisión W no pudo dilucidar el caso, luego lo tomó la Comisión X y posteriormente la Y. Al problema de la muerte de los protagonistas se agrega ahora el inminente fin del abecedario.



Raquel Guzmán. Autora tucumana, residente en Salta desde 1978, publicó *Quiero volver a casa* -Premio de Poesía Editorial Argos (Córdoba 1991), como así también cuentos y poemas en revistas y antologías. Coordinó en colaboración con la escritora Miriam Fuentes la antología cooperativa *Eva decidió seguir hablando. Poesía de mujeres en el noroeste argentino* (2009). Recibió en Salta el Premio Provincial de Poesía 2016 con su obra *Zócalo*. Como investigadora de la Universidad de Salta ha publicado libros y diversos artículos de crítica literaria.

Jorge Enrique Hadandoniou Oviedo

Sin huellas

Como en cualquier película de moda, el arma del malvado se quedó sin balas. La quiso arrojar, para suplantar la falta, pero la víctima estaba demasiado lejos. Buscó entonces algo contundente o punzante. El único cuchillo con filo apropiado estaba a una brazada del infeliz blanco. Y ese barrote pesado no quiere soltar el bloque adonde quedó incrustado. Ahogarlo con sus manos, no; porque dejaría la evidencia de sus pulgares. ¿Y si el otro llegaba antes al cuchillo blanco? Allí estaba durmiendo (o al menos así parecía), sentado en esa hamaca que para colmo comenzó un balanceo irregular e impredecible. ¡Tantos kilómetros recorridos para esto! La luz de un auto o camión lo sobresaltó, al filtrarse en riego sudoroso sobre la escena. No se movió siquiera, aunque le pareció escuchar un bostezo interrumpido; y la hoja de un árbol casi le hace perder la experiencia madura de tantos casos resueltos. Encontraría sigilosamente la solución requerida. Como todo debía ser discreto y sin huellas, quitó el silenciador, guardó todo entre sus ropas y al dar el primer paso, cayó a un pozo cuya tapa se cerró herméticamente.

Primer caso

El impúdico charco de sangre y orina se extendía lo suficiente para darle un marco apropiado a la escena. La inspectora Gertrudis Consuelo del Mar observaba con frialdad. Buscó un par de guantes de látex y se agachó sobre el cadáver del hombre corpulento. Los análisis después confirmarían que rojo y amarillo penetrante pertenecían al occiso. Y, además de las suyas, las únicas huellas eran del perrito de Narciso de los Dolores Fuente y Ávila. Entre Academia y Prácticas Rentadas había participado en casos de todo tipo, estirpe y resultado. Éste era su primer asesinato. Estaban en juego su habilidad deductiva, la precisión de los testimonios recogidos y la contundencia de las pruebas. En el silencio de su sillón reclinable que esa semana

estrenaba, entrecerró sus ojos y reconstruyó la escena y los sucesos. ¿Era posible que nada hubiese quedado librado al azar, como para no poder echarle el guante al culpable? ¿Y si era mujer? Tenía todo lo necesario para una investigación completa: huellas (o ausencia de ellas), registro de las cámaras de seguridad, antecedentes de Narciso, relaciones con terceros (amigos y enemigos), declaraciones de quienes lo vieron por última vez o tenían algún contacto con él. El detalle de sus cuentas bancarias, fotos precisas de la escena del crimen ampliada. Autopsia e informe de balística. Pero algo faltaba para resolverlo. Abrió los ojos y al revisar en su bolsillo izquierdo, encontró el pendiente que se le había caído. Ya podía pasarlo a archivo. Y sonrió.



Jorge Enrique Hadandoniou Oviedo. Nació el 8 de marzo de 1949 en Villa Mercedes, San Luis, Argentina. Poeta, escritor, docente (jubilado). Publicaciones de artículos, cuentos, poemas, ensayos, en diarios, revistas y Actas de Congresos, en Argentina, Uruguay, España. Algunas obras: *Poemas de esta ciudad* (1974), *Otros poemas de esta ciudad* (1975) *Nuestros días* (1976) *Cuentos de la Calle Angosta* (1985).

Leandro Hidalgo

Delito literario

El detective fracasa. Pero a mí me interpela el asesino. La escena es el living de casa conmigo de espalda. Pero no continúan los parques. Apenas este relato.

Alguien no me ronda, y sin embargo hay crimen. Y es perfecto. El lector busca y no hay sangre. Lo de siempre. Literatura.

Suicidio u homicidio*

Cumplí pronto con la apuesta que habíamos celebrado, estamos a mano, decía un papel sobre el cadáver.

Nota del autor: «Suicidio u homicidio» pertenece al libro *Capacho* (2010); «Delito literario» es inédito.



Leandro Hidalgo. Mendoza, 1981. Sociólogo. Recibió la distinción en Mendoza *Premio UNO Escenario Artista Revelación- Letras* (2015). Publicó *Instantáneas 100 fotos* (2005) *Capacho* (2010), *Grado – microficciones sobre la Historia Argentina*-(2014), *Irresponsables* (2016). Blog.

Rodolfo Lobo Molas

Amenaza

«¡Te voy a matar, te voy a matar!», me decía cada vez que yo hacía alguna travesura de grueso calibre. Y yo, rebelde y desafiante, corría riéndome de ella. La pobre, entonces, volvía sobre sus pasos mascullando su rabia. Hasta el día que escuché un ruido ensordecedor cerca de mi oreja, y ya no pude ver cómo la policía se llevaba esposada a mi abuelita.

Noticias policiales

No fue posible encontrar el arma homicida. Su suicidio había sido un crimen perfecto.



Rodolfo Lobo Molas. Catamarca, Argentina. Es Poeta, Escritor, Investigador del lenguaje, historia e idiosincrasia de su región, Aviador Civil, Locutor, Periodista. Publicó el ensayo *Catamarca ensueño y leyenda*, a través de la Universidad de Catamarca y el libro de poesías *Los pájaros de la lluvia*, por Phaway Ediciones. Ha participado de 24 antologías nacionales e internacionales. Obtuvo diversos premios y distinciones, entre ellas de la Municipalidad de la Capital y la Legislatura de Catamarca.

María Elena Lorenzin

Justicia verde

No fue mi culpa si me sobrepasé aquella noche. Ella se lo buscó, no hay duda. Por suerte ya está donde debería haber estado unos cuantos años atrás y que no me venga ahora con que no la cuidó. Sobre la tierra removida apareció una planta que riego cada día. Sí, la cuidó, hasta le pongo fertilizante. La planta crece enloquecida y ya no se nota la excavación. Crece y crece y ya ha invadido el jardín de los vecinos, quienes han comenzado a quejarse. Por más que la corto vuelve a crecer con mayor fuerza, no hay manera de detener su avance. Hoy, por las denuncias de los vecinos, ha venido la policía con obreros de la municipalidad. Me dicen que para erradicar esa planta, hay que sacarla con sus raíces que son muy profundas.

Noire, **El perfume que puede llevar a cualquiera a la locura**

Sé que es él. No me cabe la menor duda. Su perfume, negro como la noche que me habita, lo delata. Siempre viene a la misma hora, cuando creen que ya duermo. Ella lo espera con ansia. Se empeñan en ser cautelosos, pero yo los sigo, atento, imaginando lo que se me niega. Parapetado tras la sombra que un día se posó sobre mis ojos llevo tiempo planeándolo. No quiero que se me escape el más nimio detalle. No quiero fracasar. No puedo. Debo calcular con matemática precisión la distancia exacta para no tropezar y errar el precioso objetivo. Ese que está en la mira desde que mi amigo nos vista con tanta frecuencia.



María Elena Lorenzin (Jáchal, San Juan, Argentina; Adelaide, Australia). Sus publicaciones más representativas son: *El humor como resolución de lo imposible en la obra de Pablo Urbanyi* (2007);

Microsueños (2008) y microrrelatos incluidos en antologías de varios países.

Eduardo Mancilla

Redada de palabras

Para redactar un policial negro es necesario combinar una serie de características del género a saber:

Un crimen, en lo posible casi perfecto, aunque sabemos que no hay crímenes perfectos, solo son asesinatos resueltos al final del relato.

Una escena del crimen, un criminal por develar, un cómplice, de ser necesario. Un detective de la sección homicidios, un policía incorruptible, un policía corrupto, uno o varios cadáveres, un abogado, un juez y un tribunal de justicia. Testigos falsos, huellas, pruebas, pruebas plantadas, evidencias, pistas falsas, algunos tipos con actitud y rostros sospechosos.

Si el relato se remite a Europa, un mayordomo (intelectual, sensible, elegante). Si se ubica en USA, un negro (bestial, irracional) y si es en Argentina, un hombre pobre, y tanto mejor si el malhechor es inmigrante. Para unir el crimen con el asesino, un móvil. Un arma que haya sido debidamente disparada o un puñal que haya apuñalado y que tenga la sangre impresa del occiso. Un forense, una morgue, una autopsia. Alguna mujer lagrimeando.

Un coctel edulcorado de violencia, misterio, ambigüedad, prejuicio y un fino toque de brutalidad.

Un escritor, un corrector, una editorial y fundamentalmente, un lector de policial negro que es, ni más ni menos, un homicida en potencia.

Estados contables

Un enajenado contador público de Chicago, Illinois, desencadenó una masacre cuando disparó a quemarropa, con una pistola Smith & Wesson, sobre seis de sus siete empleadas. Sucedió en su despacho, durante el balance de fin de año. La sobreviviente quedó

en estado de conmoción. Antes de ser trasladada por la ambulancia, logró balbucear al oído del detective:

—Fue un ajuste de cuentas...



Eduardo Mancilla. Escriba incipiente. De Rosario, Argentina. Participaciones en *Historias de El Cairo* y *¡Basta! 100 hombres contra la violencia de género*. Blog: [Letra Chica](#).

Mirta Mineo

El solero más deseado

Él era tan elegante y seductor que no parecía real. Invitado especial a todos los eventos de la alta sociedad, las mujeres se peleaban su presencia y luchaban por acaparar su atención. Se trataba del soltero codiciado por todas. Él sólo sonreía y se divertía viendo los trucos con los que trataban de atraparlo en sus redes.

Mientras se ajustaba prolijamente el moño con el que completaba su smoking sonreía recordando la tarde que acababa de terminar. Salió a correr por el bosque como todos los días, necesitaba mantenerse en forma.

En un recodo del camino más solitario, encontró a la jovencita que trataba de enderezar la bicicleta que le había jugado una mala pasada. Se le acercó para ofrecer su ayuda, ¿qué otra cosa podía hacer? Ella suspiró aliviada, un hombre tan guapo y gentil era el encuentro soñado en ese lugar que parecía abandonado por todos. Lo dejó hacer confiada.

En unos minutos le entregó la bicicleta reparada y ella no se resistió mientras él la tomaba en sus brazos para darle un dulce beso en los labios. Todavía lo estaba saboreando cuando sintió su mano presionando suavemente su garganta. Suspiró excitada. Él le tomó los cabellos y en una rápida maniobra le rompió el cuello. Cayó como una muñeca rota que ocultó en la espesura.

Regresó trotando a casa. Ya tenía el aplomo suficiente para seguir jugando el papel de soltero inalcanzable que tanto le gustaba.

Nadie sospechaba que los crímenes del bosque eran obra suya.

Inocente seductora

Mientras se enfunda en su ajustado vestido negro, que tan bien resalta sus curvas perfectas, piensa adónde irá ahora. Se siente sexy,

deseable, pero necesita comprobar que aún puede enloquecer al hombre que ella elija.

Se peina sus rojos cabellos y sonríe pensando que si los demás lo pensarán un poco, se darían cuenta que tienen el color del peligro.

Luego retoca sus labios rojos, rojos como el demonio que se esconde en su interior, bajo ese falso aspecto inocente. ¡Los hombres son tan crédulos! Enseguida están dispuestos a imaginar que una está lista para caer en sus brazos en cuanto ellos lo decidan. ¿Y para qué? ¿Para después desechar a la mujer como a un objeto sin valor?

Su sed de sangre renace incontrolable. Lanza una última mirada de desprecio al hombre que yace inerte en la cama.

Esconde la navaja en su cartera. Ya puede volver a la cacería.



Mirta Mineo. Profesora de francés, artista plástica y escritora argentina. Tiene más de 180 obras publicadas en Argentina y en España, en ambos países ha ganado premios y menciones especiales. Su obra incluye cuentos, poemas, micro ficciones, haikus, nanorrelatos, cartas y crónicas. También ha ganado premios en pintura. Blog: <http://laplumebleue.blogspot.com.ar/>

Juan Manuel Montes

Gajes del oficio

Mutilé mi cuento original, le cercené desde el encabezado hasta el pie de página. En el camino enterré a tres posibles protagonistas que nada valían y por último (con un exceso de cólera) encerré perpetuamente a un personaje sin nombre en este microrrelato que nunca terminaré de escribir... Quizás así es el infierno.

El primer crimen

En el primer caso policial de la existencia también podríamos observar el tópico del misterio del cuarto cerrado (aunque se haya llevado a cabo bajo el cielo abierto y primigenio del mundo). Tres son los sospechosos: Eva, quien ya tiene antecedentes criminales; Adán, cómplice habitual de la mujer, y por último tenemos a Caín que despreocupado ara la tierra para plantar sus frutos.

Dios pone el sol sobre la cabeza de los sospechosos y los interroga. No puede tomar declaraciones de Eva, quien llora desconsolada la muerte de su hijo; Adán también se quiebra al enterarse del suceso. Cuando llega el turno de Caín, este se muestra hosco y le contesta a Yavhé.

—¿Acaso soy yo el custodio de mi hermano?

Dios en ese momento vislumbra una mancha oscura y pegajosa en el azadón de Caín. Luego, hace llover torrencialmente sobre los cultivos y poco a poco se desentierra una mano y un torso. De esta manera el creador tiene los elementos policiales básicos: un sospechoso, un arma y un cuerpo. Rápidamente sentencia con su justicia divina y manda al criminal al exilio.

No se sabe bien por qué Dios llevó a cabo esta investigación ya que en definitiva si creemos en la omnipresencia del creador, este ya sabía todos los cómo, los cuándo y los porqué. Sólo nos queda pensar

que él, a la imagen de los hombres, también disfruta de una buena intriga policial.



Juan Manuel Montes. Escritor, profesor de Grado universitario en Lengua y Literatura por la U.N.Cuyo. Miembro de Triple-C (La Cofradía del Cuento Corto) y de «La trampa: escritores independientes». Ha publicado en 2008 *La soledad de los héroes*, y en 2012 *Relatos desde Liliput*; sus textos aparecen en diversas antologías como: *Con la literatura no se juega* (2012), *Brevedades* (2013), *El mundo de papel* (2014), Antología Trinacional de minificción *Borrando fronteras* (2014) y *Minimalismos* (2015).

Patricia Nasello

Whisky adulterado y consecuencia

Conoce los clientes del bodegón, sabe que debiera cantar otras canciones pero esta noche el hastío llegó temprano. El viejo hastío que, hasta hoy, siempre lo había atacado una vez puesta la llave en la cerradura de su casa, después de la actuación y de los tragos.

Ahora no canta, sólo puntea la guitarra.

Al primer chiflido se baja del escenario.

—Otra como ésta y olvidate —dice el mandamás.

—Traeme lo de siempre —replica con indiferencia mientras pone sobre la mesa el sombrero que calza cuando cumple el rol de artista.

Para el sexto vaso, no sabe si es verdad que alguna vez fue un gran vocalista a quien el éxito acercó una multitud de admiradoras serviciales.

—¿Cómo pudo aquel tipo terminar cantando por monedas en un bar de mala muerte?

Quisiera responder a su pregunta pero el whisky adulterado no combina bien con el hastío prematuro.

—¡Quietos! —ruge alguien, un pibe con cara de loco, parece tener menos años que su propia pistola. Lo acompañan otros dos que podrían ser sus gemelos.

La adrenalina provoca el milagro, siente que la vida regresa para correr por sus venas, sonríe.

—Vos, el del sombrero. ¿Qué te pasa?

Mirá quien viene a reparar en el sombrero. Algo se agita en la boca de su estómago, tarda en reconocer la risa que asciende.

—¿Che, puto de mierda, querés que te queme? —el delincuente tiembla de rabia y lo apunta.

La carcajada es incontrolable.

No obstante

El comandante de la Guardia Suiza nunca llegó a cruzar el umbral.

No lo detuvieron un par de metros antes de llegar a su puesto de trabajo.

No estaban sus hijos en casa rodeando, desconsolados, el cuerpo sin vida de la madre.

Su esposa no fue asesinada de un balazo en la frente, disparado, tal como los *carabinieri* sospechaban, con el arma del comandante.

La buena mujer no murió para que el homicida tuviese el camino despejado para perpetrar el magnicidio.



Patricia Nasello. Publicó los libros de microrrelatos *Nosotros somos eternos*, 2016, y *El manuscrito*, edición de autor, 2001. Miembro, junto a Sergio Astorga, del Comité de Redacción de *Brevilla*, Revista de Minificción. Dirige: Profesora Lilian Elphick. Posee trabajos publicados en periódicos, revistas culturales y antologías de cuentos en Argentina, España, México, Venezuela, Rumania, Perú y Bolivia.

Ildiko Nassr

Escenario

Las dos hermanas viajan en transporte público. Es hora pico y el espacio es reducido. Todos los días una rutina similar.

Pasan por un campus universitario algo desolado, pero lleno de árboles.

—Este es el escenario perfecto para una película de terror— comenta una, como al pasar.

—Yo no podría matar a nadie —replica la hermana distraída.

—Yo sí —y asienta la puñalada fatal.

Hermanos

Los dos tenían el mismo nombre. Los habían separado en un tiempo del que no tenían memoria. Se reconocieron por la marca en la frente. Uno había vivido rodeado de una familia amorosa. El otro, en la calle, con el crimen como único sostén. En eso estaba cuando se encontraron. Lo miró fijamente a los ojos. El mimado le sostuvo la mirada. Lo hacía extrañado, como si no lo conociera. ¿Cómo podía ser eso posible? ¿Acaso nunca le habían hablado del Brian que estaba en las calles y era su gemelo? La bronca y el resentimiento lo invadieron. Sacó el arma. Apuntó, sin dejar de mirarlo fijamente. Y disparó directamente a esa mancha que él veía todos los días cuando se miraba al espejo.

El disparo quebró la quietud de la siesta y alivió al delincuente, que huyó con la satisfacción de quien despierta de una pesadilla y vuelve tranquilamente a su realidad.



Ildiko Nassr. Nació en Río Blanco, Jujuy, en 1976. Publicó los siguientes libros de microficción: *Placeres cotidianos* (Ed. Perro Pila, Jujuy, 2007). *Animales feroces* (Ed. Macedonia, Buenos Aires, 2011) y *Ni en tus peores pesadillas* (Ed. Macedonia, Buenos Aires, 2016). Ha sido incluida en varias antologías del género. Escribe, también, poesía y publicó varios libros del género. Tiene una columna en el diario digital *Enlace Cultura*.

Estos microrrelatos fueron producidos especialmente para esta convocatoria.

Patricia Odríozola

De parto

No quiero despertarme.

Acá está calentito, y estoy bien.

¿Salir? ¿Qué es eso? Prefiero los adentros.

Yo me quedo aquí, con el hermano de la muerte, y la fantasía sin tiempo ni epitafio.

Porque son redondos, suaves, mullidos, los sueños que me abrigan y me salvan de la luz insoportable y supuestamente bienvenida de los días de sol.

Voto por este todo es posible; lejos, bien lejos de esa puta realidad que voltea castillos y erige la nada.

Hay uno que dice -nunca me acuerdo el nombre- que la vigilia es lo real.

Si es así, entonces no es más que una superposición de aristas, de cuadrados, de tijeras. Sin color.

Como esa sala de partos, con los focos esperando confesiones de inocentes, y la sargentona autoproclamada enfermera, y el fascista del médico ordenando que hay que llorar para vivir.

Como esa angustiante disfonía de ruidos profanos.

De sucesiones de horas y minutos.

De figuras recortadas, no de anfibios.

Afuera hace frío. Tengo miedo.

No quiero abrir los ojos -no voy a abrir los ojos- por más que me sacudan por enésima vez en veinticuatro horas.

Es la anestesia susurran, y enseguida: «pobrecita»; se sonríe. «No sé cómo vamos a decirle que la chiquita no sobrevivió».

Como si no supiera bien que fui yo quien te anudó el cordón al cuello.

Fue mami la que te salvó, hija mía.

Y por eso estoy sonriendo.

Agua

¿Lavarse, lavar...? Qué más da, decíamos; la higiene, un anhelo burgués. ¿Beber? Nuestra cava guarda el sueño de tantas botellas como puntos hay en una línea. ¿Infusiones? ¿Quién las necesita? Mientras las manzanas no nos mezquinen su gloriosa *acquavit*...

La llanura se ajó como un pergamino. El cielo perdió el azul subido y empalideció hasta volverse grisáceo. Los animales se consumieron: el brío del caballo y la temeridad del puma cedieron su cetro a una cohorte de alimañas que crujían al andar. Ebrios de alcohol y de ansiedad, le dimos una aparatosa bienvenida a la estepa y permitimos que avanzara sobre nuestros cuerpos una nueva forma de supervivencia.

Un atardecer, el más anciano de nosotros se extinguió con la misma dulzura con que el sol bajaba sobre el horizonte. Recién entonces nos dimos cuenta de que las lágrimas también se habían acabado. Habíamos sido seres humanos. Ahora, no más que un tesoro de taxidermista.



Patricia Odriozola. Nació el 8 de julio de 1957 en Nueva York. Vive en la Argentina desde los dos años. Es Licenciada en Comunicación Social y Magíster en Escritura Creativa. Se define como escritora de ficción, periodista y creativa publicitaria. Publicó novelas, cuentos y un ensayo breve en la Argentina, España y los EE.UU. También recibió premios y distinciones en estos tres lugares. Es casada. Tiene una hija y tres gatos.

Patricio Peralta R.

Escher Mundis

Despertó en la completa oscuridad, con la sensación de que la negritud absoluta tiraba de ella. Ya se había olvidado de la luz y de cómo había ido a parar allí. Se apretó los párpados, esperando, quizás erróneamente, que un fulgor rojizo le confirmaría que no estaba ciega.

Extendió su mano derecha tanteando un sospechado laberinto de tinieblas. Se detuvo abruptamente, asustada, al sentir la confusión de que había rozado algo áspero y sucio.

Dio un paso tímido y notó un desnivel.

Introdujo su pie en el hueco, buscando donde apoyarse y rozó algo que presentó una leve resistencia. Una rama, pensó. Luego pateó un objeto más duro. Se agachó y comenzó a palpar una geometría cilíndrica y alargada. Se le ocurrió que era una lanza o una jabalina. Gotcha! gritó.

Y escuchó un sonido extraño, como un estornudo en frente suyo. Al sentir una respiración entrecortada se animó. Tomó la lanza y arremetió con fuerza. Le pareció escuchar un silbido como de un globo liberado. Sintió que la lanza tironeaba hacia abajo y la soltó.

Lanzó un escupitajo a la oscuridad.

Luego, una punta penetró su espalda y le perforó el pulmón.

Se le aflojaron las piernas y cayó de rodillas. Lo último que sintió fue el salivazo en su nuca.



Patricio Peralta R. Autor de las novelas cortas *Hiperhistorias y Validación* (disponible en Amazon), *Desdoblamiento* y *El héroe de los sueños*. Ganador del certamen de microrrelatos de la Revista Guka y 4º premio del certamen Guanuscate letras, en homenaje a A.M. Shua de Jesús María. Obtuvo menciones con la correspondiente participación en varias antologías de certámenes españoles y publicaciones en antologías en papel y digitales de Argentina.

Rogelio Ramos Signes

Simple deducción

Había leído tantas novelas policiales donde los hechos podían resolverse por un simple detalle, como un cabello pegado en el lavatorio, por ejemplo, que preferí limpiar todo luego de matarlo.

Esa fue mi perdición. El muerto, a quien todos conocían, había sido un tipo tan sucio que el olor a lavandina y desodorante que quedó en su departamento, y en mis manos, me delató.

Noticias escritas

Ayer ocurrió un «accidente doméstico», según dice el diario de hoy con total objetividad: «Muerte casual». Resulta que maté a mi esposa. Todo sucedió cuando subí a una silla para buscar una lata de arvejas que estaba en el último estante de la alacena. La silla falló (estas porquerías de plástico no aguantan nada) y la lata le cayó directamente sobre la mollera.

Estábamos preparando el almuerzo, así que guardé el revólver para otra oportunidad. Por supuesto que el accidente me quitó las ganas de comer.



Rogelio Ramos Signes. Nació en San Juan, en 1950. Reside en Tucumán desde 1972. Publicó un libro de cuentos, tres de ensayos, tres de poesía, uno de microrrelatos (*Todo dicho que camina*) y cinco novelas. Colabora con publicaciones nacionales y extranjeras. Parte de su poesía ha sido traducida al francés, al portugués y al rumano; parte de su narrativa, al inglés y al húngaro. Ha recibido numerosos premios y distinciones. Es miembro fundador de la «Asociación Literaria Dr. David Lagmanovich».

Héctor Ranea

Fin de la apertura

Juega 1e4 pero me muerdo el dedo índice de la mano izquierda (soy zurdo) para evitar que se apoye sobre la cola del gatillo de mi Beretta 92 y juego c5. Lo estoy empezando a poner en vereda. Ya debería saber qué sigue. Todo se va a desarrollar suave, como una tarde en Messina, con una granita de pistacchi y mandorle. Suave. ¡Te tengo! Mi Beretta se calienta. Juega Cf3, la clásica. Pero le pongo un d6 y lo dejo boquiabierto. Ya sabe lo que le espera. Contesta: d4. Yo le tomo Cxd4. En eso veo aparecer una Colt 1911 de su bolsillo, apenas la vislumbro. ¡Esto se va a poner lindo! El tablero mismo parece sudar. Antes del enroque ya tenemos cada uno la pistola en la mano. No tiene sentido esperar. Él dispara primero, apenas una fracción de segundo después lo hago yo, pero el reflejo muscular por el impacto de su bala hace que termine disparándole dos veces. Las dos le dan en su pecho. Jaque mate.

—¿Qué pasó acá? —dice el *commissario* Bermundi.

—Una partida de ajedrez en solitario —contesta el agente de los *Carabinieri Soli*, Eleuterio.

—¿Se pegó tres tiros él solo? ¿Usted me toma por boludo, Eleuterio? —pregunta conteniendo los gritos el comisario.

—Estaba frente al espejo, *commissario*. El espejo tiene dos agujeros de la Beretta. ¿Lo ve?

—Un caso más de suicidio a la siciliana —dice Bermundi mascando sus palabras con bronca.

Homicidio en ocasión de desnudez

Desesperado, salí del baño como estaba; a decir verdad, no muy vestido. Encima, no tengo una figura agraciada, de modo que, en la calle, mis desnudeces no fueron celebradas con aplausos sino más bien con horror y frases que denostaban mi condición. Inútil fue decirles

qué había pasado, de modo que seguí corriendo hasta encontrar un policía, que resultó mujer y que me miró con cara de pocos amigos.

—Hay un muerto en mi baño, oficial —le dije casi sin poder respirar.

—¿Cómo murió? —me dijo mirando sin disimulo mis partes bajas.

—Creo que yo lo maté.

—¿Cree? —dijo, sacando su arma reglamentaria—. Acompañeme a la Comisaría.

—Pero... ¿y el muerto?

—No nos necesita —dijo (y tenía cierta lógica)—. Usted quedará encerrado hasta que se sepa qué le pasó.

—Pero fue involuntario. No quise matarlo —dije.

—Todos dicen lo mismo —contestó con una media sonrisa—. Vamos. ¡Venga! —reforzó con un grito su orden.

De pronto, mi capacidad de moverme se anuló, quedé congelado en el vidrio.

—No puedo acompañarla. Estoy congelado. Debe ser el miedo.

No necesité decir más. Ella disparó tres veces. El espejo estalló en millones de pedazos. Algunas esquirlas, incluso, la lastimaron levemente.

Cuando me encontraron en el baño de mi casa, desnudo y muerto de tres tiros de pistola de la policía, ella no pudo explicarlo y de nada sirvieron en su defensa todos los testigos que aseguraron ver pasar un espejo por la calle con un hombre desnudo dentro. La encontraron culpable.



Héctor Ranea. Educado en escuelas públicas y la Universidad Nacional de La Plata, es poeta, escritor y jubilado de los sistemas de educación universitaria y científico. Como escritor es autor de un libro de poemas (*Profundo corazón de la marea*, Último Reino 2000), un libro de divulgación científica (*Los cazadores de la unificación perdida*,

Editorial Colihue 1992) y participa en 13 antologías de diferente corte. Tiene varios libros de narrativa y poesía en preparación.

Álvaro Ruiz de Mendarozqueta

Asesino en serie

La mejor manera que encontré para descargar la parte oscura que llevamos dentro, fue asesinando gente en los cuentos. Forjé cierta reputación y aparezco en antologías de la serie «Letra negra». Incluyo algo de sadismo y toques eróticos —muy de moda—.

Sin ir más lejos acabo de mutilar a la vecina de arriba que me tiene hartos con sus tacos resonando a las seis de la mañana. Disfruté mucho relatando cómo la desmembré con el cuchillo grande que uso para el asado.

Salgo de casa a comprar algo para festejar. En la vereda dos policías se me acercan; detrás de ellos, un empleado de la editorial me señala con el dedo.

Vigilia

No me podía dormir. Desde la ventana entreabierta se veían las sombras de los árboles. Se oía el runrún lejano de la avenida y, de vez en cuando, algunos pasos apurados en la vereda.

Ella no se movía; la toqué y después de tantos años me seguía sorprendiendo la suavidad de su piel.

Me levanté y me senté en la silla en la que había colgado los pantalones. Las sombras recorrían su espalda como olas. Ella parecía tener un poco de frío pero si me hubiera levantado para taparla me habría perdido el espectáculo. Pensé en lo mucho que la quiero y en lo mucho que me costaba decírselo.

Encendí el velador que daba una luz tenue hacia abajo. La suficiente para permitirme tomar notas en el cuaderno de tapas duras. Hice un boceto de su espalda desnuda que, en un vano intento, quise difuminar en una guitarra, incluso dibujé el agujero. Escribí algunos recuerdos de momentos que pasamos juntos. Intercalé texto y dibujos.

Con un lápiz 2B hice unos sombreados como los que estaba viendo. Con algo de rencor escribí el dolor que me había producido el engaño.

Fui al placar y saqué la caja de *Faber-Castell*. Para completar el dibujo, elegí el lápiz más rojo de todos y comencé a pintar las manchas de la sábana.



Álvaro Ruiz de Mendarozqueta. Publicó relatos y artículos en las revistas *SuperHumor*, *Sinergia*, *Clepsidra*, *Cuasar*, *Vórtice*, *Gurbo*, *Gestalt*, *Axxon*, *miNatura*, *Brevilla* y *Puro Cuento*. También publicó en el diario *El Litoral de Santa Fe* y en las antologías *Fase Uno*, *Fase Dos*, *Grageas 2*, *Todo el país en un libro*. Fue incluido en las antologías Microrrelatos navideños y Fútbol en breve, de Internacional Microcuentista y Antología de microrrelatos de amor y desamor, de Brevillia. Alción Editora publicó su libro de cuentos *El arte de lo efímero*.

Norah Scarpa Filsinger

Detective de parejas

Siempre hay un tipo que sospecha de su mujer y eso no está mal, se dijo. Pero esta vez fue la mujer la que sospechó del tipo. Y no se quedó en el molde. No era lo suyo, pero... la bronca es grande... y la paga también. Lo que no entendía era el apuro, los términos eran precisos. Suspiró. Y ahora basta de dilaciones, se alentó. Lo más sencillo, pero... veneno no quiere, está la autopsia. Recapacitó. El método era lo esencial. Planeó el hecho con meticulosidad científica. El tiempo, casi la clave. Lo acechó durante tres noches. Ahí estaba. Se puso la gabardina gris y entró en el momento preciso. Esta vez sí. Pero no.

El miserable ya estaba muerto.

Caso resuelto

Y sí. Se me vino algo así como una ráfaga el olor a sangre en las sombras. Lo aceché. Imaginé que lo atraparía en su huida por los fondos, sumido en la oscuridad de su conciencia. No había otra salida. Era mi oportunidad, aunque con una posibilidad algo incierta.

¿Una posibilidad?

Porque era él. Lo sabía, aunque en el momento no lo vi. Llevaría el estigma en la frente. Lo había sentido rondar por los alrededores hacía días. Para colmo, la luna nueva era su cómplice. Entonces lo percibí con claridad en el interior de la casa. Me aseguré de seguir sus huellas. Y lo perseguí, cuarto por cuarto, hasta el final. Entré. El cuarto era ciego, solo un espejo al fondo. La sensación de lo imposible me dejó petrificada por un momento.

El espejo estaba vacío.



Norah Scarpa Filsinger. Argentina de Tucumán, tierra de cerros de yungas, azahares y azúcar. Ex docente, tres hijos, cuatro nietos y algunos libros: *Hojas al tiempo*, 2010, poesía; *Cuentas de maíz*, 2009, *Incisiones mínimas*, 2011; *La vida y otras inquisiciones*, 2014, microficciones. Textos teatrales: *Estación sin rosas*, 2001, con puesta y publicación. Premios diversos en poesía y dramaturgia, participación en antologías nacionales y extranjeras. En preparación: *Región de bruma*, poemario.

Ana María Shua

El que acecha

Mi espada hiende el aire. La herida se cuaja de goterones sangrientos. ¿He acertado por fin en el cuerpo del que acecha, enorme, del otro lado de la realidad? ¿Es la música de su muerte este vago rugido estertoroso, esta respiración gigante? ¿O es el aire mismo el que, partido en dos, agoniza?

Asoma por el tajo la hoja de otra duda, de otra espada.

Profesional

Nuestro trabajo es, en realidad, bastante rutinario y no se parece a lo que muestran las películas. Los encargos con los que debutamos en el oficio suelen ser los más recordables, tal vez porque la gente con experiencia rechaza las tareas difíciles o desagradables. Que caen, como es natural, sobre los pobres principiantes. Siempre se encuentra a un muchacho necesitado, dispuesto a matar a un abuelito a garrotazos por cien dólares.

Yo era un inexperto principiante cuando encaré a mi primer cliente, la señora Mercedes de Ulloa. Estaba nervioso. Por supuesto, había matado a otras personas, incluso por la espalda, pero siempre en robos a mano armada o guerra de pandillas. Tenía una ventaja importante para iniciarme en el oficio: nunca había estado preso.

La señora me citó en su casa, de noche. Los clientes odian tratar con nosotros en directo, pero en esta era de las comunicaciones, nada deja menos rastros que una entrevista personal.

La casa estaba llena de fotos que contaban la historia de una pareja. En las fotos, todos parecen felices. La señora Mercedes estaba en su estudio, en penumbras, detrás de un gran escritorio de nogal. Vieja, hinchada, pintarrajeada, maloliente, reconocible: la mujer de las fotos. Todo el ambiente estaba impregnado con ese olor dulzón. No podía creer que alguien pagara por oler así. No perdió tiempo. Tenía preparado allí mismo, sobre el escritorio, la mitad del dinero.

—Quiero que mate a mi marido. Ahogado en la bañera. Ojo por ojo.

La interrumpí. Sus motivos me importaban poco.

—Muy bien —le dije—. En los próximos días...

—Ahora mismo. Ése es el cuarto de baño.

Esta mujer está loca, pensé. Y además... Matar en la bañera es un trabajo sucio. Se toma a la persona de los tobillos y se da un tirón enérgico hacia arriba. Por lo general (pero nunca se sabe) no tiene de dónde agarrarse y la cabeza se hunde. Alguien que se está ahogando patatea con fuerza descomunal, pero el hombre era un viejo y yo tenía el entusiasmo desaprensivo de la juventud. Sin pensarlo demasiado, con los billetes calentándome el bolsillo, entré al baño. A pesar de mis prevenciones, fue sencillo.

Salí con la ropa bastante mojada. El resto del dinero me esperaba sobre el escritorio. Busqué a mi clienta por toda la casa, pero se había ido.

Unos días después apareció una breve nota en la página de policiales. Un anciano había sufrido un accidente en la bañera. Intrigados por su desaparición, los vecinos alertaron a la policía, que encontró el cadáver en avanzado estado de descomposición. El hombre no tenía hijos. Y era viudo.

Ya decía yo que la señora Mercedes olía mal.

Nota de la E.: A pesar de que tiene más de 400 palabras, he decidido incluir en esta antología el texto «Profesional», de Ana María Shua.



Ana María Shua. (Buenos Aires, 1951). Novelista, cuentista, ensayista, poeta, ha sido traducida a varios idiomas. En el 2009 publicó *Cazadores de letras. Minifcción reunida*, un libro de casi 900 páginas, donde se reúne su obra mínima, tomada de sus libros *La sueñera* (1984), *Casa de geishas* (1992), *Botánica del caos* (2000), *Temporada de fantasmas* (2004), *Fenómenos de circo* (2011). En 2016 recibió el Primer Premio

Iberoamericano de Minificción «Juan José Arreola», en la ciudad de México.

Carlos Suchowolski

Al margen de la Ley

En lo sustancial, las leyes no se ajustaban a su idiosincrasia y se inclinaban en su contra. No obstante, tenían los suficientes resquicios como que las pudiera burlar. Por eso no se resistió al arresto y aceptó la prisión preventiva con una sonrisa mordaz: sabía muy bien que al día siguiente tendrían que dejarlo en libertad: en cuanto la víctima dejara de serlo y, convertida en su mejor testigo, se presentara en el juzgado para anular toda denuncia, incluyendo la de haberle mordido en el cuello con sadismo, sed y alevosía.

Crimen y castigo

Se disparó en un pie y el abogado que llevaba sobre sus hombros, poniendo inteligentemente en un dilema al juez de la jurisdicción frontal, consiguió salvarle el cuello... aunque sin poder evitar que le electrocutaran la mano.



Carlos Suchowolski. Publicado desde 1969 en varios idiomas. La Sociedad Española CF le publica en sus «Cuentos del año». En 2007, primera novela, *Una nueva conciencia*, reeditada, y *Once tiempos de futuro* (Amazon). Nueva novela, *La botella precintada* y más relatos.

Leandro Surce

De lo que no se puede hablar mejor es callarse

Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*.

—¿Cómo carajo supieron lo de la entrega?! Alguien nos delató.
¡Y fue uno de nosotros!

Pegándole un puñetazo a la mesa, el Oso Tony se puso de pie saltando como un canguro. Caminaba enloquecido por todo el bar tratando de dominarse:

—A ver... Quiero que solucionemos esto rápido. Por eso, si de casualidad alguno de los que está acá es un maldito policía, apreciaría con todo mi corazón que tuviera la gentileza de decírmelo en este preciso y puto momento. ¿Me escucharon?! Quiero que me lo digan ahora, ahora y por las buenas. Y si nadie habla, SI NADIE HABLA... Entonces les juro que los voy a matar a uno por uno pero antes, ¡antes les voy a arrancar las pelotas con un cuchillo y los ojos con un tenedor!

Tony repasaba los rostros de sus muchachos con los ojos inyectados de sangre. El revolver le temblequeaba en una mano. Pese a que absolutamente todos se miraban entre sí con recelo, los más nuevos se llevaban la peor parte.

Al verse visto por tantos pares de ojos, el mudito Ramírez se sintió de golpe obligado a decir algo:

—Jefe, le juro que yo no tuve nada que ver.

Qué grave y nítida era su voz. Podría haber sido un gran locutor, comentaron los muchachos al salir de su asombro. Lástima que se dedicó a otra cosa.

El que calla otorga

La persecución, una verdadera balacera a través de escaleras y pasillos, culminó en la terraza del edificio. El detective John Malcon

tenía arrinconado a uno de los narcotraficantes más peligrosos de Nueva York. Su pistola reglamentaria apuntaba directamente a la cabeza. Desarmado, Giuseppe Naccarelli se aferraba a la barandilla metálica que lo separaba del precipicio. Viéndose sin muchas opciones, trepó la baranda y luego dijo:

—Voy a saltar, Johnny.

El detective guardó silencio. El italoamericano colgaba del lado exterior. Podía sentir el bullicioso abismo a sus espaldas. Al cabo de una tensa vacilación agregó:

—¡Voy a saltar, maldita sea! No pienso regresar a prisión.

John se adelantó sin decir nada. En sus manos la pistola titubeaba ligeramente. Giuseppe lo supo:

—¿Por qué no decís nada? ¿No tendrías que detenerme? O quizás... ¡Ya entiendo! Dejame adivinar: o no hay más balas en tu pistola o metiste la nariz en el maldito negocio. ¿Es eso? Me quieren muerto, ¿verdad?

Por toda respuesta el detective lo miró fijamente.

De pronto todo se decidió. El narcotraficante quiso bajar a la terraza. Se oyó un disparo. Giuseppe perdió el equilibrio.

El cuerpo quedó estampado en medio de la calle.

John bebía café sentado sobre el paragolpes de la ambulancia. Un colega se le arrió:

—Veo que estás entero. Decime, ¿qué mierda pasó? El tipo tiene un balazo en el pecho.

—Le habré dado en la persecución. El muy desquiciado saltó gritando: «No iré a la cárcel».



Leandro Surce, 1984. Licenciado en Ciencia Política (UBA-FCS), estudiante de la carrera de Filosofía (UBA-FFyL) y editor. Mención en el certamen de cuentos *Vicente López, ciudad fantástica*. Su relato se incluyó en una antología publicada por la Municipalidad de Vicente López en 2014. Primer premio certamen de microcuentos

organizado por la revista *Crac!-Literatura* (2013). Participó del ciclo *Imagen te leo* por invitación de la Municipalidad de Vicente López (2014). *Pormenores* (2016) es su primer libro de cuentos, sello editorial *Qué diría Víctor Hugo?*

Luis Alberto Taborda

Caminos de la justicia

«¡Usted lo hizo!», exclamó el corpulento inspector Somocurcio, apuntando con su dedo índice al centro del pecho del hombrecillo insignificante con uniforme de mozo que se encontraba justo delante de él. Pálido, conmovido, el otro sólo atinó a responder: «Sí, sí, confieso que soy el autor del crimen cometido en este bar; pero... ¿cómo lo supo, inspector?». «Bueno», respondió Somocurcio levemente alterado, «en realidad ni lo supe, ni lo imaginé». A lo que añadió en un acto de sinceridad: «Estaba buscando al responsable del café frío que tomé hace un momento y cuando vi su cara recordé que usted me lo había servido. En fin, a veces los caminos de la justicia son extraños...». Y ahí no más lo arrestó, sumando así un nuevo poroto a su ya brillante foja de servicios.

Jumeal

—¿Cuál fue su caso más breve, inspector? -preguntó Ruiz, curioso.

—El de Ángela, el cadáver que apareció flotando en el Jumeal.

—Cuenta, cuenta...

—Lo resolví en menos de cinco minutos. Simple. No era su cadáver, sino que Ángela se había dormido haciendo la plancha en el agua. Como estaba con un salvavidas puesto no se hundió. Así que estaba vivita y coleando. Tuve que despertarla nomás.

—¡...!



Luis Alberto Taborda. Nacido en La Rioja en 1953. Reside en Tinogasta de Catamarca. Docente de profesión. Tiene

publicados tres volúmenes de relatos breves: *La oveja rebelde*, *La golondrina sedentaria* y *El oficial Preciso*. Y dos volúmenes inéditos: *La carlinga* y *Chiquitos*. Ha publicado, además, poesía, cuentos, aforismos, palíndromos, historia regional, etc.

Ernesto Tancovich

Despedida

Ella sabía que él vendría. Él no sabía que ella sabía. Emboscada en la oscuridad espera. Desde allí distingue las finas líneas de luz que contornean la puerta. Oye la pava bullir en la cocina, que olvidó apagar, y piensa en los platos aún sucios. Oye pasos afuera, que se acercan, se detienen. Gira la llave, sigilosa. La vertical de luz se ensancha, como si un telón se corriese, generando un rectángulo amarillento. En el rectángulo se recorta la silueta del visitante. Entra, con pasos medidos, cautelosos, revólver en mano. Ella se había prometido no dudar y dispara, Una, dos veces, tres. Él da pasos de ebrio, a un lado, a otro y se desploma, gatillando en la caída. El proyectil da en el cielorraso. Hay una breve lluvia de arenas. Da rugidos de animal, revolviéndose en el suelo, en borboteos de sangre. Ella jadea, su cuerpo entero tiembla. Piensa que debería rematarlo, detener el surtidor de aguas rojas que ahogan el grito. Y a la vez, fascinada, mira esos ojos despavoridos que la miran. Él se va aquietando, una mano invisible lo aprieta, los ojos blanquean. Ella guarda su pistola en el bolso, ya preparado para el viaje. Va hacia la puerta eludiendo los charcos, la cierra. Ya en la calle, que huele a jazmín, recuerda una vez más los platos sin lavar, la hornalla encendida. Siempre, aún de chica, le fastidió dejar algo pendiente. Con esa desazón se aleja, noche adentro.

Última visión

Desde lo alto alcanza a divisar su propia silueta, toscamente dibujada con blanco sobre el pavimento, los círculos que rodean los puntos donde se han recogido los casquillos, los pasos del policía aburrido que custodia la escena del crimen.



Ernesto Tancovich. Supongo que el escritor es el lector que un día decide leerse. Bordeando mis 70 me asomo al espejo de la escritura. Antecedentes, pocos y de estos meses. Tercer premio de microrrelato (Universidad de Tucumán) y una de las dos menciones del Premio Provincia de Córdoba, por *El niño stalinista*. Y publicación en *Apología 3* (Letras del Sur). Casi todo lo que llevo escrito está inédito. Me declaro, entonces, autor cuasi póstumo. Y colorín colorado.

Eduardo E. Vardé

Los boquiabiertos

Como una flor desmembrándose, la gente se apartaba del pasillo para abrir paso a esos dos que se venían corriendo. Cuando el tren se acabó, la persecución también. Quedaron cara a cara, dispararon. Una bala atravesó el furgón hacia el carterista, mientras que otra atravesó el lugar en sentido opuesto, hacia el policía. Los disparos se cruzaron frente a los inertes boquiabiertos. Cuando los proyectiles hubieron impactado en sus respectivos objetivos, los testigos creyeron que eso era el fin. Menos uno, quien afirmó que las balas siguieron surcando el aire, llegaron a la casa de cada muerto, ubicadas en barrios similares, bajos y pobres, y atravesaron a cada mujer y a cada hijo, ultimando mucho más que dos vidas.

La quietud

—¡Quieta ahí! —exclamó mientras la arrinconaba contra el portón— ¿Tus labios o la vida?

Ella bajó los párpados, lenta, temerosa y se entregó en la quietud a su suerte.



Eduardo E. Vardé (Buenos Aires, 1984). Estudiante, docente, escritor y ser humano.

Contacto en <http://eduardovarde.blogspot.com>

Carlos Vitale

Los crímenes de Arcobaleno

Cuando fue asesinado Alberto Ongaro un sentimiento de estupor sobresaltó las calles del pueblo. ¿Quién podía odiar a un anciano farmacéutico que durante más de cuarenta años había servido a sus conciudadanos con esmero y abnegación? Cuando a los pocos días fue asesinado el mecánico dental Jorge Ongaro, con la misma frialdad profesional y sin causa aparente, a la natural consternación se sumaron algunos jocosos comentarios sobre la insólita coincidencia de los apellidos, aunque no eran pocos los Ongaro de Arcobaleno, quizá sólo unidos por un remoto antepasado. Pero cuando el asesinado fue Antonio Ongaro, empleado administrativo, única víctima real, singular objetivo de una mano aborrecida, cesaron las bromas y ya no se habló de coincidencias, sino de acontecimientos sorprendentes y de justificado temor. Los Ongaro se demoraban en sus casas, sus parientes eludían las visitas. En ocasiones, se los descubría introduciéndose, al atardecer, en un bar o en un cine con ademanes de histérica despreocupación. Lo cierto es que uno a uno fallecieron Domingo, Juan, Diego y Vicente Ongaro. En algunos casos, la familia ofrecía confusas explicaciones de sus muertes: una intoxicación originada por unos medicamentos ingeridos por descuido o un súbito ataque al corazón provocado por un exceso de esfuerzo. Era una maldición de la que se negaban a formar parte. Perplejos y asustados, los supervivientes planeaban huir en medio de la noche. Una secreta culpa, oscuramente deseosa de expiación, los retenía, sin embargo, entregados a su destino. ¿Para qué huir?, ¿cómo huir?, ¿adónde huir?, se preguntaban. Tarde o temprano se había de pagar, razonaban, aquella humillación, aquel fraude, aquella fatal indiscreción. Y esperaban su turno: una falsa pista para una sola muerte verdadera.



Carlos Vitale (Buenos Aires, 1953) es Licenciado en Filología hispánica y Filología italiana. Ha publicado *Unidad de lugar* (2004), *Descortesía del suicida* (2008), *Cuaderno de l'Escala* (2013), *Fuera de casa* (2014), *El poeta más crítico y otros poetas italianos* (2014) y *Duermevela* (2017).

Mónica M.Volpini Camerlinckx

El mundo al revés

—Yo no quise matarlo. Lo juro por las cenizas de mi madre. Descubrí que me estaba siendo infiel. Como en las novelas. Con mi mejor amiga.

—Pero usted se declaró culpable.

—Culpable de lo que pasó, pero no de matarlo.

—Explíquese. Los policías la encontraron al lado del cadáver con un cuchillo. Los vecinos escucharon sus amenazas.

—Sí, porque pensé en matarlo. Pensarlo puede ser un pecado pero no un delito. Discutimos y de pronto él puso los ojos en blanco y se cayó. Se golpeó en el filo del mueble..

Era la décima vez que miraba aquel video con la confesión de la supuesta asesina. Los policías estaban a su lado y repetían sin cesar la misma historia. Otro crimen pasional seguido de una descarga por problemas psicológicos. El juicio final se llevaría a cabo el mes próximo y ellos carecían de pruebas.

Fue entonces cuando los hechos se sucedieron como en un remolino de pasiones. Ella se suicidó en la celda. El teléfono sonó para avisar que, durante un estudio médico que se había hecho unos días antes, lo habían medicado erróneamente con algo que le produciría apneas y desmayos. Tal vez era por eso que se había golpeado con el filo de la cama y la mujer tendría razón. Corrieron a pedir una nueva autopsia pero ya era demasiado tarde. Como otras tantas veces, el mundo estaba al revés.



Mónica M. Volpini Camerlinckx nació en Gral. Pico (La Pampa), es autodidacta y actualmente tiene editados siete libros de novela romántica y poemas. Ha participado en antologías. También escribe microrrelatos y novelas de ficción.

Omar Julio Zárate

Conurbano

Los pibes están contra el paredón; siempre hay algo, birra, faso. Siempre hay alguien que trae y nadie pregunta. El Tucu los conoce y saluda regresando de la práctica de fútbol, cuando aparece Marcelo corriendo desde la esquina más cercana. Trae un bolso de mujer en sus manos. La sirena suena por atrás de él, se levantan y corren todos. Marcelo tira el bolso y el Tucu automáticamente lo toma y en ese momento siente el golpe feroz y cae. Un cana lo tiene atrapado boca abajo y lo golpea, llegan otros y se unen. No entiende nada, solo siente los golpes, las patadas. «¿Qué llevas ahí? ¿Qué te robaste?» Escucha, pero no puede contestar, ve que abren la cartera, sacan la billetera, el celular y lo guardan en sus bolsillos. «Vos calladito y capaz zafas», le susurran.

Lo buscan, lo encuentran «¿Y, pibe? ¿Cuándo salís para nosotros?» Aunque le pesa lo hace; dos, tres veces. En esa tercera, dos tiros; un breve sumario. «Uno menos», piensa (grita) la gente «buena».

En la casa del cana que gatilló entran dos pibes armados. Muerte, violación, robo.

Tres días después en un tiroteo «caen» los responsables de ese hecho «Peligrosos delincuentes», dirán los diarios. Mientras toma su café matutino y lee, el comisario sonríe, «la cosecha de pendejos nunca se acaba» canta a media voz. Y por dentro piensa «Lástima, era un buen cuadro, pero ¿abrirse, denunciarme, arrepentirse? Sirve como ejemplo. La tropa está en orden ahora».

La voz

El tipo estaba ahí, parado contra la pared y fumaba. No era un cigarrillo seguro aunque no puedo precisarlo. Parecía una especie de habano negro y el humo también se veía negro. Intenté alejarme lo más posible al pasar cerca de él pero me llamó, por mi nombre me llamó. Una voz áspera pero enérgica que no dejaba lugar a dudas. No

hice caso, «no lo escucho», dije para mí. Y su voz ahora entró por otro sentido, no fue audible. Se instaló en mi cabeza y ya no pude pensar en nada. Regresé junto a él. Esperé, pues nada más dijo.

Una, dos horas ahí en el silencio de la noche, solo su puro brillaba y alguna que otra luz de la calle. El pibe cruzó por la esquina, sentí su voz otra vez: «Traelo». Algo en mi memoria se revolvió, cuerpos que se sacuden, llantos, mi llanto, mi dolor. Corro, lo alcanzo, lo abrazo y se lo llevo. Me ordena sujetarlo por los brazos, lo desnuda, lo viola. No puedo mirar. Cuando termina es un despojo.

«Yo no lo hice», digo. Sin embargo no me creen. ¿Por qué nunca me creen? Ahora pienso que esa voz es la del borracho de mi padrastro, ¿Por qué nunca me creen? Ma... ¿Por qué?



Omar Julio Zárate. Nacido en Córdoba, Argentina. Escribe desde el 2005. Tres libros publicados: *Pan y Glicina*, *La curva de la Niña* y *Un hilo de imaginación*. Ganador del concurso de Editorial Mis Escritos con el cuento “La Curva de la Niña”. Tiene textos en las siguientes antologías: *Borrando Fronteras*, *Basta Cien hombres contra la violencia de género* y *69. Antología de microrrelatos eróticos*.



Bolivia
Colombia
Cuba
Guatemala
Nicaragua

Compiladores: Alberto Sánchez Argüello y Lilian Elphick

Homero Carvalho Oliva (Santa Ana del Yacuma, Bolivia, 1957)

La última víctima

Antes de ser ajusticiado, el asesino en serie reveló que aún le quedaba una víctima. Las autoridades presentes en la ejecución pensaron que estaba alardeando y no le prestaron atención. Muchos años después, un hombre descubre que el brutal asesino, «el monstruo de la ciudad», era su padre y se suicida.

Incógnita

Holmes mira a Watson. Watson mira a Holmes. Ambos miran el cadáver. Ya estaban ahí cuando sucedió el crimen.



Homero Carvalho Oliva, Bolivia, 1957, escritor, ha obtenido varios premios de cuento a nivel nacional e internacional como el Premio latinoamericano de Cuento en México, 1981 y el Latin American Writer's de New York, USA, 1998; dos veces el Premio Nacional de Novela con *Memoria de los espejos* y *La maquinaria de los secretos*. Su obra literaria ha sido publicada en otros países y ha sido traducida a varios idiomas; figura en más de treinta antologías nacionales e internacionales de cuento. El año 2012 obtuvo el Premio Nacional de Poesía con *Inventario Nocturno*.

Guillermo Bustamante Zamudio

Testigo de cargo

El teclado fue llamado a comparecer en el juicio contra el novelista: conocía como ningún otro sus huellas digitales.

Descargos II

—¿Por qué lo mató usted?

—Para complacerlo.

—Sírvase explicar.

—Siempre se preocupaba por llegar primero que yo a todo. Lo único que hice fue garantizar que también llegara primero a la muerte.



Guillermo Bustamante Zamudio (Colombia, 1958). Co-creador *Ekuóreo* y *A la topa tolondra* (revistas de microrrelato). Con Harold Kremer, compiló: *Antología del cuento corto colombiano* (1994); *Los minicuentos de Ekuóreo* (2003); *Segunda antología del cuento corto colombiano* (2007); y *Colección del cuento corto colombiano* (2016). Libros de microrrelatos: *Convicciones y otras debilidades mentales* (2002), *Oficios de Noé* (2005), *Disposiciones y virtudes* (2016).

Blog de microrrelatos: <http://e-kuoreo.blogspot.com>

Emilio A. Restrepo (Amagá, Antioquia, 1964)

Un encuentro

No era un fantasma quien surgió entre la niebla, aunque en ese momento lo hubiera preferido. He tenido más respeto por los vivos que por los muertos y esa figura que tenía parada al frente, mirándome con un brillo de odio bajo el sombrero que hacía sombra en su rostro, apuntándome con el frío acero de su pistola, estaba atterradoramente viva.

—Es bueno verte, después de tanto tiempo. ¡Reza tus últimas oraciones! ¡Mulligan te envía sus recuerdos! Su voz resonaba cavernosa.

Siempre pensé que en esas circunstancias, una calle oscura y la clara amenaza de ganarme un balazo, era mejor disparar primero y preguntar después. Así lo hice.

—¡Brown, Brown, mi buen amigo Brown! Siempre fuiste más rápido con las palabras que con las pistolas. ¡Feliz estadía en el infierno! —Soplé mi automática que aún despedía un hilo de humo gris con el dulce olor que toma la pólvora cuando da en el blanco.

Diciendo esto, le quité el arma, el maletín y la billetera por si hubiera algo que me pudiera interesar y me fui al centro a buscar a Mulligan.

Aparición

De repente, una figura surgió en la esquina, un tanto desdibujada por la niebla. Pensé en un fantasma, pero al mirarla bien, era Ella, después de tantos años de creerla muerta.

Estaba allí, borracha y temblorosa, amenazándome con el arma que alguna vez fue mía. Detrás, un fulano silencioso en la moto.

—Hola, inspector. ¡Ha pasado tanto tiempo! Masticaba de manera irónica las palabras, no sé si por la ebriedad, la emoción o el odio represado. Tal vez eran los tres motivos.

—Ardía en deseos de encontrarte en este callejón. He sabido que aquí escondes a tu perra y cobras comisiones para proteger a los gusanos de siempre. No has cambiado, sigues siendo el mismo despreciable corrupto y cobarde que conocí.

—Debí haberme encargado personalmente del asunto. No estaría aquí, apuntándome —pensé mientras ella me disparaba en dos ocasiones sin lograr darme en el cuerpo, haciendo blanco en mi sobretodo. Yo estaba paralizado por el pánico y la sorpresa.

No sé explicar por qué, pero esa noche andaba desarmado. Nunca reaccioné, estático durante toda la eternidad de ese instante. Ella abordó la moto y ambos huyeron.

—¡Nos veremos! —gritó. El ronroneo de la moto diluyó los rugidos de la avenida que la devoró entre vehículos, sombras y neones.

Quedé algo confundido. En ese momento ya no estaba tan seguro de que no había sido un fantasma quien surgió entre la niebla. Los dos agujeros de bala en el gabán me sembraron la duda.



Emilio Alberto Restrepo. Médico colombiano, conferencista, columnista de varios medios. Algunos de sus libros publicados son: *Textos para pervertir a la juventud* (poesía); *Los círculos perpetuos* (novela); *El pabellón de la mandrágora* (novela, 2005); *La milonga del bandido* (novela). *Qué me queda de ti sino el olvido* (novela, 2008); *Crónica de un proceso* (novela); *Después de Isabel, el infierno* y *¿Alguien ha visto el entierro de un chino?* (dos novelas cortas); *Un asunto miccional y otros casos de Joaquín Tornado, detective* (cuentos); *Joaquín Tornado, detective* (novela); *GAMBERROS S.A.* (Cuentos). [Blog](#).

Saturnino Rodríguez Riverón (Placetas, Cuba, 1958)

El bueno y el malo

El policía malo te rompió la cabeza; te sacó cuatro dientes. La nariz te sangra; te partió los labios; casi te asfixia. No te queda un hueso sano. ¿Te sirvo champán helado? ¿Un poco de caviar? Por qué no me dices la verdad, ¿eh? ¿Que la verdad es relativa? Correcto; eso es verdad. Después del cabroncito de Einstein, la verdad se fue a bolina. Pero míralo así: yo soy el policía bueno que quiere ayudarte. Si no me ayudas a mí, el malo puede encarnar al bueno, y el bueno volverse malo, con mucha relatividad. De esa forma, habrá un absoluto cabrón de menos, en este mundo tan relativo.

Habitual del delito

No tiene caso sufrir, y, sin embargo, estoy penando.

No tiene caso lamentarse, y me quejo silencioso.

No tiene caso derramar lágrimas, y no las derramo.

No tiene caso mascullar improperios, y me los callo.

No tiene caso, señor inspector. Búsquese otro sospechoso. El cadáver que examina es el mío propio. Y le juro por lo más sagrado que no fui yo quien lo mató.



Saturnino Rodríguez Riverón. Narrador y poeta. Ha obtenido premios y menciones en diversos concursos nacionales e internacionales. Premio Calendario Narrativa con el cuaderno *Manuscritos en papel de cigarro* (Ed. Abril, 2001); publicó *Cuentos de papel* (Letras Cubanas, 2007) y *Muchas veces mucho* (Letras Cubanas, 2013). Tiene en proceso editorial la recopilación: *Tres toques mágicos. Antología de la minificción en Cuba*.

Francisco Alejandro Méndez (Ciudad de Guatemala, Guatemala, 1964)

Invasor

Invasor es un sicario con suerte. Hoy cuando despertó en uno de los lotes baldíos lo sorprendió un regalo caído del cielo: una cabeza envuelta en una bolsa negra. De inmediato la lavó y la volvió a llenar de lodo.

—Mirá —amenazó al del supermercado, quien le entregó los billetes de la caja registradora.

La suerte le acompañó mientras asaltó peatones. Entró a un colectivo y visitó casa asiento. En una mano, la cabeza destilando sangre, tomada de un perro callejero muerto y en la otra, un bolso para que depositaran carteras, relojes y celulares.

Tal parecía que al Invasor no le podría ir mejor. Ingresó a un centro de retiro «espiritual». El último viaje, en el que administraban crack diariamente a sus residentes. El suertudo sicario negoció 15 días de estancia a cambio de la cabeza, que era de su propiedad. Lo consiguió. Por las tardes, los consumidores jugaban pelota con la cabeza. Algunas veces fútbol, otras básquet. Era divertido.

El comisario Wenceslao Pérez Chanán leyó en la Xtra la noticia. Montó un operativo junto a Fabio y Enio, sus detectives estrella. El día 14 para el Invasor, afuera ignoraba que una orden de captura provocaría su detención inmediata.

Como la suerte lo seguía acompañando, prefirió entonces formar parte de El último viaje. Pidió que lo degollarán de inmediato. Un interno accedió. Salió por la puerta trasera con la cabeza del sicario. Un taxi lo trasladó al barrio vecino donde comenzó a extorsionar. La suerte del Invasor lo acompañó.

El Juego 2.2

La escena ocurre a pocos kilómetros al norte y dos al sur de la frontera entre EUA y México. Específicamente entre Tijuana y San Diego. El protagonista es centroamericano, quien tras sortear engaños,

vejámenes, hambre y cansancio camina furtivamente por entre los arbustos cercanos al famoso *bordo*. El paisano, quien ha sido exprimido hasta el último centavo, extrae con suma cautela un celular con GPS, con el cual se comunica por *whasaap* con un desalmado *coyote*, quien le sugiere cómo alcanzar el *American Dream*.

Al Sur, en Pueblo Viejo, la familia está amenazada: si no deposita la cantidad requerida, no volverán a saber del Güicho. Así le dicen al protagonista. De nuevo, en la frontera, vestido con pantalón y camisa rotos, presto a sortear todo lo que ordena el *pollero*, Güicho suda mientras aguarda acalorado. Espera instrucciones para cruzar al otro lado.

Sin embargo, del lado yanqui, patrulleros de la frontera, armados y con laptops, interceptan las señales de su GPS y de otros más que están en las mismas condiciones. Primero silencio, luego una pieza de suspenso para complementar la escena. Justo el momento en que Güicho cruza, guiado satelitalmente, sorteando rayos infrarojos y diversos sensores, se activa el programa de los putos federales e inicia la persecución.

En la carretera el *coyote* se frota las manos. Observa que en su programa existen posibilidades de capturar a su *migrante*. *Showtime*. Todo sucede, hasta que alguien da un click al mouse y congela el escenario. La pantalla se queda congelada.



Francisco Alejandro Méndez. Escritor, periodista y crítico. Autor de una veintena de novelas, cuentos, ensayos. Creador del comisario Wenceslao Pérez Chanán. Entre sus publicaciones: *Completamente Inmaculada*, *Juego de Muñecas*, *Chanán*, *cinco casos peliagudos para el comisario*. *Reinventario de ficciones*, *Relatos X/traordinarios*. Sus relatos han sido traducidos al francés, inglés y kakchiquel. Es catedrático, columnista y criador de perros. @elgranfascinado.

Ian David Briceño (Managua, Nicaragua, 1991)

Justificación

Cada vez que podía el detective estropeaba el trabajo de la fiscalía, puesto que temía quedarse sin empleo.

*

Cuando entró a la prisión vomitó todas las palabras que tuvo que tragarse durante la audiencia. Poco tiempo después, murió desangrado.



Ian David Briceño. Un loco de versos fragmentados. Amante del Café.

Ernesto Castro Herrera

No hay ley frente al espejo

La ciudad entera fue asesinada y recibieron una llamada de alerta esa noche. Encontrarán a los criminales en la sala de espejos del circo, dijeron. Con ansias, un regimiento de patrullas llegó al lugar. Y al entrar en la sala, los policías no vieron más que sus propios reflejos: estaban bañados en sangre y en sus manos todavía colgaban las armas homicidas. Rieron y comprendieron que esta era una de las pocas ocasiones en que no debían arrestar a nadie.

Superioridad paternal

Era el único detective del pueblo y me llamaron llorando. Conduje entre las llanuras pensando en la escena que me iba a encontrar. En realidad no fue tan sangrienta como esperaba: una niña decapitada estaba en el piso de la sala con sus padres frente a ella, desolados. Hice entrevistas, tomé fotos de pistas, y pensé. Es un caso sencillo, le dije a los padres. Pero cuando ya estaba listo para darles mi hipótesis, ellos ya me tenían acorralado con una motosierra en el cuello.



Ernesto Castro Herrera. Nicaragüense. Estudiante de Administración de Empresas. Ganador del Certamen Ecojoven 2015 en la categoría de microrrelatos. Ha publicado en revistas como *Penumbria* y *Dos disparos*.



Canadá

Compilador: Jorge Etcheverry

Jorge Etcheverry

La niña en la noche

Miro ese cuerpo en posición fetal. En nuestro caso la mano izquierda sabe lo que hace la derecha nos decimos, y esa mano sostiene las tijeras y como que queremos llorar y la miramos como desde lejos, y el olor a alcohol emana de ese cuerpo de hombre maduro tan familiar, mi padre. Miro las florecitas rojas recién sembradas en mi camisa de noche. Escucho el aullido de mi madre en el vano de la puerta, contra la luz encendida del pasadizo. «Que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha», dijo en misa el cura. Que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha. Escucho a mi madre que llama a la policía.

Detención en el país del sueño

Los billetes falsificados me los pasaron esa misma vez en el almacén, el quiosco de diarios, a lo mejor en el mismo banco. No pude tomar el bus hacia la capital y estuve en la cárcel todo el día, explicando en vano que había llegado al país hace apenas unos días, sentado en la sala con muchos otros, se demoraban una barbaridad en llamarme. La detective se sentó a mi lado, tenía un tipo que me gustaba...



Jorge Etcheverry, nacido en Chile el 24 de octubre de 1945, vive en Canadá desde 1975. Es poeta, prosista y crítico. *Cronipoemas*, su sexto libro, es de 2010. Tiene prosa, poesía y crítica en Chile, Canadá, México, Cuba, Estados Unidos, España y otros países.. Su antología *Chilean Poets: A New Anthology* fue publicada por Marick Press, USA, 2011. Su último libro, *Apocalipsis con amazonas*, fue publicado en Toronto, Canadá, en 2016.

Jorge P. Guillén

El Duro Cruz

Con su sandwich todavía en la mano, el Oficial conocido entre sus compañeros como el Duro Cruz, vio a las víctimas. Mordió otro bocado y continuó observando a los muertos. Debajo de sus zapatos sintió los pedazos de vidrio roto. Contempló el frente del auto destrozado y a un tercer difunto en el asiento trasero. Dio otra mordida al sandwich; entonces, con la boca llena dijo:

—Algo está mal aquí.

—Jefe, ¿cree usted que la escena es fabricada? —preguntó su pareja.

—No —contestó el Duro Cruz—. Se les olvidó ponerle mostaza a mi sandwich. Siempre cometen el mismo error.

Un tipo con suerte

El detective Ramos se detuvo frente al cuerpo de la víctima. Era de noche y el farol detrás de él provocaba que su sombra pareciera agarrar de la mano al muerto. Sacó un cigarro y lo encendió. Arrojó el fósforo humeante y se hincó para observar los detalles.

—Este tuvo suerte —dijo.

—¿Por qué? —preguntó curioso el uniformado que lo acompañaba.

—De todos los plomazos que le encajaron solo el del corazón fue mortal —respondió, y esbozó una sonrisa.



Jorge P. Guillén, ha publicado en la Revista *El cuento. Revista de imaginación*. También participo en la antología de Alfonso Pedraza titulada *Minificciones* de *El cuento, revista de imaginación*, publicada por

Editorial Ficticia. Ha ganado varias veces el concurso del taller de minificción de Ficticia. En 2015 recibió una mención honorífica en el concurso de cuento «Nuestra Palabra», en Canadá, organizado por la editorial del mismo nombre. Reside en Canadá desde hace 30 años.

Ramón Sepúlveda

Hay un hombre desnudo en mi balcón

No, *officer*, no, no, no. Yo estaba durmiendo en calzoncillos, es que hace mucho calor, y claro, no solo el calor sino que la tele de la señorita del departamento de abajo me tenían despierto. Entonces le pegué al piso con el mango de una escoba, y no, la tele seguía a todo volumen, señor.

Ahí decidí asomarme a la ventana y justo descubro, porque yo no vivo aquí, que el balconcito es parte de la escalera de escape. Bajé y grité: «apague la tele, señorita, que no puedo dormir», y nada, señor oficial, entonces golpeé a su ventana. A mi me habían dicho que ella era estripticera y que tenía el sueño cambiado, pero como iba a saber, señor oficial, que ella veía la tele vestida con su tenida de trabajo. Yo seguía hablando fuerte que apagara la tele, por favor. Seguro grité enojado, y ahí los vecinos lo alertaron a usted que justo venía patrullando por St. Hubert en su coche de policía.

Sí, mi oficial, le juro, yo duermo en puros calzoncillos y la ventana abierta. No señor, yo no me había empelotado, ni tampoco a la señorita bailarina. Estábamos por mera coincidencia, los dos en paños muy menores. Me asustó el ruido de la sirena y salí corriendo por las escaleras, porque creí que había incendio. No, por favor, aflójeme las esposas, mi general, me está hiriendo las muñecas.

Y vea, señor, ella todavía no apaga la tele.



Ramón Sepúlveda nació en Santiago de Chile y vive en Ottawa desde hace mucho. Es narrador y en contadas ocasiones, aprendiz de anti poeta. Sus cuentos aparecen en numerosas antologías y revistas literarias canadienses y latinoamericanas, incluyendo: *Literatura Chilena en Canadá*, Canadá, 1982, *Cruzando la Cordillera*, México, 1986, *Simbiosis*, Canadá, 1995, *Retrato de una Nube*, Canadá, 2008. *Las imposturas de Eros*, Canadá, 2009. Tiene además poemas publicados en varios números de las revistas *Alter Vox* y *Apostles Review* en Ottawa y Montreal.



Chile

Compiladora: Lilian Elphick

A la memoria de Víctor Hugo Salas y Christian Elphick

Georges Aguayo (Valparaíso, 1956)

Lapsus de memoria

Son las ocho de la mañana. Jean Colas, inspector de la *Police Judiciaire* de París, se levanta de la cama con un terrible dolor de cabeza. Es febrero, los escolares de la región parisina están de vacaciones. Su familia está en la montaña practicando esquí. Ayer, a las seis de la tarde, habló con ellos por teléfono. Además del dolor de cabeza, hay otra cosa que le molesta y angustia. Después de esa conversación con su esposa y sus hijos no se acuerda de nada de lo que hizo ayer por la noche.

Cuando llega a su cuartel, 36 de *quai des Orfèvres*, se encuentra con una enorme sorpresa. El inspector Pierre Durand, con el cual competía para ocupar el puesto del comisario Maigret, que está por jubilarse, había sido asesinado en su casa. La noche anterior con toda seguridad. Parte al domicilio del asesinado. A su llegada un especialista de la policía científica le informa que el inspector Durand fue ultimado con un arma blanca bien particular. La hoja no es recta, sino ondulada. «Como un *keris* malayo», dice espontáneamente el inspector Colas, gran coleccionista de dagas antiguas. El resto de la diligencia policiaca transcurre con algunas dificultades. El asesinato del inspector Durand atrae a la prensa. Tiene que parar en seco las preguntas de una periodista demasiado curiosa. En la tarde lo primero que hace al llegar a casa es constatar si su *keris* malayo está en su lugar de siempre. No lo encuentra.

Una venganza dual

Juanita y Anita eran hermanas gemelas, monocigóticas por añadidura. Ocho años, rubitas, bonitas, encantadoras. El orgullo de sus padres jóvenes, apuestos y acomodados. Una hermosa familia como muchos querían tener. Sin embargo, ser gemelas era para ellas un

verdadero tormento. Para empezar, sus padres siempre las vestían de la misma manera. Unos vestiditos con muchos lazos y encajes, los dos idénticos, por supuesto. El pelo rubio sujeto con un cintillo rosado. En el colegio iban al mismo curso. A pedido de su madre se sentaban en el mismo banco. Esto último no era lo peor para ellas. Lo realmente insoportable era tener que soportar las idioteces de los amigos de sus padres. Al igual que las del resto de la familia durante los almuerzos dominicales. Para alguna gente, los gemelos siempre serán una fuente de curiosidad malsana.

Un día hubo un incidente que fue la gota que desbordó el vaso. Esta intolerable situación debía terminarse de una vez por todas. Tras una larga reflexión, influenciadas tal vez por unas películas que veían a escondidas, las dos niñas decidieron suprimir a sus padres queridos. El asunto no se presentaba fácil. En casa no había ninguna arma de fuego. Su físico infantil no les permitía ahorcarles o apuñalarles. Después de pensarlo mucho decidieron utilizar veneno. En un armario de la cocina encontraron un producto para matar ratones.



Georges Aguayo

Escritor chileno residente en Francia desde hace décadas. Libros publicados: *Cuentos parisinos* (RIL editores, 2011); traducción al francés de *Subterra*, de Baldomero Lillo (Edilivre 2013); *Santiago mon amour* (RIL editores, 2014).

Gabriela Aguilera Valdivia (Santiago)

La encajuelada

A Jaime Muñoz por sus encajuelados

Un auto abandonado en un sitio baldío siempre es sospechoso. Los niños juegan fútbol en esos lugares y es fácil que uno de ellos, curioso, se acerque al auto y después llame a los demás. Lo más seguro es que rodeen el auto, que intenten abrirlo y si no pueden, rompan un vidrio con una piedra. Posiblemente alguno finja que conduce y otro se entretenga en apretar botones y mover manijas. Es obvio que uno de esos movimientos será el preciso y la cajuela se abrirá con un sonido seco. Los niños que permanecen fuera del auto, rodeándolo y haciendo morisquetas frente a los vidrios, levantarán la cajuela empujando los pies, estirando las manos. Y es indudable que se encontrarán de frente y para siempre con la mujer muerta, bulto ensangrentado, su pelo pegajoso, el rostro destruido por la detonación, la cruz de oro colgando de su cuello. Correrán, gritando. Llegará la policía, examinará el auto, localizará el nombre del dueño en el sistema de tránsito, se dará cuenta que ha sido encargado por robo. En pocas horas estarán en la casa, verificarán relación con la víctima. Dirán que es necesario llevarlo a la brigada para interrogarlo. En el interrogatorio, derribarán una a una las coartadas esgrimidas hasta que sólo quede la verdad desnuda que lo llevará a una celda por 10 años y un día.

«Mejor no», se dice, mirando desde la ventana su querido auto recién lavado. Y luego come el arroz pegajoso y la tortilla sosa que le ha servido la mujer de la cruz de oro en el cuello, como siempre, regañando.

Los ensacados

Con Pisagua, dolorosamente en la memoria

Así los encontraron, diecisiete años después, en un pueblo costero del norte. Los habían metido en sacos, luego de vendarles los ojos y dispararles de frente y de espaldas. Los ejecutores ni siquiera les dieron la oportunidad de quedar mirando el mar y los arrojaron en la fosa de dos metros de profundidad. Permanecieron sumergidos en la oscuridad y la sal. Pero los muertos que no son olvidados insisten en aparecer y cuando salieron a la luz, el grito que permaneciera coagulado en sus bocas después de la última ráfaga, se escuchó en todo el país acribillado.



Gabriela Aguilera V.

Es narradora, tallerista y antropóloga. Ha publicado, entre otros: *Doce Guijarros* (cuentos); *Asuntos Privados* (cuentos); *Con Pulseras en los Tobillos* (microrrelatos); *En la Garganta* (cuentos); *Fragmentos de Espejos* (microrrelatos); *Saint Michel* (micronovela) y *Astillas de huesos* (microrrelatos).

Gregorio Angelcos (Santiago, 1953)

En la escena del crimen

Luego de una llamada telefónica, el Inspector Pastrana se dirigió junto a un par de subalternos al sitio del suceso, a exceso de velocidad y con la baliza sonando constantemente, se detuvo con el vehículo policial en marcha, y descendieron corriendo hasta un costado de la rivera.

Encontraron a un viejo vagabundo con una lata de cerveza en la mano, a una mujer en ropa interior y con serios síntomas de encontrarse bajo el efecto de las drogas, y a un oficial en retiro del ejército con su gorra de servicio, parecía estar un tanto enajenado.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó Pastrana. —Se lo llevó el río —contestó el oficial—, los otros policías rastrearon el lugar sin encontrar vestigio de un posible crimen. Pastrana observó a los testigos, y sin dudarlo, procedió a la detención inmediata de los tres. —Son antropófagos —afirmó—, y se comieron al muerto. Sus acompañantes enmudecieron ante la asertiva decisión del oficial de policía, mientras tanto, el narrador se detuvo en este segundo de la historia, fue a la cocina, abrió la olla y revolvió la sopa en la que cocinaba la vaca que había degollado durante la tarde en un suburbio de Nueva Delhi.



Gregorio Angelcos es un escritor, periodista y profesor de literatura. Ha incursionado en los géneros de poesía, ensayo y narrativa, destacándose sus libros de microficción: *Dios necesita un siquiatra*; *El Abuelo que comía mariposas*; *69 puñaladas a la realidad*; *La muerte está en mi conciencia*; *Reptilia*, y *Angelcos selecto* (300 microcuentos).

Alex Daniel Barril S. (Valdivia, 1970)

Casi todo bien puesto

Ayer pinté mis uñas temprano para no atrasarme, lavé los pies y les puse crema. Pero igual me cuesta ponerme los tacos. Se resisten. Doblegué el izquierdo y el derecho quedó suelto. Me veo al espejo. Mierda. Barba de un día. Aplico el *after shave* de mi viejo. *Old Spice* olor a Leña. Sonrío. El pachulí lo disimula. Salgo. Estoy a tres cuerdas. Mientras camino, me arreglo las tetas. Me muevo despacio. Siento venir un auto a mi espalda. Cambio de luces. Se detiene a mi lado. Baja la ventanilla. Yo me inclino coqueta. Nunca digo nada, solo lo miro. Mi voz sigue siendo grave y eso los espanta. Se engrupan con lo que ven. Sube, me dice. Me siento. Me arreglo el pelo y paso la mano por mi cuello. Y justo ahí siento el olor a leña de mi viejo. Mierda. Busco disimuladamente el pachuli en mi cartera. No está. Lo veo en el baño de casa al lado del lavamanos. Semáforo en rojo. Me mira. Estira su mano a mis piernas y se acerca a besarme el cuello. Me huele. No puedo evitarlo. Él se aleja rápido y frunce el ceño. Qué te pasa, *conchetumadre*, ¡huevón maricón! ¡Me querías cagar! Semáforo en verde. El auto no se mueve. Siento cómo me golpea. Cierro los ojos y escucho un estruendo y el olor a leña ahora es pólvora. Se abre la puerta y me empuja a la calle. Intento moverme y el taco derecho se quiebra. Me caigo. No tengo fuerzas para abrir los ojos. La sangre. Llega a mis tobillos. A mis tacos. Ellos sabían que no debía salir hoy.

Una lágrima

Murió convencido que el silencio era su mayor acto de resistencia, que su inmovilidad era la respuesta más directa a los movimientos de aquel hombre apretando el gatillo. En el mismo segundo en que el arma expulsaba rabiosa la bala de su cañón, una lágrima comenzaba el derrotero a través de su mejilla hasta llegar a sus

labios secos. La humedad de la muerte y de su llanto se anidaron simultáneas en su boca.



Alex Daniel Barril Saldivia. Es Periodista y Magíster en Antropología y Desarrollo. En 2006, publicó su novela *La Memoria del Caracol*, bajo el sello de MAGO Editores. Algunos de sus cuentos han sido publicados en antologías sobre la narrativa chilena actual, producidas por la misma casa editorial. Ha participado en los talleres literarios de las escritoras Lilian Elphick, Diamela Eltit y Ana María Del Río.

Ana Rosa Bustamante (Arica, 1955)

Hora Violeta

1

El 3 de diciembre de 1994 llegué a su casa. Guardó el diario que le pasé en un armario de revistas. Quiso guardar unas paltas¹ para que maduraran más rápido y vi que cogió ese mismo diario que le había entregado con unas entrevistas a unos poetas que serían publicados. Sonreí disimulando mi molestia. —No rompas el diario —le dije. — ¿Cuál diario, perdón? Desenvolvió las paltas y las puso en el mueble junto a la loza. Se sentó frente a mí con la taza de té. El sol entibiaba la habitación, aunque el fuego a leña permanecía inerte en la cocina. Sus manos temblaban y apretaban con firmeza la taza, entonces un gemido salió de sus labios y me levanté para verla más de cerca, tomé su cuello y noté que un orificio sangraba en su nuca chorreando al suelo, entonces la tomé en mis brazos, me sentí desesperada sin saber qué hacer, el celular estaba sobre la mesa y cuando quise llamar, de este salía una voz que gritaba, *te lo advertí, te lo advertí, perra*.

2

—¿Estuviste golpeando mucho rato? —me preguntó, porque sabía que yo venía a su casa a menudo, y ella no abría la puerta. Cogió nuevamente su tazón y se lo llevó a los labios mirándome fijamente, esperando que le respondiera una vez por todas si me quedaría en su casa, para ayudarle en los quehaceres. —Claro —le dije, porque recordé que Pedro no trabajaría esos días en que ella se iría al congreso en Santiago. Solía quedarme cada quince días cuando ella se iba fuera de la ciudad. Y sonó nuevamente el celular, irían juntos esta vez, me

¹ Palta: Aguacate.

dijo Nora, mostrándome las fotografías. Pero, me reí un poco, porque era tarde, la baldosa estaba cubierta completamente de sangre, cuando Pedro llegó.



Ana Rosa Bustamante

Poeta y narradora nacida en Arica y residente treinta años en Valdivia, sur de Chile. Fondo del libro 2009, Fondo Gore 2012, Conarte 2011, 2012 y 2016. Traductora amante del francés, y del inglés. Viajera empedernida por Chile y extranjero. Talleres y encuentros, difusora incondicional de la poesía y amante del cuento. Cinco libros de poemas publicados.

Orietta de la Barra (Santiago, 1972)

Sin pistas

Meses enterrada en papeles e informes inútiles que le gritaban la misma conclusión: ni una sola prueba; ni la más mínima pista.

La PDI² había puesto a su disposición el mejor equipo humano y técnico para resolver estos crímenes. Pese al minucioso y exhaustivo trabajo, seguían sumando cuerpos. Estaban igual que al principio.

No dejaba de sentir cierta simpatía por el homicida. La elección de sus víctimas no podía ser al azar, cada uno de ellos merecía, al menos, la silla eléctrica: pedófilos, violadores, torturadores; todos criminales de la peor calaña. Se encontraba frente a un solitario justiciero, pero la ley era clara y no podía hacer ninguna excepción aunque quisiera: encontrar al culpable, quien debía pagar sí o sí.

En sus manos estaban todas las autopsias e informes de criminología. No se cansaba de revisarlos una y otra vez, pero no encontraba ninguna evidencia que los guiara a su autor. El asesino era excepcionalmente inteligente.

El murmullo suave de una carcajada contenida interrumpió sus pensamientos. Su inquilino interior se reía sabiendo que no podrían atraparlo jamás.

Recaudación

Sentada en la endeble silla en el pórtico de su casa, pausadamente masticaba coca para el dolor. Su mirada vacía oscilaba

² PDI: Policía de Investigaciones, Chile.

entre el suelo y el horizonte velado. Las facciones reflejaban el espíritu inquebrantable de su dueña.

Sabía que ya le quedaba poco tiempo, que él vendría a llevársela en cualquier momento, pero no le importaba nada. Los causantes de cada una de las grietas que cubrían su rostro, habían pagado un elevado precio por ello y ella había quedado conforme. Por eso, ahora él vendría a cobrarse la deuda pactada.



Orietta de la Barra. Nació en Santiago de Chile en 1972. Narradora. Desde el año 2007 participa de talleres literarios. Sus trabajos han sido publicados en diferentes antologías. Autora del libro *A pesar del miedo*, Editorial Mosquito, 2009.

Eduardo Contreras V. (Chillán, 1964)

Errores mortales

Cuando me dijo que teníamos que hablar seriamente, le propuse ir a un hotel en la costa. Y ahí estábamos, en esa habitación con vista al mar, sentados frente a frente en la mesa.

—¿Así que te vas de casa? No me sorprende, Pancho, siempre fuiste predecible —le dije sacudiendo mi pulsera mientras le servía vino.

—Qué bueno que no te asombre, será más fácil —dijo estirando el cuello, cómo dándoselas de aristócrata.

¿En qué momento lo comencé a odiar? Quise mosquearlo, por eso mientras bebía le dije:

—Tampoco me sorprendería que tuvieras una amante, y que se llamara Gladys.

—Yo, yo no, ella... —balbuceó parpadeando mucho.

—Es una estúpida supongo, para meterse con semejante pelotudo. Pero le ahorraremos llevar una mierda de vida. Lo siento, Pancho, no te vas a ir con esa yegua...

Trató de contestarme, pero le vino una arcada.

—Precisamente por eso, en esta cena no estamos solos, invité a mi amigo Cianuro.

Me levanté para ahorrarme el espectáculo de las convulsiones. Recogí mi bolso y dejé en el baño el lápiz de labios de esa perra, no debió dejarlo en el auto de Pancho. Muy tonta esa Gladys para cometer semejante error.

Salí marcando con fuerza el paso con mis tacos, para llamar la atención del recepcionista. Quería que me viera, de algo que sirva que el tarado de Francisco se haya metido con una mina parecida a mí. Craso error también. ¿Cómo la gente puede equivocarse tanto?

Héroe Municipal

—Se equivoca conmigo. No firmaré para favorecer a esa Inmobiliaria —dijo el Alcalde, apartando de un manotazo el maletín repleto de dólares que le habían puesto sobre la mesa.

El canoso edil transpiraba en su sillón. El enjuto emisario del grupo «Los Guatones»³ se puso de pie, sacó un documento del maletín y lo extendió ante el Alcalde.

—¿Prefiere que le hagamos llegar los cincuenta mil dólares a su viuda? —dijo mientras sacaba una Beretta de su abrigo.

—Eh, espere... —balbuceó el Alcalde.

—La empresa nos contrató para que lleváramos una aprobación, ¡no cabe la posibilidad de que yo vuelva sin su firma! —dijo el sicario golpeando con la palma de su mano el papel sobre la mesa.

El Alcalde con mano temblorosa sacó una pluma de su bolsillo y estampó su firma en el documento. El sicario lo retiró. En ese momento cayó fulminado por un disparo en el pecho

—Le prometimos que podía confiar en nosotros —dijo un hombre grueso que emergió desde la cortina que cubría la entrada al salón del consejo. En su diestra cargaba una Smith & Wesson con silenciador. —Con los «Cara de pelota» usted va a la segura, le financiamos la campaña y velamos por su seguridad, ¿qué mejor?

Le entregó la pistola al Alcalde.

—Será evidente que usted lo mató en defensa propia, esta arma la inscribimos a su nombre. Va a quedar como héroe. El maletín... tendrá que perdonar que me lo lleve.



Eduardo Contreras Villablanca partió al exilio luego del golpe militar en 1973. Regresó a su país a fines de 1983. Es Ingeniero y profesor de la de la Universidad de Chile desde 1996. Participa en el

³ Guatones: Panzones.

Taller Literario del escritor Poli Délano desde el año 2007. Ha publicado más de diez cuentos en diversas revistas y antologías. Libros: *Don't Disturb: Crónica de un encuentro en Cartagena de Indias* (2005, Premio Municipal de Santiago), y *Será de madrugada* (novela, 2015).

Ramón Díaz Eterovic (Punta Arenas, 1956)

Amante profesional

Romero, asesino de profesión, se vanagloriaba de ser un hombre de palabra. Al conocer a Raquel sintió una súbita comezón en su orgullo. La invitó a cenar, la enamoró y por la mañana, cuando el sol caía plácido sobre los cabellos de la mujer, le disparó entre los pechos por el simple placer de cumplir un contrato.



Ramón Díaz Eterovic

Novelista, cuentista y poeta. Reconocido por su personaje el detective privado Heredia, ha publicado más de quince novelas policiales, entre otras: *El leve aliento de la verdad*, 2012; *La música de la soledad*, 2014; y *Los fuegos del pasado*, 2016.

Lilian Elphick (Santiago, 1959)

Lista alfabética

Ítalo se siente incómodo con su nueva figura, es como si anduviera volando. Sin embargo, sus heridas sanaron y esto es lo más importante. Ellos le incautaron sus dos pistolas de 9 mm, 108 proyectiles y cuatro cargadores, pero olvidaron el puñal de combate que estaba debajo de una cama. Lo recoge. Ensaya frente al espejo y comprueba satisfecho que está en perfectas condiciones.

En un dos por tres llega al departamento de Araneda. Entra por la ventana. Recuerda la perentoria orden de El Tata⁴. Araneda se levanta de la silla, extrañado de la ventolera que bota el periódico al suelo. La primera de las 34 puñaladas la recibe en la espalda; se gira y ve el corvo solo, en el aire, yendo nuevamente hacia su cuerpo.

No fue nada del otro mundo. Ítalo tacha el nombre en la lista que tiene en su memoria. Ahora, le toca el turno a la C. y luego, a la T.

Legítima defensa

Veintisiete huesos dentro de mí, un revolotear de uñas y cutículas, tu dedo índice sermoneándome mientras se deshace, el anular perdido para siempre. No estoy arrepentida, la boca está bien puesta, aunque tenga la lengua un poco ahorcada y la mandíbula como la de una boa. Quizás deba ir al dentista. Tu sangre tiñó mis muelas y se está coagulando en mis encías. Arg. Y a la jueza le diré la verdad y nada más que la verdad: que tenías la mano dura.



Lilian Elphick ha publicado dos libros de cuentos y seis de microrrelatos. Dirige la revista digital *Brevilla*, junto a Patricia Nasello (Argentina) y Sergio Astorga (México/Portugal).

⁴ “El Tata”: Augusto Pinochet.

Denise Fresard (Santiago, 1965)

Aquel hombre

Hacía días que seguía a aquel hombre. Era un trabajo para la agencia como apoyo estratégico. Lo esperaba en la mañana afuera de su casa, camino a su trabajo, ida y vuelta. Anotaba minuciosamente cada detalle de su conducta, llevaba una estadística. Entregaba un reporte semanal de mis observaciones.

Ese día, tomó la avenida Recoleta y se detuvo cerca del cementerio. Caminó hasta el pabellón C, subió la escalera. Prendió un cigarrillo. —Me están siguiendo —dijo. Fue lo último que oí y se desvaneció, desapareció entre las tumbas y los nichos. Era la primera vez que le perdía el rastro. Esperé. Caminé por el pasillo hasta el fondo y me devolví leyendo esmeradamente los nombres en la lápidas. Todos los nombres me sonaban conocidos, todos extraños. Por fin me detuve, era una lápida pequeña, de mármol blanco, con una fotografía detrás de un vidrio, era mi propio nombre el que estaba inscrito allí, lo más extraño de todo, con mi fecha de nacimiento. Me apresuré a corroborar la fecha de muerte y quedé congelado al ver que era la fecha del día, y en la fotografía estaba aquel hombre, sonriendo, casi burlón.

En 30 minutos o le devolvemos su dinero

Temprano supe que ese no sería un día fácil. Más tarde lo recordaría mientras miraba el cielo raso de la sala de guardias. Todavía guardaba en la retina las imágenes de la tarde y el olor de aquella habitación pegado a mi nariz: había un cadáver sobre la alfombra, las manos y los pies atados. Una larga cabellera rubia cubría el rostro y los hombros. En la semi sombra pululaban moscas y caminaban sobre las

piernas. La piel se veía amoratada y verdosa y el aire era denso e irrespirable. Había cocaína sobre la mesa y una botella de whisky. Poco más allá otro cuerpo, en el sillón, con un balazo en la cabeza, en una mano un fajo de billetes. El rostro estaba desfigurado. En la otra mano, sostenía un pequeño revolver con silenciador. También le andaban las moscas. En la oscuridad del pasillo me pareció adivinar otros cuerpos, pero antes que pudiera dirigirme hacía allí, llegó la policía.

A esa altura la pizza ya estaba fría. Le dije al oficial que llevaba más de cuarenta minutos buscando la dirección. Tendría que pagar de mi sueldo y era una doble queso familiar con *pepperoni*, aceitunas y anchoas.



Denise Fresard. Escritora microcuentista. Investigadora. Profesora y tallerista. Libros publicados: *El país que huye*, *Antonio Quintana 1904-1972*, *Una re-visión al rostro de Chile*. Cuentos traducidos al alemán, inglés y francés.

Walter Garib (Requinoa, 1933)

Último deseo

Para suicidarse cuando llegara a viejo, Diógenes del Carrillo, el pintor de tendencia ingenua y cuyas obras se venden en onzas de oro, compró un revólver y lo guardó en el ropero de su pieza. Ahí estuvo el arma largos años a la espera del día y la hora precisa en que fuese a cumplir su determinación.

Como es usual en todo hombre, le llegó la senectud. «Ya es tiempo de suicidarme», sentenció, al observar sus manos marchitas y temblorosas que ya no le permitían pintar. Abrió el ropero y se hizo del revólver. El contacto del frío metal, en vez de amilanarlo, le dio coraje. Apoyó enseguida el cañón en su sien, contó hasta tres y oprimió el gatillo. El arma no pudo funcionar. Había envejecido junto con él.

Historia en negro

Durante la noche y por largas cuerdas, el detective siguió al hombre de negro. Deseaba saber hacia dónde se dirigía. Si el hombre de negro apuraba el paso, el detective hacía lo mismo; si disminuía su andar el detective lo imitaba. La persecución demoró horas por callejas oscuras e intrincadas donde era fácil extraviarse.

Cuando el hombre de negro desapareció al doblar una esquina, el detective lo empezó buscar con insistencia. Miró al frente, a los lados e incluso atrás y, por último, al cielo, por si se hubiera transformado en cuervo.



Walter Garib Chomali es un escritor y periodista chileno. Nacido en el seno de una familia de descendientes de palestinos, ha

publicado alrededor de catorce novelas y varios cuentos. Fue galardonado en 1989 con el Premio Municipal de Santiago de Chile, en la categoría Novela.

Eliah Germani (Concepción, 1956)

Kill Bill

Fue una mujer la que me cortó el cuello, de un solo hachazo. La cabeza del ex torturador habló al policía con la misma voz del viejo Marlon Brando. ¿Una mujer?, inquirió el policía, asqueado por esa cabeza sin cuerpo y por ese cuerpo sin cabeza que yacía unos pasos más atrás. Sí, dijo la cabeza, una antigua prisionera vino a pasarme la cuenta. El policía pensó en Uma Thurman, la rubia vengadora de Tarantino. ¿Pasarle la cuenta... a un anciano como usted? Así es, respondió la cabeza, no me tuvo piedad, le dije que yo era un abuelo enfermo, un jubilado banal, le recordé que las víctimas aborrecían la violencia, que confiaban en la justicia, que siempre tenían paciencia, me tiré al suelo, le supliqué. ¿Y qué dijo la mujer?, interrumpió el policía. Nada, respondió la cabeza, ni una palabra, igual que cuando yo la interrogaba, nada más que un aullido animal al pegarme con el hacha. ¿Aullido?, preguntó el policía, temiendo encontrarse en una pesadilla de zombis. Sí, dijo la cabeza, ese aullido que nunca he olvidado, el aullido de la tortura... tan parecido al aullido del parto. Entonces la cabeza enmudeció desangrada, perdió el equilibrio y rodó dando botes calle abajo, definitivamente muerta. Este asesinato es secuela de la dictadura, supuso el policía, aunque siguió pensando en *Kill Bill*, amparándose en la película para engañar las náuseas. Pero Uma Thurman no lo salvaría de vomitar. ¡Veía tanta sangre! Sangre de verdad.

Muerte en Berlín

Era una mañana de domingo y en el horizonte repicaban lejanas campanas de iglesia. La calle comenzaba a desperezarse, pero su inquieto rumor aun no ascendía hasta aquel piso de la

Kurfürstendamm. Una suave luz otoñal invadía la habitación cuando ella abandonó la cama. Abrió la ventana para ventilar pues apestaba a cigarro. El visitante nocturno había estado fumando. Admiró una vez más el espléndido ramo de lirios blancos que decoraba la mesita de noche, pero la inquietó el polen derramado en torno al jarrón, esos inesperados trazos dorados que también sombreaban los euros del visitante y el viejo puñal de la Wehrmacht. Más tarde tendría que limpiar. Se demoró frente al espejo. Con pereza hizo unas elongaciones, segura de la sensualidad de su cuerpo. Luego se desnudó para ducharse. Llevaba una pequeña mariposa tatuada en el hombro izquierdo y el pubis perfectamente depilado. El visitante le había dicho que se parecía a Heidi Klum. Y esas fueron sus últimas palabras. Sus últimas y estúpidas palabras. Porque Hedi Klum era una modelo de lencería. No una Barbie asesina.



Eliah Germani, autor de *Volver a Berlín* (2010, Premio del Consejo Nacional del Libro de Chile, en la categoría de Cuentos Inéditos) y de *Objetos Personales* (2015). Microrrelatos publicados en la antología *Puro Cuento*, de Marco Antonio de la Parra (2004), en la revista de creación literaria *Enclave* (The City University of New York, 2012), en la revista de literatura *Hispanamérica* (USA, 2013) y en la revista de minificción *Brevilla* (2015).

Pedro Guillermo Jara (Chillán, 1951)

El francotirador

El francotirador se arrastró un par de centímetros y se quedó quieto. Su cuerpo se confundía con la arena del desierto. Tomó su fusil Mosin-Nagant y apuntó al blanco ubicado a 120 metros. «Sigilo y paciencia», murmuró. A través de la mira podía adivinar el latir del corazón del hombre que se movía constantemente en un ir y venir febril. «Los dioses están conmigo», murmuró. El blanco se detuvo alzando los brazos en señal de victoria. El francotirador apuntó con cuidado al punto vulnerable. Pasó la bala a la recámara. Dejó de respirar. Su pulso se afirmó en la quietud y jaló del gatillo. La flecha salió rauda en dirección al talón de Aquiles dando en el blanco. Paris, envuelto por una densa neblina propiciada por Afrodita, regresó raudo a la protección de los muros de Troya.

El último fumador de la aldea

Era el último fumador de la aldea. Y lo detestaban. El hombre fumaba fuera del límite del poblado, bajo un árbol. Luego regresaba a sus asuntos. Aun así la gente de la aldea lo detestaba. Cierta tarde una turba se dirigió en dirección al árbol: con improperios y los brazos abiertos le cerraron el paso; luego tomaron las piedras y lo lapidaron pese a los gritos del hombre. Nadie recogió su cuerpo hasta que la carne, polvo; los huesos, cal; y el último fumador de la aldea, olvido.



Pedro Guillermo Jara. Vive en la ciudad de Valdivia desde 1973. Es director, editor y periodista de la revista de

bolsillo *Caballo de Proa*. Sus últimas publicaciones son: *El Korto Circuito* (Afiche-literario) (2008); *Tres disparos sobre Valdivia, de Peter William O'Hara* (2009); *La bala que acaricia el corazón* (2010); *Kasaka*, (libro-objeto, 2011); *Patagonia Blues* (2013) y *Telegrama* (2016).

Alfredo Lavergne (Valparaíso, 1951)

El crimen de la calle Principal

Tenía una camisa blanca, corbata suelta, zapatos negros, pantalón azul y su vestón del mismo color colgaba en una silla. Reposaba a lo largo con las piernas abiertas cayendo del diván. En el televisor, la hermosa mujer de la meteó anunciaba que la canícula continuaría el fin de semana.

Cuando llegaron los dos primeros policías le preguntaron al detective cómo podía soportar el olor putrefacto del cadáver. —En la calle Principal, la primera pregunta sería: ¿hace cuánto tiempo ocurrió esta muerte? Y se puso de pie el investigador.

Uno de los policías le afirmó que todo sucedió hace exactamente 43 horas. El superior bebió el último sorbo de cerveza, aplastó el cigarrillo en el cenicero y ordenó a los policías que limpiaran el vaso y el cenizal. Esperó, puso la mesa de centro sobre sus cuatro patas y depositó los objetos sobre el título de un libro censurado.

—Llamen a los periodistas de esta lista, fue una fuga política —dictaminó.

Fuera de la casa, en calles de menor importancia, el agente indagó la hora de la noche y encendió un cigarrillo.

Son las 2:32 AM

Entré a casa y dirigí discretamente los pasos a terminar con la sed que a esa hora produce el vino. No fue así, pero antes de contar cómo es mi hogar, debe creer que me encontré al interior de la casa frente a un espejo nuevo. Nunca tuve problemas o los evitaba, pero me reflejé o *vi*, del verbo ver.

No es invento lo de la puerta que se transformó en espejo. Yo venía agobiado; como todos los días pidió que la dejara tranquila y hoy trajera un jugo porque había trabajado mucho. «Estoy cansada», me dijo. Lo hice, como el día anterior y todos los del año. No pocas veces la encontré durmiendo y siempre caminé para no despertarla. De

regreso de la cocina, por primera vez me enteré que en esa pieza no existía puerta alguna y que hoy había ese espejo en su lugar. En ese instante, escuché claramente *My way*, la canción de Frank Sinatra que susurraba mi padre a su amada y le disparé.

—¿Estamos grabando, eso quiere declarar? —inquirió el perito.

— Sí, señor inspector. Le disparé al espejo.



Alfredo Lavergne. Poeta y escritor. Emigró a Canadá en 1975, país donde publicó en diferentes medios literarios. Se radicó en Quebec, Montreal. Se sumó al estudio de la poesía quebequense, de la obra huidobriana (creacionismo), al haikú y a la creación literaria. Retornó a Santiago de Chile en 2005. Su obra ha sido incluida en diversas antologías y revistas. Ha publicado nueve libros de poesía en castellano, tres bilingües en idioma castellano-francés y una novela corta.

Víctor Hugo López Salas (Santiago, 1955 - Bangkok, enero 2017)

Rehabilitación

Contiguo a la cárcel había un polígono de tiros, pertenecía a la fábrica de armamentos militares. De lunes a viernes después de las seis de la tarde y los sábados en la mañana, practicaban con revólveres y pistolas de todos los calibres. Me entretenía identificar las armas, según el sonido de los disparos. En la celda a la hora de sus prácticas, tomábamos té con canela, fumábamos tabaco negro, releía libros de espionaje, escuchábamos discos compactos con una selección de rock sinfónicos, que nos habías enviado. En las mañanas se oían ametralladoras, subametralladoras, fusiles automáticos. Se apreciaba la calidad de los tiradores. Los fusiles automáticos son muy sensibles, al pulsar el gatillo algunos disparan veintiún balas, que se escuchan como si fuesen una. Un buen tirador logra disparos de tres en tres. Lo mejor que logré fueron tiros de a siete, muy efectivos por lo demás. Con uno de esos me fundieron el intestino. No alcanzaste a dar aviso que nos estaban esperando dentro del banco, en los cubículos de los ejecutivos de cuenta. Habían interferido por meses las llamadas telefónicas, así supieron del día que haríamos «la recuperación».

Me condenaron a cuarenta años; a los doce, por un indulto presidencial, salí del recinto penitenciario. Fui visitarte al servicio de rehabilitación traumatológica. Enmudecí al saber que una semana antes, mientras dejabas sobre la cama el uniforme de cajera, tu esposo te disparó en la pelvis. Por mucho tiempo había estado leyendo los mensajes de texto, en tu teléfono móvil.



Víctor Hugo López S.

Poeta, narrador e ingeniero informático. Reconocimientos: Primer lugar Concurso «Palabras para el Hombre», Agrupación Cultural

Universitaria (ACU), Universidad de Chile, 1982; Mención honrosa Concurso «Vicente Huidobro», Universidad de Santiago, 1985; Mención honrosa Concurso «La Usach tiene cuento», Universidad de Santiago, 2014. Incluido en la antología *Árbol de los libres. Poetas de la Generación NN en Chile*, Guadalajara, México, 2010.

Nota de la E.:

Víctor Hugo me envió su texto vía correo electrónico el 8 de diciembre de 2016. Estaba en Italia. En enero de 2017 falleció esperando un vuelo a Camboya, en el aeropuerto de Bangkok, Tailandia.

Sigues viajando, esta vez sin ataduras, querido Víctor Hugo. Que las estrellas iluminen tus caminos.

Mis más profundos respetos a su familia y amigos/as.

Ana María Montalva (Santiago)

Pasionaria

Un himno de alabanza a Dios anuncia el término de la misa dominical. Desde el jardín se oye gritar al jardinero: «¡Sangre!» «¡La Pasionaria está llena de sangre!» Los feligreses corren y rodean la enredadera. Se multiplican los comentarios: ...*Alguien debe haberse herido al pasar... No, la sangre sale de las flores... Tal vez, esta planta tiene savia roja... Es sangre verdadera... Es un milagro... ¡Sí, un milagro!*

Algunos se paralizan, otros lloran. Los incrédulos prefieren marcharse. Los más osados, con manos temblorosas, tocan la sangre y se arrodillan mirando al cielo en busca de explicaciones.

El párroco se une al grupo que hace silencio esperando oír su juiciosa opinión. Una cuidadora de autos se adelanta para hablar: «Padre, las pasionarias lloran sangre cuando Dios está triste». El sacerdote observa aquella planta. Advierte que se eleva hasta la ventana de su dormitorio. Viene a su mente una imagen del día anterior, cuando minutos antes de comenzar la catequesis, al salir del dormitorio con el tímido Ignacio, lo tomó de los hombros, y mirándolo a los ojos le dijo: «Recuerda, Ignacio, vienes a este lugar porque eres un buen niño. Por eso Dios te quiere mucho. Los tres, guardaremos el secreto: Dios, tú y yo. Nunca lo cuentes, porque... ¿tú no quieres poner triste a Dios, verdad?»

El silencio de mi tío Sam

Aunque sólo tenía siete años, sabía interpretar el odio en la mirada de Maribel. Mi abuela, aseverando que todas las empleadas son ladronas, la obligaba a contar tres veces la ropa recién planchada. Yo conocía también el dolor de esas ofensas. Solía decirme: «chiquilla fea, negra como tu madre, una mujer vulgar que se casó por interés».

Era distinta con su perro Sam, lo llamaba «mi hijo menor». Le hablaba con diminutivos y besaba su boca. Maribel debía limpiarlo con papel higiénico cuando volvía del patio. Los ojos de esa mujer volvían a irradiar odio.

Nuestra enemiga nos unió durante los días que viví en esa casa cuando viajaron mis padres. Maribel me quería, preparaba mis comidas preferidas y reíamos cuando caminaba como mi abuela, con las piernas tiesas y dando órdenes. Imitando su voz, me pedía respetar a Sam, porque al ser hermano de mi papá, era mi tío.

Una calurosa tarde, Maribel barría el jardín. Yo la ayudaba afirmando la pala. Mi abuela lanzó al perro una pelota que fue a dar al centro de la piscina. Sam saltó y empezó a tragar agua. Mi abuela, con gran dificultad, caminó hacia la orilla. Arrodillada, suplicándole nadar, estiró sus brazos para recibirlo. El perro quiso acercarse. Pareció detenerse al ver dos manos grandes, a las que se unieron otras dos más pequeñas. Juntas empujaron a la anciana hacia el agua.

Sam logró salvarse. Se sacudió el agua y nos quedó mirando. Supimos que guardaría silencio.



Ana María Montalva Campos. Nace y vive en Santiago, ciudad que recorre observando y jugando a inventar cuentos. Ha sido publicada en antologías e invitada a encuentros de escritores en Chile, Perú y Venezuela. Cada año se compromete a lanzar su primer libro, deseos que sus rasgos obsesivos se encargan de frenar. Asiste al taller de cuento dirigido por Lilian Elphick.

Camilo Montecinos (Arica, 1987)

Triángulo

En estricto rigor no eran amantes, porque la relación con su esposo ya había terminado hace un buen tiempo; vivían en la misma casa, es cierto, y compartían la misma habitación, pero ambos se encontraban en mundos totalmente lejanos; en estricto rigor, no lo engañaba, porque más de una ocasión le insinuó que veía a otro, que salía con alguien, que enviaba mensajes, pero él no le hizo caso, no la creyó capaz, y más de algún golpe le dio como respuesta; en estricto rigor, no había culpables y no había víctimas, no había sangre en esa casa oscura y vacía, no había gritos ni disparos, no había crimen, nunca hubo un triángulo amoroso...

Detalles

Como pudo el lobo borró toda evidencia, pero una gota de sangre había traspasado la página.



Camilo Montecinos Guerra. Poeta y microcuentista. Sus textos han sido publicados en la *Antología de escritores del norte* (2012), Sech filial Arica y en la antología Trinacional *Borrando fronteras* (2014), colectivo Ergo Sum. Obtuvo el segundo lugar en el concurso *Hazla cortita* años 2012, 2013 y 2014; primer lugar en el concurso *Déjalo ahora*, el año 2015; tercer lugar en el concurso *Historias secretas de nuestra tierra*, el año 2016 y Beca a la creación literaria 2017.

Antonio Montero Abt (Valdivia, 1921- Santiago, 2013)

En nombre del pueblo

El patriarca ordenó:

—¡Que los fusilen a todos en nombre del pueblo!

Y los soldados fusilaron a los hombres.

Entonces las mujeres gritaron:

—¡Eran nuestros hombres y nuestros hijos ésos que fusilaste!

Y el patriarca ordenó:

—¡Que las fusilen a todas en nombre del pueblo!

Y los soldados fusilaron a las mujeres.

El pueblo entero gritó entonces:

—¡Eran nuestras madres y nuestras mujeres y nuestras hermanas ésas que fusilaste!

El patriarca ordenó:

—¡Que fusilen al pueblo en nombre del pueblo!

Y los soldados fusilaron al pueblo. Pero como los soldados también eran pueblo se fusilaron entre ellos.

Entonces el patriarca se retiró a escribir sus memorias a la solitaria e inexpugnable fortaleza. Pero también contrató los servicios de un extranjero erudito y muy famoso para que narrara la epopeya del pueblo. En nombre del pueblo.

En: Cien microcuentos chilenos (Selección y prólogo de Juan A. Epple, 2002)



Antonio Montero. Autor de las novelas *Asunto de Familia*, *Tres Réquiem para Carmela*, *Triángulo para una sola Cuerda*, y los volúmenes de cuentos *Nos vemos en Santiago*, *No morir*, *El Círculo Dramático*, *Baracaldo o*

el Tercer Pabellón. Entre otras distinciones, obtuvo el Premio Municipal de Santiago en 1979 y 1982. Sus cuentos han sido incluidos en antologías en Chile y en el extranjero. Cultivó la ciencia ficción, tanto en cuento como en novela.

Juan Mihovilovich (Punta Arenas, 1951)

Provocación

—Bajo tu apariencia de hombre duro existe un niño bueno— me dijo ella, acariciando suave e intencionalmente una de mis orejas.

Allí estuvo su error. Desde la infancia sabemos que tocarle a otro una oreja es la peor provocación.

—Es la única eximente que invoco, señor juez. Y usted sabe mejor que yo cómo se responde a un reto semejante.

Autopsia

—Las uñas tienden a crecer después de muerto —me dijo el médico, mientras realizaba mi autopsia.

—Entonces es posible que siga vivo —le dije con cierta vergüenza, como si hubiera dicho un disparate.

—No. Ello no es posible. De hecho, lo único que crece siempre son las uñas. Lo demás es la ilusión que se desprende de ellas.

Acto seguido, continuó sacando mis vísceras y arrojándolas a un balde.



Juan Mihovilovich

Poeta, cuentista y novelista. Es, además, abogado de profesión y juez rural por elección. Actualmente reside en Puerto Cisnes, Región de Aysén. Ha publicado las novelas *El contagio de la locura* (2006), *Desencierro* (2008), *Grados de referencia* (2011), y el libro de cuentos *Restos*

mortales (2004). Otras novelas de su autoría son: *Sus desnudos pies sobre la nieve*, *El asombro*, *Yo mi hermano*, y los libros de cuentos, *El ventanal de la desolación*, *El clasificador* y *Los números no cuentan*.

Diego Muñoz Valenzuela (Constitución, 1956)

Vengador sucesivo

Lo atravesó con una certera estocada y murió *ipso facto*. El desdichado contendor se derrumbó y el espadachín lo abrió en cruz. Por el tajo salió un hombre más pequeño que el anterior. De inmediato se tornó belicoso y atacó al asesino de su predecesor. El diestro esgrimista se apresuró a darle muerte y cuando -de acuerdo a su inveterada costumbre- lo destripó, de su interior emergió un enano furioso. Aunque menudo, el chico era de cuidado; con un salto se precipitó al cuello del criminal, que aprovechó el momento para demediarlo con un solo alfanjazo. Una vez más, de los restos mortales surgió un vengador tan furioso como minúsculo.

Y así sucesivamente, hasta que el adversario alcanzó el tamaño de un ínfimo mosquito. El espadachín no pudo asestarle ni un solo golpe, y el ente microscópico se introdujo por el oído hasta el cerebro y le ordenó cortarse en dos a sí mismo. Obedeció. No tenía a nadie más en su interior.

Crimen novelesco

Hubo momentos en que el escritor estuvo a punto de tomar su libreta para registrar la terrible historia que la anciana le narró aquella noche. Se trataba de su propia vida, pero con revelaciones de un calibre sorprendente, inimaginable en aquella mujer suave y distinguida. Crímenes espantosos, conspiraciones inconmensurables. ¿Por qué había decidido revelársela a él y en esa precisa oportunidad? ¿Presentía su muerte? ¿Deseaba consciente o inconscientemente que él escribiera esa historia para darla a conocer? ¿Obedecería a una tendencia autodestructiva? ¿Estaba genuinamente arrepentida y pretendía expiar sus culpas mediante esa confesión?

No podía revelar aquella verdad sin destruir la vida de su anciana amiga. Pero tampoco podía renunciar a escribir la historia que lo llevaría ciertamente a la fama. Por ambas razones la asesinó. Y al

momento de hacerlo, concluyó que sería el final perfecto para la novela.



Diego Muñoz Valenzuela

Ha publicado once libros de cuentos y microcuentos, incluyendo dos libros ilustrados de microcuentos, y cuatro novelas. Se distingue como cultor de la ciencia ficción y del microrrelato. Libros suyos han sido publicados en Argentina, España, Croacia e Italia. Obras suyas han sido traducidas al croata, francés, italiano, inglés, ruso, islandés y mapudungun. Premio Consejo Nacional del Libro en 1994 y 1996.

Óscar Olivares (Chuquicamata, 1952)

Flores para mi amor

Inclinó la cabeza ante la dura mirada del policía, tenía plena certeza que había sido descubierta y no le quedaba más remedio que contarlo todo, estaba segura que había cubierto muy bien los posibles indicios que la acusarían, sin embargo, debía aceptar la realidad; el cuerpo del hombre yacía a los pies de la escalera, indicando una posible caída desde el piso superior, era su esposo, y ella había reportado un accidente.

Tenía por costumbre revisar las prendas de su marido cada vez que le correspondía lavado, sin imaginar que ese acto tan cotidiano sería la causa de una tragedia; al interior de su camisa de algodón, había un pequeño papel escrito con la siguiente frase: «Donde Alicia, mañana a las dos».

Siempre sostuvo la posibilidad de la infidelidad de parte de su marido, pero jamás en situación de comprobarlo. La discusión fue fuerte, él negaba el engaño, y no pudo explicar el significado de lo escrito, «te vas a dar cuenta que estás en un error», decía, pero ella no quiso escuchar.

Permanecía junto al policía ante el cadáver de su esposo, cuando un mensajero se presentó en la puerta principal, portando un hermoso y gran ramo de rosas rojas, con una tarjeta que decía: «Hace once años te conocí en un día como hoy, te amo», las flores cayeron al suelo mientras la lividez de su rostro fue notoria a todos, el logo de la tarjeta decía, «Florería Alicia».

Por un pelo

Después de mucho tiempo el muchacho había ido a visitar a su abuela, la que vivía sola en una gran casona del barrio antiguo de la ciudad; gozaba de buena salud salvo los achaques propios de la edad, los que aliviaba con un sinnúmero de hierbas que jamás faltaban en su cocina; algunas de ellas las colgaba detrás de la puerta para secarlas.

Había llegado temprano encontrándola aún con su bata de dormir.

Cuando la anciana ingresó al baño, su nieto se apresuró por alcanzar el dormitorio, afanosamente buscó al interior del velador ubicado al lado derecho de la cama, no hallando lo que buscaba, desde un rincón de la habitación el gato angora de su abuela lo observaba atentamente, «debe llevarlo puesto», pensó, decidiendo esconderse en el armario a esperar que saliera del baño.

Se abalanzó sorpresivamente sobre ella, dirigiendo su mano hacia el cuello para arrebatarse la gruesa cadena de oro que portaba, toda resistencia fue inútil, fue anulada por un certero golpe en la cabeza.

La policía lo sindicaba como principal sospechoso de la muerte de la anciana, pero todo intento de ubicarlo en la escena del crimen resultaba inútil, no había rastros de sangre, ni huellas de ningún tipo, y nadie informó haberlo visto ingresar o rondar la casa, hasta que determinaron revisar rigurosamente las ropas que vestía el día del asesinato, el examen permitió descubrir en sus pantalones un fino y delicado pelo, pertenecía al gato angora de su abuela.



Óscar Olivares. Ganador del XXVI Certamen Literario de Relato y Poesía González-Waris de España, modalidad Relato; Mención Honrosa del XIV Concurso Literario Nacional Vita Mayor, de Chile; Ganador del Tercer Concurso Literario Nacional de Adultos Mayores Líneas de Vida, de Chile, además de diversas publicaciones en antologías de diferentes partes del mundo. Su preferencia literaria son los relatos cortos o microrrelatos.

Marianela Puebla (Valparaíso)

Fin de una historia

Sherlock Holmes mató de un solo disparo a su amigo de siempre y colega en sus investigaciones, el Dr. Watson. La discusión se había alargado tanto que las enfermeras de la casa de reposo no lo podían creer, era casi inaudito pensar que ese sería el destino final de un personaje tan importante en las aventuras del detective privado.

Cuando se le preguntó por qué lo hizo, éste respondió que no recordaba nada. La pistola que usó pertenecía al guardia del recinto que había sido engañado por Holmes, aduciendo que necesitaba trasladarse a su dormitorio, momento en que el guardia se acercó lo suficiente para que, sin notarlo, Holmes le sustrajera el arma de servicio.

Lo interesante de esas peleas acaloradas entre Holmes y Watson, era que olvidaban quiénes eran; el Alzheimer se paseaba por el establecimiento como Pedro por su casa y estos dos personajes después de esa airada discusión de quién era quién, terminaron por dispararse el uno al otro, sólo que Watson usó una cuchara, pero Holmes lo hizo con un arma de verdad.

La calle

La calle solitaria abre sus fauces y la convence de seguir su ruta. Los faroles guiñan sus ojillos crepusculares llenos de un enjambre de polillas encandiladas. Ella se ampara en su buena suerte, la lleva

colgando de su cuello como un amuleto, colgando de un precipicio imaginado.

La soledad se le pega a su vestido, tiene terror de encontrarse cara a cara con el bullicio de algún burdel, clientes satisfechos bajan con el cigarrillo a medio fumar; ellas, después de verificar que el dinero está a salvo debajo de sus escotes, entre los mullidos senos, cierran la puerta tras una fingida sonrisa.

Es la misma calle de ayer a esa hora en donde todo sucedió, el recuerdo la estremece, toca su cartera; claro, el hombre quiso arrebatársela, pero ella no cedió, esperó un instante que se hizo un siglo y cuando ya no veía escapatoria, le blandió el puñal que llevaba en su mano, una, dos estocadas y un bulto cayó con quejido de piedras. No quiso darse vuelta a mirar, corrió hasta quedar sin aliento.

Hoy no tiene miedo, la calle lo sabe, por eso no la asedia, la incita a seguir sin apuro; nadie se cruzará en su camino, se lo garantiza, con esa daga que lleva empuñada en su mano izquierda será difícil que alguien la intimide. Por eso, deja que se vaya junto al silencio que va cubriendo sus pisadas, más allá de la discordia.



Marianela Puebla. Ha publicado seis libros. En el año 2009 ganó una beca de Creación Literaria del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile. Ha recibido premios Internacionales, Canadá, México (Jalisco, ganadora Juegos Florales 2004), España, Inglaterra y Chile. Primer lugar narrativa, revista *El Grifo* 2009, Santiago, Chile. Segundo lugar narrativa, *Nuestra Palabra*, 2008, Toronto, Canadá.

Milton Puga (Rancagua, 1960)

Abajo

Vivo en un edificio. Mi balcón mira hacia el oriente. Desde la altura uno llega a pensar que tiene algún control sobre lo que ocurre allá abajo.

Cruzando la calle hay una gran casa. Es un sanatorio. En los días soleados sus ocupantes permanecen sentados mucho tiempo mirando el vacío con expresión ausente.

Los últimos días, sin embargo, uno de los residentes discute con las enfermeras y rehúye a los demás internos. El único ritual que lo tranquiliza es recoger con una pértiga las hojas que flotan en la piscina. Pasa horas en eso.

Un día, cerca del anochecer, cuando las luces de la piscina irradiaban un fulgor azulado, el anciano movía la pértiga sobre la superficie con gran destreza. Una enfermera ya había venido a pedirle que entrara.

Quizá ella perdió la paciencia. Apareció caminando enérgicamente e increpó al anciano. Él se quedó mirándola. Entonces, con un gesto rápido extendió la pértiga hacia la mujer y, enganchándola por un tobillo, la hizo caer al agua.

Antes que pudiera volver a la superficie, el anciano empujó con fuerza la vara y la mantuvo sumergida hasta que ella dejó de moverse.

Minutos después apareció otra enfermera y dio la alarma. El anciano soltó la pértiga y, muy tranquilo, levantó la vista hacia donde yo me encontraba.

En ese momento sonó mi teléfono. No me sorprendió.

Desde niño yo sé lo que él es capaz de hacer.

Después del accidente de mi madre yo mismo hice que lo confinaran allí.

Coincidencia

Un niño se traga un pez vivo mientras bebe un jarabe medicinal preparado en casa.

Un carnicero sostiene un cuchillo después de descuartizar un animal.

Un grupo de personas se agolpa en la ventana de una mezquita para observar cómo doscientos niños serán circuncidados en forma gratuita.

Jóvenes adictos rehabilitados oran de rodillas en el templo de su vecindario.

Una camioneta cruza el centro de la ciudad, transportando maniqués desmembrados.

Un niño se ejercita colocando una prótesis en su pierna, en un centro ortopédico.

Una vitrina exhibe ojos de vidrio hechos a la medida de cada cliente.

Un transformista espera su turno para someterse a una operación gratuita de cambio de sexo.

Dos vírgenes se besan, festejando la despenalización de la actividad sexual mutuamente aceptada entre adultos del mismo sexo.

Un policía antimotines sale del interior de un carro blindado y arresta a un hombre vestido de novia.

A la misma hora, un eunuco asiste a una boda.

Nadie podría haber anticipado el encuentro de estas realidades.

Ni la explosión posterior.

Durante las diligencias que siguieron, el novio declaró:

«Cura no hallé; mi bálsamo es mi dama; tomó Cupido de sus ojos llama».



Milton Puga. Lector. Un libro publicado: *Amanecer*, Sudamericana, 2003. Ha publicado microficción en *Brevilla*.

María Isabel Quintana (Coyhaique)

Bestiario

Parado en el hombro del conductor del bus escolar veo venir a los niños. Quieren jugar conmigo, quieren oírme silbar. No tengo ganas, porque hoy es un día de aquellos. Terminado el recorrido, sobran dos ángeles que nos llevaremos a casa. Mamá los recogerá más tarde, mamá confía en él. El es un hombre cariñoso, parece normal. Normal de la cintura hacia arriba. De sólo pensarlo me tiritan las plumas.

Mi dueño sirve tres vasos de licor, al de los niños agrega una bebida naranja y unas pastillas. Con los pequeños en sus rodillas inicia un cuento con voz susurrante. Los ojos le brillan, las manos le tiemblan. Los ángeles se duermen profundamente. Me volví hacia la ventana, no quería ver como el amo dejaría al desnudo sus patas cubiertas de cerdas, como se transformaría en la semi bestia que era.

Mis silbidos de loro suenan destemplados por un tiempo interminable. Vuelve el silencio. Veo a los angelitos limpios, vestidos, tristes. En el piso yace un par de alas pisoteadas junto a mis plumas verdes que caen en pedazos cada vez que esto sucede.

Hansel y Gretel

El invierno llegó despiadado. Nevaba y escarchaba alternadamente formando un emparedado duro que acabó con la vida en la hacienda.

El patrón y su fiel cocinera no quisieron abandonar la casona. Juntos permanecieron frente a la ventana viendo cómo se oscurecía el día con los inocentes copos blancos que revoloteaban sin parar. La mortífera manta blanca engrosaba, había cubierto media casa. Las

provisiones acabaron, la leña sepultada. Se quemó todo lo que sirviera de combustible para la insaciable cocina de fierro.

El frío en las noches era insoportable. La mujer, enflaquecida, deambulaba como un fantasma. El hombre aún conservaba algunas energías porque engullía una mínima colación diaria, sin preguntas. La despensa se mostraba patéticamente vacía, ni ratas se veían. El viejo sospechaba de las lecturas de su cocinera y de Martín Fierro que pregona que «todo bicho que camina va a parar al asador».

La mañana asomó clara y azul. Sobre un improvisado tobogán, una demacrada y joven pareja apareció. Antes de desmayarse, la joven le entregó un envoltorio a la anciana.

La mujer, como perro de caza, olfateaba las ropas que envolvían una criatura sonrosada. Recolectó cuánto pudo para avivar el fuego, la fogata levantó sus lenguas ardientes. La cocinera cogió una fuente grande, la que usaba cuando los asados eran para toda la familia. Sus ojos, iluminados por las llamas, brillaron con extraña excitación. Procedió entonces a pelar dos papas que había guardado celosamente, en espera de una gran ocasión, como ésta.



María Isabel Quintana, habitante del sur chileno. Odontóloga de profesión, cuentera por afición. Beca de escritores. Premio Escrituras de la Memoria. Tres libros publicados. Antologada en publicaciones chilenas y extranjeras. Camina por el ciber espacio con varias publicaciones. Reside en Viña del Mar, Región de Valparaíso.

Andrés Reveco Arias (Santiago, 1974)

Matrioska

Comienzo a acariciar el cuello; lentamente mis manos recorren sus hombros. Miro sus ojos cerrarse y la escucho murmurar, al parecer, mi nombre.

Tomo sus caderas y la levanto desde la cama; frágil se entrega.

Mi mano pasa entre sus pechos. Ella suspira fuerte, su respiración agita su vientre abultado.

Aprieta sus parpados, siento su placer mientras mi palma baja. Nunca ve el cuchillo.

La abro de un solo corte. Encuentro más niñas en su interior.

Preocupación

Recorro su espalda con la yema de mis dedos, conozco cada lunar, cada curva, todo. He hecho caminos en mi imaginación sobre ella. La recorro con los ojos cerrados sentado sobre sus muslos y penetrándola profundo, pero suave. La piel se me eriza, transito desde su cintura hasta la mancha coqueta sobre la cadera derecha. Subo por su costado, tocando el piano de sus costillas, deslizando mi mano entre su brazo y su cuerpo; realizo un masaje suave antes de volver sobre sus omóplatos. Ahora me muevo más rápido, siento que se está endureciendo y me excita, pero comienzo a sentir dolor, aun así continúo agitándome. Me afirmo de sus hombros ya al borde del éxtasis. Pienso en hielo, en árboles, en cualquier cosa que retrase el estallido unos momentos más.

Me aferro a su pelo atado, el que lleva en una hermosa trenza y la comienzo a zamarrear como a la yegua que era. ¡Maldita!, está apretando, a pesar del dolor no puedo parar, no quiero. Se pone cada

vez más rígida, su pelo más opaco, palpo su cuello con mis manos y siento las marcas de mis propios dedos en donde su piel está aplastada.

Estallo, no puedo más, dejo todo dentro, como querías.

Luego de tanto tiempo no me preocuparé de que me hables de tus atrasos. Somos uno en dos, ¿no es cierto, Piedad?



Andrés Reveco A. Se especializa en microrrelato y cuento breve. Tiene una caja de textos escritos en servilletas de papel y comandas de restorán. Ha publicado sus textos en el portal web Letras de Chile y otros sitios digitales. Participó activamente en la organización del II Encuentro Chileno de Minificción, Corporación Letras de Chile, Santiago, 2008. Asiste al taller literario de Lilian Elphick.

Aníbal Ricci A. (Santiago, 1968)

Pacto de silencio

—Nunca vuelvas a decir lo que piensas a alguien que no sea de la familia.

—Yo no pienso.

—Nunca lo digas.

—Tampoco tengo familia.

—¿Quieres que te pegue un tiro?

—Pienso que tengo familia.

—Quédate callado.

—Eso hace daño.

—Una palabra más y te mato.

Eterno resplandor

Despierto en el hospital con la sensación de una mala resaca. Las imágenes se suceden sin sentido. Mis soldados debieron haber vuelto con el dinero, pero estoy gritando en medio de la farmacia. Disparo al mostrador y pulverizo los cristales. Los medicamentos caen al suelo y el farmacéutico entiende que la cosa va en serio. No recuerdo el nombre de la mujer. Las luces estallan y sus manos se aferran al muro. Embisto con fuerza esos destellos de oscuridad. Dayana tenía todo preparado cuando salí de la cárcel. Coloca líneas delante de mis narices y de nuevo me aturden los miedos. Manipula cada palabra y sus labios devuelven el dolor de cabeza. Me sentía más seguro tras los barrotes. Atado a la cama diviso a enfermeros dueños de un mundo sin respuestas. No recuerdo dónde arrojé la pistola. Hago el amor con este cuerpo que no recuerdo. Los vidrios del

mostrador estaban cubiertos de sangre y los policías no tenían como probar que había sido yo. Me sentía aliviado, sin la preocupación de satisfacer a la hembra. La habitación era blanca y no había rastro de mis soldados. Ya no temía que Dayana me fuera a apuñalar por la espalda. Tampoco oía el rotor de los helicópteros persiguiendo cada uno de mis pasos. Sentía paz junto a esta gente desconocida. Hombres de blanco que me hacían sentir en el cielo. Una nueva sesión de electroshocks borrará todas mis huellas. No quiero manchar de rojo este sueño idílico.



Aníbal Ricci Anduaga

Ha publicado las novelas «Fear»; «El rincón más lejano»; «Tan lejos. Tan cerca»; «El pasado nunca termina de ocurrir»; las novelas breves «Siempre me roban el reloj»; «El martirio de los días y las noches»; «Sin besos en la boca» (cuentos), «Meditaciones de los jueves» (cuentos y ensayos), «Reflexiones de la imagen» (cine). Ha participado de las antologías: «Hombres con Cuento» (2012), «Justos y Pecadores» (2014), y «Microrrelatos de Amor y Desamor» (Ant. virtual, 2016).

Mariela Ríos Ruiz Tagle (Santiago)

Miradas

Al parecer, dos ojos ven más que cuatro. Por eso, decidí disparar cuatro tiros silenciosos, justo en el blanco deseado: dos cuerpos inquietos abrazados en el sexo.

Cuando salí del motel «Miradas», no sé si alguien me vio y me importó un bledo.

El tapiz de la carne

Se miró en el espejo del baño del local. De frente parecía mujer; de espaldas, un hombre.

Nadie escuchó sus gritos. Tampoco nadie notó los restos de ensangrentadas prendas íntimas, colgando del respaldo en algunas sillas del restaurant.

Quizás pensaron que era parte de la decoración del lugar.



Mariela Ríos Ruiz Tagle escribe poesía, cuento y narrativa. En el año 1979 ganó Premio Borges, mención Cuento corto, otorgado por Fundación Givré en Buenos Aires. Durante 1984 obtuvo Segundo lugar, mención poesía, por su extenso poema *Madre Espina de Campos Absolutos*, en Puerto Rico. Ha publicado libros de poesía, cuento, narrativa y participado en variadas antologías. Publicó su libro de microrrelatos *Hija única* en 2016.

Patricia Rivas M. (Santiago, 1975)

Suceso

Cuando Carabineros lo detuvo, no sintió miedo. Algo haría, como siempre.

Después de los golpes de bienvenida y una vez en el calabozo, utilizó su adiestramiento de funcionario de seguridad del Estado. Escapó.

Durante la persecución corrió con todas sus fuerzas, pensando en sus hijos y su mujer. Pronto estaría con ellos.

El estrépito del disparo retumbó en el pensamiento del hijo recién nacido.

Para perder el rastro, los asesinos dispusieron el cadáver en una fosa.

Posteriormente, una empresa lo encubrió con ductos de agua potable.

Taparon la evidencia con cemento.

Incluso hoy, la justicia y el Estado impiden clarificar los hechos.



Patricia Rivas M. Escritora chilena. A sus primeros días de vida detienen y desaparecen a su padre, ex detective de Policía de Investigaciones de Chile. Ha publicado *Hija bastarda* (microrrelatos, 2009) y el libro infantil bilingüe *COF/COUGH*, con ilustraciones de Carolina Garrido. Ha obtenido la Beca de Creación Literaria del CNCA en dos ocasiones. Pertenece a la Corporación Letras de Chile.

Enrique Silva Rodríguez (Concepción, 1961)

Shoefiti

Me preguntaste asustado qué era eso de colgar zapatos en los cables. Y yo te contesté: «es un arte». El arte de frenar el mundo y hacerle un nudo ciego en las patas a Dios. Nadie sabe de dónde viene ni adónde va. Pero más allá de tus pasos, fueron tus zapatos quienes te trajeron a mí. Siempre es igual y nadie se da cuenta. La falta de arte nos está embruteciendo a todos. La culpa es del sistema. Yo sólo soy la sombra que arrojará tus zapatillas a los cables. Después de apuñalarte y tirar tu cuerpo al Mapocho.



Enrique Silva Rodríguez, alias Quique, cantautor, poeta y escritor. Dicta Talleres de Estimulación a la Lectura y Escritura creativa. Ha ganado uno que otro concurso literario nacional e internacional. Algunos de sus poemas han sido traducidos al francés, italiano y rumano. Ha participado en la Feria Internacional del Libro de Los Mochis, México; y en *Caaguazú lee*, de Coronel Oviedo, Paraguay. Vive en Maule-Coronel, en una casa azul montada sobre un cerro a orillas del mar.

Roger Texier (Valparaíso, 1955)

Haydn no perturba a nadie

Entra por la puerta de la cocina, como es su costumbre en esos casos. Tiene el tiempo contado.

Desde la sala llega la música de un concierto clásico. Dirige sus pasos al sector de dormitorios para cumplir el contrato. Los acordes penetran en la alcoba, mas la durmiente nunca se entera.

Al terminar la faena regresa sobre sus pasos. Un aroma a buen cigarro inunda el pasillo. Presta atención a los sonidos.

El violín aún se oye nítido. Al salir, como es su costumbre, deja la soga colgando en el pomo de la puerta.

Acción y reacción

La mató.

Ya tendría tiempo suficiente para jugar a Raskólnikov.

Daba lo mismo dónde.



Roger Texier. Microcuentos publicados en antologías digitales: *Sea breve, por favor*, *Microcuentos por la memoria*, *Lectures du Chili*, páginas web: *Letras de Chile*, *E-kuóreo* y antología *Borrando Fronteras*, Macedonia, 2014.

Eugenia Toledo Renner (Temuco)

De tal palo, tal astilla

I

Después de escuchar las noticias en la radio y leerla en los periódicos no pude dormir por un largo tiempo. No podía dormir en las noches pensando en los desafortunados animalitos que cayeron en las manos de aquel hombre joven de rostro bello y ojos angelicales, pies descalzos, que estaba preso y condenado a varios años por despellejarlos vivos, quemarlos, ponerlos en el microondas, hacerlos chillar y torturar hasta su muerte. Pienso en esos animalitos y recuerdo al niño que, en su infancia, jugó en mi casa con mi hijo y nuestras mascotas muchas tardes de verano y bendecía su comida cada vez que nos sentábamos a la mesa, costumbre que venía de sus padres tan cristianos. No podía dormir, porque él había prometido cuidar esos inocentes regalones cuyos dueños se los entregaban con alivio, porque no los podían tener más o estaban muy viejos. Y él los recibía con tanto amor y ternura en sus ojos angelicales.

II

Diez años antes también supe «algo» sobre la madre de este joven. Se había casado con un judío, dueño de hoteles en Oregón, llamado George Levy. Un hombre de mucha edad y dinero, que se había divorciado de su primera esposa, para unirse a esta mujer, decoradora de sus hoteles. Le había comprado un yate en Francia y abrigos de pieles Dior para recorrer el mundo. Años después, ella y su flamante marido estaban navegando solos alrededor de la Isla Margarita. Se encontraron en una terrible tormenta. Ella, la capitana del barco, en tal circunstancia habría pedido a George para recoger las velas para navegar mejor, pero nunca más lo volvió a ver. Es lo que le comunicó a la policía de Venezuela. George andaba sin chaleco salvavidas, declaró. ¿Cómo llegué a enterarme de esta terrible aventura que no leí en los diarios? Un día de verano alguien a la puerta de mi

casa. Era un joven de 21 años con rostro angelical y dulces ojos claros: «Soy yo», expresó, «¿se acuerdan del mí? Yo jugaba con tu hijo en esta casa». «Sí», contesté, «qué grande estás y ¿qué es de tu familia?» Entonces dijo, «estamos aquí, porque George se fue». Le puse cara de interrogación. Atónita escuché hasta el final de la historia; casi de paso, antes de partir, agregó: «La verdad es que a él no le gustaba navegar y odiaba los botes a vela». Y se rió.



Eugenia Toledo Renner nació en Temuco, Chile. Es principalmente poeta y profesora de Talleres Literarios; recién incursionando en el género de cuentos breves. Reside entre Seattle, WA, y Temuco.

José Leandro Urbina (Santiago, 1948)

Suma

«Cuántos son cinco más cinco», le preguntó el hombre del cuchillo.

«Siete», dijo él con la garganta apretada por el dolor.

Ya le habían cortado dos dedos, y como sabía que no iban a parar, aprovechó para descontar inmediatamente el próximo.

Novela policial 1

El comisario Mazote guardó su pistola recién disparada y se inclinó sobre el agonizante. Intuyó que el hombre quería decirle algo.

« Ma...zote, concha e' tu madre», lo escuchó murmurar en su oído, antes de estirar la pata.

«¿Qué dijo?», preguntó el detective Toro, que miraba desde la puerta del comedor con la Walther apuntando al techo.

« Creo que dijo Pasota y algo más».

«Podría ser el nombre del autor del crimen», dijo Toro poniendo cara de perplejo. «¿Lo dijo clarito?»

«Bueno, más o menos clarito. Tiene mucha sangre en la nariz».

« Pasota, Pazote...y algo más. Humm, por lo menos tenemos una pista.

«Sí, pero no lo anotes en el informe, no sirve de mucho. Oiga, prométale a la joven viuda que perseguiremos sin piedad a los culpables de este oneroso crimen, que no descansaremos hasta darles el castigo que se merecen. Dígale que se porte bien y que no ande por ahí hablando leseras. Y ahora, Torito, acción. Mientras retiro los casquillos, registre la hora del suceso y pídase una ambulancia, urgente».



José Leandro Urbina

Profesor, novelista y cuentista. Desde los años 1988 al 2005 vivió entre Canadá y los Estados Unidos donde se doctoró en la Universidad Católica de América, especializándose en Literatura Latinoamericana. Ha publicado, entre otros, los libros de cuentos *Las malas juntas*, *El basurario de Baruni* y *El derrumbe*; y las novelas *Cobro revertido* y *Las memorias del Baruni*.

Jaime Valdivieso (Valparaíso, 1929)

El graznido

Como era su costumbre últimamente, mordió un pedazo de pan, concentrado y adusto, mirando fijo uno de los pétalos de las flores de plástico en el centro de la mesa.

Igual que todos los días, su padre tiró el quepis sobre uno de los sillones y, antes de sentarse, dijo frotándose las manos: «Una vez más tuvo que cantar. A esta cabrona la hice graznar como a un pato».

No alcanzó a beberse el primer trago de tinto, luego de sentarse con una satisfecha sonrisa: el largo y filudo cuchillo le atravesó la garganta, al mismo tiempo que el muchacho graznaba como un pato.

En: Ventajas de la tortuga (2002)

Lengua de víbora

No tuvo que apretar el gatillo: bastó que lo forzara a morderse la lengua.

En: Brevisima relación del cuento breve de Chile (Selección y prólogo de Juan A. Epple, 1989).



Jaime Valdivieso. Ha publicado ensayos, cuentos, novelas, poemas. Autor de: *El muchacho* (1958); *Tornillito y otros cuentos* (1961); *Un asalto a la tradición* (1962); *La condena de todos* (1965); *País sin nombre* (1969); *Realidad y ficción en Latinoamérica* (1975); *Bajo el signo de Orfeo* (1980); *Las máscaras del Ruiseñor* (1982); *País de la ausencia* (1987); Chile:

un mito y su ruptura (1989); *Centro de gravedad* (1989); *Violencia de los animales* (1991); *Voces de alarma* (1992); *El espejo y la palabra* (1997); *Escritura encadenada* (1999); *Señores y Ovejas Negras* (2000) y *Ventajas de la tortuga* (2002), *El ocaso de las bunganvillas* (2005), entre otros libros.



Ecuador

Compiladora: Solange Rodríguez Pappe.

Eduardo Adams M. (Marcelino Maridueñas, 1977)

Amigo

Cuando Manolo tenía clases de piano en su casa, yo lo espiaba. Me asomaba un poco a la ventana y me quedaba quieto. Luego íbamos al parque, jugábamos pelota, trepábamos árboles, cazábamos extraterrestres. Yo lo miraba. Todos los días. Cuando soñaba, también. En la escuela alguien supo, adivinó, y Manolo no jugó más conmigo. Un día volví al parque y escalé el árbol más difícil. Pero también hice otra cosa. Y me dolió mucho el cuello. Y no podía respirar. Sólo podía ver mis piernas y, mucho más abajo, el suelo del parque, y cuando miré bien había baldosas, y me rodeaban muebles y paredes con cuadros. Era la casa de Manolo. Caminé por todos lados haciendo mucha bulla porque ahora era grande y pesado. Estaba muy feliz, aunque no veía el piano por ninguna parte. Manolo vino de la escuela y corrí a abrazarlo. Mi cuerpo sonó desafinado, como truenos. Manolo se asustó y me pegó, y la trompada se escuchó en toda la casa. Me fijé y donde había sentido el golpe se había posado un pájaro, y de nuevo no pude respirar. Entonces esperé a que el ruido acabara, a que mi cuerpo callara poco a poco.



Eduardo Adams M. Ha publicado, entre otros, *La mirada del cíclope* (Cuentos, 2006) y ha sido incluido en *Los invisibles. Antología del muy nuevo cuento ecuatoriano* (2010).

Carolina Andrade (Guayaquil)

El salto

Creo que lancé un maullido, un profundo arañazo al silencio. También creo que fue mi cuerpo el que lo hizo. La primera vez que una cae de un edificio tan alto y si no se ha tenido la más mínima intención de hacerlo, el espíritu y la razón permanecen en la cornisa cuando el cuerpo ya ha iniciado su incursión en el vacío. Los primeros instantes descendí erizada por el terror, con mis cuatro patas hacia abajo, igual que los suicidas. Me retorcí en el aire y cambié de posición como quien intenta regresar al punto de partida. Panza arriba vi el cielo y, sin tiempo para tener fe, me supe abandonada. Otro giro. Impacto ineludible. Me sumergí en el follaje de un árbol y mis ojos barrieron vertiginosamente el verde fragmentado de miles de hojas, las leí todas mientras el ramaje me castigaba con violencia y yo trababa de asirme a lo que fuera. Golpes, golpes. No dolía. Es extraño, no duele. El camino a la muerte no tiene una melodía agradable, sólo un ritmo de velocidad ralentizada, en sordina, con quieta precipitación. Mis patas buscaron, no yo, mis patas. Y fueron ellas las que lograron agarrar una rama gruesa. ¿Ellas? No reconocí mis propias manos en esas garras que se habían clavado en la superficie leñosa. Mi cuerpo se reacomodó y poco a poco volví a hacer contacto con él. Me preocupaba no quedar como antes. Cada pieza en su lugar. Cualquier lugar. ¿Cuánto tiempo duró este salto? Segundos dilatados por el miedo. Tengo heridas y he empezado a temblar, tal vez, para siempre. Me sostiene el brazo de un árbol en gesto involuntario. Me constato, despacito y muda, en mi respiración. Estoy sola. No hay nada digno de conocerse en los vacíos. ¿Y tú? Tú te equivocas si crees que alguna de mis vidas te pertenece.



Carolina Andrade. Ha publicado los libros de cuentos *Detrás de sí* (1994); *De luto* (1998); *Revista y revuelta* (2003) y la novela corta *Frágiles* (2009).

Raúl Pérez Torres (Quito, 1941)

Del Ideal

La flaca. Nunca la olvidaré. Su cara triangular, profunda y misteriosa, como las ruinas del Macchu Picchu. Su piel de película quemada. Sus ojos espesos y abatidos. Se parecía a los amores de Gardel. Lástima que no vivió nunca. Explotó como una pompa de jabón en el momento en que Adriana me despertó para el desayuno.



Raúl Pérez Torres. Narrador, poeta y periodista. Algunas de sus publicaciones son: Novela: *Teoría del desencanto* (Quito, 1985); Cuento: *Da llevando* (Quito, 1970); *Manual para mover las fichas* (Quito, 1973); *Micaela y otros cuentos* (Quito, 1976); *Musiquero joven, musiquero viejo* -Premio Nacional "José de la Cuadra"- (Guayaquil, 1977); *En la noche y en la niebla* -Premio Casa de las Américas, La Habana, 1979- (Quito, 1980); *Un saco de alacranes* (Quito, 1989); *Sólo cenizas ballarás* -Premio Juan Rulfo, Francia, y Premio Julio Cortázar, España (Quito, 1995); *Los últimos hijos del bolero* (Quito, 1997); Poesía: *Poemas para tocarte* (Quito, 1994). Teatro: *La dama de rojo* (Quito, 1983). Ensayo: *Índice de la narrativa ecuatoriana* -coautor- (Quito, 1992).

Solange Rodríguez Pappe (Guayaquil, 1976)

Matar a la bella

Los medios explicaron que a la bella la mató la ciencia; las cirugías que le estrecharon la cintura también le iban quitando poco la respiración, hasta que una madrugada murió de asfixia. A la bella la mató su psiquiatra. Cuenta que cuando lo llamaron de emergencia por lo del frasco pastillas, él se acercó al disimulo a la cama y le comprimió fuertemente la nariz con toda la palma, hasta que estuvo pálida. «Muerta antes o muerta después», dijo a la prensa, «¿qué diferencia habría si se iba a morir de amor tarde o temprano?» A la bella la asesinó el gobierno, el agente Norman Hogdes, en sus últimas horas testifico haberle inyectado Nembutal entre los dedos de pie izquierdo mientras dormía. «Nunca había matado mujeres», confesó mientras se relamía los labios secos por guardar tantos secretos de estado, pero siempre hay una primera vez; a la bella la mató su último amigo, un pedazo de carne joven que había enganchado en un bar y que se agarró tan fuertemente a sus costillas que las fracturó en un abrazo. A la bella confesaron haberla envenenado su nana; su chofer de limosina; su masajista; alguien que no estaba en el país esa noche; un astronauta; un extraterrestre que no podía ser penalizado por las leyes humanas y un viajero del tiempo... La fila de los que decían ser culpables logró dar varias veces la vuelta a la estación de policía y eran mucho más celosos que sus amantes en vida, los que decían haberla recibido la primicia de su último aliento.

Todos equivocados, para entrar en un estrecho vestido de pedrería, antes de cantar el cumpleaños para el presidente, la bella en un complicado procedimiento hecho en una clínica cubana, se había hecho extraer el corazón. Anticipándose a su destino fatal de diva, desde 1960 estaba muerta, pero era buena actriz.



Solange Rodríguez Pappe. Obtuvo su licenciatura en Letras en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil con un trabajo dedicado al microrrelato en el Ecuador. Es profesora de ramas afines a la Comunicación y al Lenguaje, al tiempo que ha incursionado en el

periodismo, el ensayo, la ficción audiovisual y talleres de creatividad. Ha publicado los volúmenes de cuentos *Tinta sangre* (Editorial Gato Tuerto, 2000), *Dracofilia* (Quelonio Editores, 2005) *El lugar de las apariciones* (Edino, 2007) contiene textos que merecieron el primer lugar en el Concurso Hispanoamericano de Microrrelato *Escrito en las Estrellas y Balas perdidas* (2010) ganador del premio Joaquín Gallegos Lara a la mejor producción de relatos de ese año. También ha realizado estudios en Literatura posmoderna y microrrelato, siendo antologadora del tomo de minificción ecuatoriana *Ciudad Mínima* (2011).

Huilo Ruales Hualca (Ibarra, 1947)

La abuelita roja

Cuando nació la niña, los perros doberman negro-azulados tuvieron que mudarse al patio. Nadie les explicó. Trataron de botar las puertas para volver a su territorio: la sala, la alfombra, los cuartos, la cocina, y sobre todo el dormitorio para seguir pernoctando al pie de los amos. Lloraron humanamente. Rechazaron la comida. Se enfermaron. Una ocasión oyeron al amo que si continuaban así tendría que envenenarlos porque la niña.

Y repentinamente dejaron de aullar: fingieron jugar como dos críos, fingieron comer con apetito, fingieron dormir en la patio como si fuera cama. Llegó el día en que la madre tuvo que reintegrarse a su trabajo, y la niña y la casa quedaron bajo el cuidado de la abuela. Los perros movieron la cola. La anciana cariñosamente les preparó pastelitos y to to to los llamó al umbral de la puerta trasera. Desde su aparente siesta se dispararon como saetas, pasaron por encima de la abuela y entraron en la casa. La puerta se cerró del interior. La anciana lloró, gritó, se dijo entre hipos que eso le pasaba por desobediente, golpeó la puerta hasta lastimarse los nudillos. Al fin optó por romper un vidrio con la escoba. Rasgándose la ropa y magullándose lo huesos se encaramó por el ventanal, desbarató con chillidos el doloroso silencio que encontró en la casa, y corrió hacia la cuna. La niña, tranquila, esperó que el horror se configurara en la cara de la abuela, y como intuyó lo que iría a preguntarse al respecto de su boca, respondió: «para comerte mejor, abuelita».



Huilo Ruales. Narrador y poeta. Fundador del colectivo La pequeña lulupa, y del grupo literario Eskeletra. En 1983 obtuvo en París el Premio Hispanoamericano de Narrativa «Rodolfo Walsh». Ha publicado, entre otros: Novela: *Maldejo* (Madrid, 1998). Cuento: *Y todo este rollo también a mí me jode* (Quito, 1985); *Nuaycielo comuel dekito* (Quito, 1985); *Loca para loca la loca* -Premio Nacional «Joaquín Gallegos Lara»- (Quito, 1989); *Fetiché fantoché* -Premio Nacional «Aurelio Espinosa Pólit»- (Quito, 1994); *Historias de la ciudad perdida* -antología- (Quito,

1997). Poesía: *El ángel de la gasolina* (Quito, 1999). Teatro: *Añicos* (Quito, 1991).

Abdón Ubidia (Quito, 1944)

De las traiciones posibles

En mitad de la noche sonó el teléfono como un alarido. La esposa miró al esposo. El esposo miró a la esposa.



Abdón Ubidia. Es considerado una de las voces más representativas y relevantes de la literatura ecuatoriana moderna. En el 2012 fue ganador del Premio Eugenio Espejo de Literatura, otorgado a él por el presidente ecuatoriano Rafael Correa. Es el autor, entre otros, de los libros de cuentos *Bajo el Mismo Cielo Extraño* (1979); *Divertinientos* (1989) y las novelas *Ciudad de Invierno* (1984) y *Sueño de lobos* (1986).

Cristóbal Zapata (Cuenca, 1968)

El último retorcimiento del cuchillo

En la nevera el cuchillo reposa su larga siesta de invierno. Separado de mi mano, descansamos. Cuando lo despierte derretirá su hielo en la caliente linfa de tu ombligo. Quiero escuchar cómo se quiebra tu sangre en su glacial cubierta hasta ahora intacta, helada, llena de amor.



Cristóbal Zapata. Poeta, crítico literario y de arte. Dirigió varios talleres de literatura en su ciudad y en Quito. En 1997 fue designado Coordinador General de la VI Bienal de Pintura de Cuenca. Artículos sobre arte contemporáneo y literatura han aparecido en importantes revistas nacionales.



España

Compilador: Pablo A. García Malmierca

Alberto Blanco Rubio (Salamanca, 1987)

«El asesino se confundió con su víctima para matar las horas de tedio».

«Aquella pista le llevó a comprender que el único final que verían sus ojos tendría el perfume de la sangre».



Alberto Blanco Rubio. Posee el título de Licenciado en Comunicación Audiovisual. Emprendedor y autónomo, es el editor y responsable de Desván Editorial. Ha publicado seis obras: *Sueños de papel de un estudiante*, *Viaje a la locura bajo la sombra de un loco*, *Cien versos de luna para ella*, *La leyenda del cantero de Salamanca*, *Sangre de una leyenda soñada* y *El monóculo del tiempo*.

Carmen de la Rosa (Santa Cruz de Tenerife)

Natillas de la abuela

El aroma escapa por la ventana abierta de la cocina: vainilla, limón, canela; serpentea bajo la puerta del garaje donde el tercer marido de la abuela remacha los clavos del asiento de una silla, penetra en su nariz, le hace salivar. Le impulsa a soltar el martillo y salir al jardín, hace semanas que desapareció el candado de la puerta de la cancela, que una maleta vacía espera con las fauces abiertas sobre la colcha del cuarto de invitados. *Vete, vete ahora...* Aquel olor irresistible le atrae hacia la casa: un cuenco de natillas reposa en el poyo de la cocina.

Desde su habitación la abuela escucha el crujido de la gaveta de los cubiertos al abrirse, el *clanc* repetido de la cuchara contra la loza del cuenco, qué poco le duraba a ella el amor, descuelga del armario su vestido negro, retira la funda que lo protege de las polillas ¿Por qué nunca se marchaban sus hombres despechados? ¿Por qué tenía que decidir ella: vainilla, limón, canela, cianuro?

El peso de la genealogía

Algo crujió bajo la suela del zapato del detective Johnson cuando entró esa mañana en la biblioteca de Regent Mansion. Con su pañuelo recogió los restos del monóculo del quinto conde de Badmington, que había salido despedido por la violencia del impacto. Lo mostró a la joven condesa y ella asintió en silencio, el verde desvaído de un cardenal en uno de sus pómulos, disimulado bajo una capa de polvos de arroz.

El detective advirtió que los lacayos y sirvientas alineados a la derecha del mayordomo contuvieron la respiración al unísono, como

un cuerpo de baile, tantos años juntos soportando insultos, esquivando bastonazos, mientras él recogía las alcayatas de la alfombra. Percibió el nerviosismo de todos los presentes cuando observó bajo la lupa los cortes a navaja, casi imperceptibles, del grueso cordón deshilachado del que había colgado el cuadro. Solo se necesitaba un calculado portazo del mayordomo después de servir al señor el whisky tras la cena, solo aquel mínimo seísmo temblando en la pared, para que el descomunal retrato del primer conde de Badmington, *el ogro de Regent Mansion*, se desplomara sobre el último malvado de la stirpe.

Un accidente fatal, concluyó el detective Johnson; brillaron lágrimas de alivio en los ojos del mayordomo, los lacayos, las sirvientas. *Mi más sentido pésame, condesa.*



Carmen de la Rosa, Santa Cruz de Tenerife. Sus relatos y microrrelatos aparecen en *Entre humo y cuentos*, *Todo vuela*, *Acordeón*, las antologías: *Somos Solidarios*, *99 crímenes cotidianos*, *Primavera de microrrelatos indignados*, *Ellas*, *Eros* y *Afrodita* en la minificción; la revista *Fahrenheit XXI*, los blogs: *Antología Mundial de Minificción*, *Químicamente Impuro*, *La cazadora de relatos*, *Máquina de coser palabras*, *Brevilla*, *Internacional microcuentista* y *Lectures d'ailleurs*. Participó en el I Simposio Canario de Minificción (2015).

José Luis Díaz (Alicante)

El loco

Aunque también expedito a la siguiente calle, era un callejón sin salida. «Como todos, absolutamente todos, los callejones: en los diccionarios deberían aparecer, si no es así, como sinónimos de ratonera», pensé buscando mi gatillo.

Encontré la confirmación a mi idea entre los contenedores y su desparramada basura, «¡Cuánto cerdo!», tal y como había telefoneado, «...mi Lulú y yo casi nos morimos también del susto! ¡Imagínese que huimos sin hacer pis! Bueno, eso ella, porque yo... ¡Ay, Señor, Señor!», la histérica señora.

No era un ratón. Ni siquiera una rata. O sí, vete tú a saber. Al tipo, «¡El loco!», le habían aliviado la chaladura con la terapia, mano de santo, de una bala entre ceja y ceja.

Sí, lo conocía. Mejor dicho, lo había atendido en mi mesa dos días antes. Cuando me advirtió y no le creí. «¡Ay, Señor, Señor!», digo yo también.

Entre sus dedos, un papel. Leo:

¿Me cree ahora? El «loco», como pensó entonces, no lo estaba. Se lo dije: «Leo la mente y veo el futuro. Y me van a matar».

¿Quiere saber quién y por qué? Pues averígüelo, usted que sigue vivo. Haga algo, aunque ya sea muy tarde. Y no vaya ahora, encima, también de mártir: «¡Ay, Señor, Señor!»...

Lea bien porque también le digo otra cosa: el próximo es usted. Aquí, en un callejón abierto pero sin salida, como todos los callejones, y ahora, al final de estas letras.

¿Sigue sin creermee? Mire a su espalda.

El policía se giró y...



José Luis Díaz Marcos. Alicante, España. Funcionario.

Autor de relatos con diversas publicaciones. Blog personal:

<http://la-estanteria.webnode.es/>

Pilar Galindo Salmerón

Stilettos

Éramos de la misma estatura, si hubiera calzado planta baja, no habría habido problema. Pero no, se encaramaba en los tacones para dejarme en ridículo. La última vez fue demasiado lejos, los *stilettos* miden doce centímetros. Cuando intentaba llevarla por encima del hombro, tenía que ir en puntas de pies y aún así, parecía que ella me apuntalaba. Se lo pedí, llegué a suplicar, pero no me escuchó. Se complacía en ridiculizarme, se atrevió a llamarme «mi pequeñajo».

Le saqué un zapato y le aticé con él en la cabeza. Se le quedó bailando en todo lo alto. Me gritaba «¿qué haces, enano?»

Entonces empuje el tacón hacía abajo hasta que se quedó callada.

El informe del forense dice que la herida en la cabeza, causa de la muerte, fue hecha con un clavo o algo similar ¿Cómo iba yo a saber que esos tacones llevaban dentro un fleje de acero?

En cuanto al móvil del crimen, la policía carece de sensibilidad, nunca medirían el peso de la humillación.

El arma del crimen viaja, con su otro par, camino de Argentina, calzando a mi prima Rosarillo que vive allá.

No tienen nada contra mí.

Caso cerrado.



Pilar Galindo Salmerón. Tengo 75 años, estoy jubilada de la Administración Local. Soy madre, abuela y escritora *amateur*, a pesar de mis años. Me gusta el mar y la música. Escribir, leer, charlar. Tengo algunos premios: RTE la Caixa. Canal Literatura. Jirones de Azul. El Coloquio de los Perros. Abadía del Perfume. Mail: Pigasa41@yahoo.es

Maite García (Santa de Cruz de Tenerife)

¿Quién lo diría?

Rió. Y su risa resonó en las paredes desnudas del callejón. Él, que cuando entró en este negocio jamás se imaginó como un Bogart de hoy en día... No fumaba, no bebía, hacía ejercicio a diario y tenía un guardarropa mucho más variado... Volvió a reír, ya sin fuerzas, mientras dos flores rojas se pintaban en su pecho robándole la vida.

Por culpa de los ojos de una mujer...

Cluedo en negro

La dulce señorita Laura, con el candelabro, en la biblioteca. No, no..., todos oyeron un disparo, ¿cierto? El capitán Spade era el único con acceso a un arma, pero estaba en el salón con el reverendo Hammet y su señora. Aunque la autopsia dirá exanguinación por herida de arma blanca. ¿Quizás la señora Marlowe, la cocinera de la familia? ¿O el señor Butler, el mayordomo? No, ni en la cocina ni en el comedor... Se encontrarán signos de lucha en el despacho y la alfombra empapada en sangre, pero ni asomo del cadáver. Truman, el chófer, en las cocheras, podría haber escuchado cómo Raymond y Agatha arrastraban el cuerpo hasta la piscina, pero estaba demasiado borracho...

¿Y entonces quién es el muerto?, te preguntarás.

Ah, sí... El muerto soy yo... Y aclarar mi asesinato depende de ti...



Maite García es licenciada en Filología Clásica, con formación bibliotecaria. Escritora habitual de fanficción en línea (con

el nombre de *mutemua*), participa en el grupo *Minificciones* (Facebook). Intervino como autora invitada en el VII Encuentro de Escritoras de Microrrelatos de Tenerife.

Pablo A. García Malmierca (Zamora, 1972)

¡Buenos días!

El comisario Falcón llevaba varios meses sin ninguna pista, nunca antes había perseguido a un asesino en serie tan escurridizo. Diez asesinatos, uno al mes, con la precisión de un reloj suizo. El primer día de cada mes.

Hoy era uno de noviembre, cruzó la esquina esperando la llamada fatídica que anunciase a la siguiente víctima. Algo golpeó su cabeza y se escurrió por su frente, una maldita paloma, pensó. Se limpió, no era una paloma, en el pañuelo había un trozo de carne, sangre y pelo. Miró hacia arriba y desde la segunda planta un hombre le saludó.

—¡Buenos días, comisario! Creo que estabas buscándome.



Pablo A. García Malmierca. Reside en Salamanca. Licenciado en Filología Hispánica. Profesor de educación secundaria. Miembro del Seminario Permanente Claudio Rodríguez. Ha publicado *dD*, 2016. Ha realizado la antología *Valladolid. Voces de Vanguardia* para Piediciones. Autor del libro de relatos *Catálogo de terrores domésticos*, 2017. En breve, saldrá su último proyecto la revista de poesía *Intercostal*, de la que es co-editor y co-fundador. En su labor académica, ha impartido conferencias en la universidad relacionadas con la poesía. Ha sido miembro del consejo de redacción de prestigiosas revistas filológicas como *Cuadernos dieciochistas*.

Yurena González (Tenerife, 1980)

Jauría

Durante meses los allanamientos sembraron la histeria por toda la ciudad. Sam BlackWood inspeccionaba los peores tugurios y analizaba a la gentuza: con el primer cuerpo quedó claro que alguien se había apuntado al banquete. Tenía un despacho en la 5ª con Harrison: una oficina cochambrosa donde dormía con la única compañía de escasos muebles y una botella de coñac. Una mañana comenzaron a aparecer en ella dedos, manos, pies. No habían forzado la cerradura: torció el gesto y carraspeó. Aquel ritual le ponía nervioso y comenzó a soñar con dalías negras a todas horas. Durante su peor resaca, se despertó atado a la silla en la que pasaba las horas hojeando archivos y declaraciones.

—Podrías al menos bajar la persiana, tengo una resaca de

—Vamos a ver: aquí alguien ha perdido el norte y está yendo por libre. ¿De qué vas?

—Mira tío, yo solo hago mi trabajo, deberías largarte, la gente de esta ciudad vive asustada y ...

—¿Y? La última vez que te vi tenías más alcohol que agua en tu cuerpo, ¿me vas a dar lecciones? Tú eras como nosotros, solías divertirte, son ganado, Samuel, ¡¡están para ser sacrificados con creatividad!!

—Ese *nosotros* significa que seguís matando en grupo, como yo pensaba.

Un silencio de cementerio inundó la habitación, que comenzó a arder por una de las ajadas cortinas de la entrada. El asesino no recordaba los trucos de Sam: sus trampas ocultas allí donde se instalaba.

Después de ti

Sarah Bloom era el prototipo de detective quemado por los años. Tenía instinto para el crimen, se movía rápido y tenía intuición.

Le gustaba limpiar sus armas los viernes pero desde hacía semanas un caso le impedía trabajar. Empezó a crecer en su interior el miedo: su peor asesino se había escapado y prometía que la mataría pronto. No parecía ella, sino la piel y los huesos de Sarah, un zombie que no dormía ni comía, qué buena era oliendo el peligro. Estudió el caso de Jakson varias veces: era un sociópata que encontraba placer en el triunfo, en la impunidad.

—Después de ti —le dijo ella en la puerta del salón de interrogatorios, tres años atrás.

—Tuviste mucha suerte, rata, no soy fácil de atrapar. Algún día te despertarás y todo lo que te rodee estará muerto, incluido tu perro.

Ella sonrió y le sostuvo la mirada durante lo que le pareció una eternidad, el reloj marcó las tres de la tarde, fin de la visita.

Ahora le esperaba en su piso, con sus armas limpias, cargadas, a punto. Pero Sarah se durmió, le venció el cansancio ante tanta tensión acumulada. Y soñó con su perro ahogado en sangre, y su casa llena de cinta amarilla de escena de crimen. Se despertó atada a una silla, frente a una cámara. Ya buscaba cómo desatarse cuando Jackson apareció con cables.

—Después de ti, Jackson.

Gritos en un almacén abandonado de la 5ª con Harrison.



Yurena González Herrera (Tenerife, 1980). Historiadora y bibliotecaria, se ha formado como docente y Gestora Cultural. Ha publicado en obras colectivas y revistas del género del microrrelato en España y Suramérica. Ha participado en diversos congresos literarios, simposios y festivales internacionales. Ha intervenido en actos culturales y programas de radio con lectura de sus textos y difusión del Proyecto Encuentro de Minificciones e imparte talleres de creación literaria. En 2016 publica su primera obra, *El diablo se esconde en los detalles* (Escritura entre las nubes).

Ana Grandal (Madrid, 1969)

Mensaje

«Lo hcms sta noxe n kasa a ls 9». Enviar. Una centésima de segundo más tarde se da cuenta de su error: ha mandado el mensaje a María. No a Mario, a María. A su esposa. La precipitación y la similitud gráfica le han jugado una mala pasada.

Un sudor frío le recorre la espalda. «Calma». Es imposible que María descodifique la información contenida en la escueta frase. Tal vez piense que es una invitación al sexo, ese sexo que, durante un año, ella le ha negado. Por otra parte, ¿no es verdad que, a pesar de su costosísimo celular ultraligero de niña pija, de rica heredera caprichosa, siempre olvida recargarlo? No puede evitar una sonrisa. Quizás, a las nueve, cuando Mario entre en su casa a descerrajarle a María un tiro en plena nuca, comprenda inútilmente su significado.



Ana Grandal es licenciada en CC. Biológicas y ejerce como traductora científica *freelance* desde 1996. Ha traducido diversos libros de divulgación y la compilación de poesía incluida en *Mina Loy. Futurismo, Dadá, Surrealismo* (2016). Cuenta con varios premios literarios. Ha publicado la colección de microrrelatos *Te amo, destrúyeme* (2015), al que pertenece el microrrelato «Mensaje». Coedita con Begoña Loza la colección de relatos *La vida es un bar (Vallekas)* (2016), donde también participa como autora. Colabora en las revistas digitales *La Ignorancia* y *La Charca Literaria*.

Luisa Hurtado G.

Malo malo

Antes de interrogar a los sospechosos, intercambiaban los papeles. Él hacía de poli bueno y su compañero simulaba ser el poli malo.

Fue divertido hasta que las burdas imitaciones de su colega empezaron a cansarle.

Título: Sólo una vez

—Abre los ojos —y un golpe en la cara me incitó a obedecer.

Desde que me habían secuestrado, atado, amordazado y tapado los ojos, había entrado en un estado cercano al sueño, en una monotonía que no tenía fin pero que parecía que tenía horarios: los marcados por las palabras que llegaban a mis oídos. Come, ve al baño, hueles mal, bebe ahora, duerme, ahora no,...

—Abre los ojos —y me cruzó la cara de nuevo.

Mi mirada se posó entonces sobre el rostro que durante días se me había estado ocultando.

—Hola, guapo —dijo—. He pensado que te gustaría estar consciente, que me agradecerías poder vivir este momento tan importante en tu vida.

Aquello no me gustó. Los discursos nunca son una buena señal, nunca en mi trabajo.

—Vas a morir, amigo, pero... como sólo se muere una vez, no puedes perdértelo. ¿No crees?

La frase era buena y el compañero sabía representar su papel. Aunque ya la hubiese repetido muchas veces a lo largo de su vida, tuve que admitir que le ponía sentimiento. Un bonito detalle por su parte; siempre es mejor morir en manos de un profesional, porque si es realmente bueno puede que lo último que hagas en esta vida sea admirarlo.

Por otra parte, mi papel era bastante más simple. Sólo tenía que quedarme con las ganas de escupirle a la cara y darle una patada en los huevos.



Luisa Hurtado González. He publicado relatos y microrrelatos en varias antologías en papel: *La presión* y *Los meteoros* (AEMET), *PervertiDos* (Ed. Traspies) y *DeAntología, la logia del microrrelato* (Ed. Talentura) o en soporte digital: *Grandes Microrrelatos 2011* y *Destellos en el cristal (IM)*; *Eros Gourmet*, *Tratado de Grimminología y Triple Ceis (666)* (Triple C); así como en otros blogs: *miNatura*, *Periplo*, *Esfera Cultural*, *Químicamente impuro*. Soy autora y responsable de *Microrrelatos al por mayor*.

Mail: microsalpormayor@gmail.com

Roberto Jusmet C. (San Sebastián, 1938)

La checa

En la checa había dos torturadores. El uno torturaba con las uñas, el otro lo hacía con los dientes. «¡Qué horror!», balbuceó el preso. «Si vuelves a quejarte —amenazó el torturador— te pasaré a mi compañero. Es más contundente que yo». El preso falleció sin proferir lamento alguno.

El ladrón honrado

Ocurrió a primera hora de una mañana nublada de otoño, cuando todavía pasaba poca gente por la calle. Tras empujar violentamente la puerta, un hombre encapuchado entró en un establecimiento comercial y, amenazando con una pistola al dependiente, le gritó: «Dame el dinero o te mato». El dependiente, blanco como el papel blanco, vació sobre el mostrador todo el dinero que había en la caja. En un abrir y cerrar de ojos, el caco desapareció con el botín. Ya en su morada, el malhechor se cambió de ropa y, por la tarde, naturalmente ya sin capucha, volvió al establecimiento y compró varios objetos hasta completar el importe sustraído por la mañana. Aquella noche durmió de maravilla. Los objetos que compró, los compró con dinero legal, y el importe que sustrajo estaba ya, de nuevo, en poder de su propietario.



Roberto Jusmet nació en San Sebastián (España) en 1938, aunque siempre ha residido en Barcelona. Ejerció como Graduado Social hasta 2006, año en el que se jubiló. Ha publicado relatos en las revistas *Literata*, el *Noticiero Universal*, *Agricultura y Economía*, *Piedra y nido*. Además de, entre otras, en las antologías: *Narrativa social del Ateneo Libertario al Margen*, *Un cúmulo de circunstancias*, *Historias de la vida*, *Cada loco con su tema*, *La grieta*. También fue ganador del concurso E-POEMAS, de *La Vanguardia*.

Gloria de la Soledad López (Santa Cruz de Tenerife)

El párroco del pueblo

Al entrar en la sacristía, todo mi cuerpo se tensó. Jamás había contemplado una escena igual y por la cara de mis compañeros, no era el único. La recreación del horror era tal, que el asesino tuvo que disponer de mucho tiempo para culminar su macabra obra. Ropajes sagrados teñidos de sangre y colgados en las paredes, sillas dadas la vuelta y en cada una de sus patas, biblias y objetos de comunión... Sobre la mesa un cuerpo desnudo, en posición fetal, que invitaba a los presentes a retirar la mirada. Cerré los ojos y sacudí la cabeza, aquel asesinato en un pueblo de apenas diez habitantes se escapaba de mi entendimiento.

La prueba

Parada en mitad de la habitación, Ángela miró el reloj. Había revisado, una a una, las distintas escenas del crimen. La sangre de las puertas, el zapato en el pasillo, la silla rota del salón, el vestido rasgado... Comenzó a caminar en dirección al corredor, con intención de recoger las pruebas y un tenue sonido la sobresaltó. La puerta de un pequeño mueble comenzó a abrirse lentamente. Se tiró al suelo y sacó su arma, esperando lo peor, pero cuando vio la pequeña mano que empujaba la puerta, comprendió que no corría peligro. Se arrastró y lo abrió de par en par; al fondo, acurrucado, se encontraba un niño de apenas dos años, que con ojos atemorizados llamaba a su madre.



Gloria de la Soledad López Perera vive en Santa Cruz de Tenerife. Hace un año publicó su primera novela, *La Leva del Poder*. Fue finalista en la 1ª Antología de Relatos de Fusi3n Editorial y que próximamente verá la luz en forma de libro. También participa en una antología de poemas de poetisas canarias que en febrero se convertirá en un sueño, ya que los ingresos del libro, de carácter altruista, irán dirigidos a Aldeas Infantiles.

Ricardo Monasterio (Burgos, 1960)

El eterno sospechoso

El mayordomo presentó una queja formal contra los guionistas. Se negaba a trabajar en cualquier obra que tuviese la frase «el asesino es el mayordomo» en alguna parte del guión. Los acusados presentaron pruebas y testigos tratando de revertir la situación, pero el juez le concedió la razón al demandante.

Sin embargo, la astucia de los guionistas era tal que escribieron la obra sin recurrir a la bendita frase. Cuando tuvieron que sugerir un sospechoso, pidieron al lector que relejera las dos primeras palabras de este texto circular.

Doble pesquisa

Hay cuentos policiales donde desaparece el arma homicida. Un arma (cualquiera sea su tipo) puede desaparecer de infinitas maneras, todas verosímiles. En otros cuentos, quien desaparece es el asesino. Lógico, su huida es el motor que justifica la pesquisa. Todavía hay otros cuentos, en los cuales desaparece la víctima. No hay cuerpo del delito. Es previsible y motiva cualquier investigación.

Pero, ¿a quién se le ocurriría hacer desaparecer al investigador? ¿Por qué desaparecería? ¿Sería acaso la víctima? ¿Sería el asesino? Estas dos alternativas son las más interesantes, darían lugar a buscar un nuevo investigador. Si ahora, éste también desapareciera, la razón nos induciría a inclinarnos por la segunda opción.

No obstante, este razonamiento me alarma cada vez más: soy el segundo investigador y estoy a punto de descubrir la verdad...



Ricardo Monasterio nació en Burgos en 1960. Ha participado en diversas asociaciones culturales y literarias en su ciudad natal. Formó parte del colectivo *Atlantes* y participó en las revistas literarias burgalesas *Piderno de Poesía* y *Calamar*.

Victoria Obradors (Madrid)

Pelotes

Hasta hoy te has estado burlando de mi sin ningún disimulo. He aceptado todas tus chanzas sin reprocharte nada: los brazos abiertos que al apretarme fuerte contra tu suave cuerpo no me abrazaban, los ojos de mirada fría y la lengua parcialmente fuera.

Te he tratado mejor que a nadie, tantas horas pasadas juntos, casi todas a excepción del tiempo que estaba trabajando. Cuando regresaba de la dura jornada iba de inmediato a verte y no ocultabas el silencioso reproche por haberte quedado en casa. Nunca quisiste entender que no podía llevarte conmigo y no es que me avergonzase de nuestra relación, simplemente no soportaba que te estuviesen observando ahítos de deseo.

Estoy muy triste, me cuesta tanto prescindir de ti, aún así es inevitable, te he entregado lo mejor de mi y recibí migajas, solo migajas.

Cojo las tijeras y no te alteras, sigues impasible. ¡Necio!

Destrozo cada parte de ese cuerpo que me ha dominado para escapar de la maléfica atracción.

—¡Te odio! ¡Te amo! —grito mientras hundo la tijera una y otra vez en el laxo cuerpo.

Estás destrozado en el suelo, decido no quedar impune, tiro el ahora arma asesina. Saco el teléfono del bolsillo y, sin dudarlo, marco el número de la policía.

—Acabo de asesinar a mi gran amor y no voy a moverme de su lado, quiero que me detengan.

—Esté tranquilo, dígame las señas.

—El muerto tiene nombre, merece consideración, es mi osito de peluche Pelotes.



Victoria Obradors

10 libros terminados, 3 publicados. 52 colaboraciones como prologuista. 158 relatos publicados.

Ernesto Ortega G. (Calahorra, La Rioja, 1971)

Novela negra

Tal como había planificado, en el primer capítulo el protagonista comenzó a beber y a frecuentar los ambientes más sórdidos de la ciudad. Había muerto su mujer y estaba destrozado. Pero en el primer punto de giro, el argumento se me fue de las manos y en una pelea se cargó a un camello de poca monta. Lo que tenía que ser un texto introspectivo se fue convirtiendo en una novela negra y en la página 200 acumulaba ya 4 asesinatos. He colocado numerosas pruebas para que lo cojan y he puesto a toda la policía tras él, pero siempre va un paso por delante. He intentado que le remuerda la conciencia y se entregue; le he incitado al suicidio, pero siempre vuelve a matar. Ya no puedo controlarlo. Entre líneas he logrado leerle el pensamiento, al fin y al cabo nadie lo conoce como yo. Tiene razón. Esto debemos resolverlo cara a cara. Sentado delante del ordenador, acaricio la pistola mientras espero a que suene el timbre.

El profesional

Limpió la pistola y la cargó con una sola bala. Esta vez sería algo rápido. No dejaría pistas, ni testigos. Había cobrado por adelantado, como siempre, en una cuenta suiza. Era el mejor y lo sabían. Y por eso habían recurrido a él. Porque era el único que podía hacerlo. Porque nunca hacía preguntas. Porque nunca temblaba. Porque nunca dudaba. Esta vez tampoco. ¿O sí? Gozaba de un prestigio que no estaba dispuesto a arruinar con las estúpidas dudas que empezaban a acecharle. Los que le habían contratado lo sabían y por eso, precisamente, le habían contratado. Había recibido el encargo, como siempre, en un apartado de correos: un sobre con una foto y un nombre que ni siquiera necesitó leer. Era, ante todo, un profesional: el mejor. Así que cogió la pistola y se la llevó a la sien, aunque esta vez el pulso le tembló ligeramente.



Ernesto Ortega Garrido nació en Calahorra, La Rioja, cosecha del 71. Actualmente vive en Madrid donde trabaja como redactor publicitario. Ha publicado el libro de relatos *La dictadura del amor* (LCK15) y el libro de microrrelatos *Microenciclopedia ilustrada del amor y el desamor* (Talentura Libros). Mantiene el blog: <http://latoalladelboxeador.blogspot.com>

Óscar Palazón F. (Lleida, 1969)

Mata Hari es pía. Va a misa cada domingo, a ver si averigua algo interesante.

*

El sicario cometió un error de principiante y le detuvieron al día siguiente. ¿A quién se le ocurre tener un felpudo que decía «AHOGAR, DULCE AHOGAR» en la puerta de casa?



Óscar Palazón Ferré vive y trabaja en Tarragona. Ha publicado 5 libros (2 novelas y 3 poemarios) en catalán. Una de sus novelas, *El fotógrafo*, ha sido traducida al castellano.

Plácido Romero

La víctima decepcionada

A Adela López García le dispararon con un rifle. Tres días después, Belén Fernández Monje fue atropellada por un coche que se dio a la fuga. Un mes hubo que esperar hasta que se produjo el siguiente asesinato: Carmen Expósito del Moral fuera envenenada con ricina. Al día siguiente, Diana Grau Ferreira murió aplastada por un piano de cola; lo curioso es que el crimen sucedió en medio de un olivar. Dos semanas después, Elena Riaño Pasquau fue atacada por un pitbull. Cuando tres días más tarde Federica Aguirre Santos fue apuñalada, me dije: Ahora te toca a ti, Genoveva. Estuve durante días pensando en la forma en la que ocurriría. ¿Me caería por las escaleras? ¿Me dispararían con una ballesta? ¿Me atacarían abejas asesinas? ¿Me atragantaría con un vaso de cerveza? Cuando leí que Guiomar Betancur Sánchez había muerto como consecuencia de una fiebre tropical, me sentí profundamente decepcionada. De nuevo me tocaba esperar a que el Asesino del Alfabeto empezara otra rotación.

La pistola

En el primer capítulo, el escritor hizo una descripción del despacho del protagonista. Dominaba habitación un gran escritorio. Había una pistola escondida en el fondo del último cajón. En el segundo capítulo, el protagonista era abandonado por su mujer. El escritor no dejaba de pensar en la pistola. ¿Por qué estaba allí? En el quinto capítulo, el protagonista sufría un accidente y era hospitalizado. En el séptimo capítulo, se casaba con la enfermera que le había cuidado. El escritor seguía obsesionado con la pistola. ¿Qué hacer con ella? Cuando estaba escribiendo el capítulo once, no aguantó más: el escritor sacó la pistola del cajón y se descerrajó un tiro en la cabeza.



Plácido Romero. Ha ganado el IV Certamen de Microrrelatos *La Risa de Bilbao* (2013), el IV Concurso de Microrrelatos *La Calle de Todos* (2014) y el II Concurso *Ávila Me Mata* (2015). Ha publicado relatos en los periódicos *Ideal* y *La Razón*. Algunos cuentos suyos han sido leídos en los programas *La Rosa de los Vientos*, de Onda Cero y *El Público*, de Canal Sur.

Elmer Ruddenskjrik (Gijón, 1982)

Revólver

—Novato, espera aquí, ¿vale?

—Vale.

—¡Eh! Oye, no me jodas —el sargento se inclinó hacia él, desde el lado del acompañante, levantándose la visera de la gorra impermeable para clavarle una vez más la mirada—. ¡Estoy ya hasta los cojones de tus *vale!* Llevamos juntos dos días y no haces más que el idiota. ¡Compórtate o te voy a hacer la puta vida imposible! Última oportunidad, novato.

—Vale.

El sargento inclinó la cabeza y se le quedó mirando de reojo. Tras un largo suspiro, salió del coche.

Pasaron varios minutos en los que el novato se quedó escuchando el sonido de la lluvia. Pero al final, salió y se dirigió hasta la puerta de la vivienda, sacando su revólver viejo pero sin estrenar de la funda. Disparó contra la cerradura y entró en tromba. Oyó a una mujer gritando, como estaba previsto. Nunca había entrado a la casa, pero la conocía bien. Se apostó con el arma en alto, cubriéndose en una oportuna esquina del recibidor. Su sargento salió de la cocina, al otro extremo del pasillo, con su propio revólver desenfundado. El novato disparó. Un tiro perfecto, directo a la frente. Muerto.

Tras dirigirse al coche para hacer el paripé por radio y pedir una ambulancia, el novato hizo una llamada con un móvil de un sólo uso.

—Está hecho. Su mujer ha colaborado, sí. El sargento Dolan ha muerto en una desgraciada confusión, en su propio domicilio, en horas de servicio.

Trascendental

inspirado en una idea de María Larralde

—¡Vamos, hombre, no me jodas!

Aquello había sido lo único que había dicho el médico forense, al descubrir el cadáver que le habían llevado aquella madrugada. Horas

después, el detective de homicidios, que no lo tenía nada claro, se pasó por allí.

—Bueno, ¿qué hay con este? —entró diciendo—. ¿Le han asesinado o qué mierda le ha pasado?

—Hablando de mierda, precisamente —le contestó enseguida el forense—. Verá, detective, yo conocía a este hombre. ¿Qué casualidad, no?

—Sí, mucha, ¿y eso qué?

—Hace unas semanas, este hombre, yo mismo y unos colegas en común, divagábamos acerca de toda clase de cosas, tomando algo, en mi misma casa.

—Bueno, ¿y qué? —insistía el detective.

—La conversación derivó en una acalorada discusión entre él y yo. Al final acabé insistiéndole en que el mero acto de tener que cagar era más transcendental que cualquier cuestión que su especialidad, la filosofía, pudiera plantearse y fingir en resolver.

—¿Y?

—Aquí le tenemos, con el esfínter sellado con súper pegamento y todas sus heces esparcidas por su interior, envolviendo todos los órganos tras rezumar del intestino reventado. Por eso el torso hinchado y el extraño color de su piel: una sepsis general. Supongo que intentaba demostrarse a sí mismo lo equivocado que estaba yo.

—Joder, menudo loco —negó el detective con la cabeza.

—Era un filósofo —repuso el doctor, con una media sonrisa—: ¿sabe de alguno que no esté lleno de mierda?



Elmer Ruddenskjrik. Escribo el tipo de textos que me gustaría leer. Y no hay nada más que decir al respecto. Soy de Gijón, una ciudad del norte de España, trabajo en lo que puedo cuando me apetece y tengo 34 años (nacido el 24 de octubre de 1982).

Samuel «Cuervo» San José (Valladolid,1986)

Salió de la casa empujando a dos agentes que le miraron sin comprender. Apoyó la espalda contra la fachada. Era consciente de que híper ventilaba. Resbaló hasta sentarse en el suelo. Sacó el paquete de cigarrillos que acababa de comprar del bolsillo de su gabardina y luchó contra el precinto de plástico. Con manos temblorosas se llevó uno a los labios. Encontró las cerillas que le habían regalado en el estanco. Le fallaba tanto el pulso que rompió seis cerillas antes de rendirse. Su compañero llegó hasta donde estaba y le dio fuego con un viejo cippo. A la primera calada el temblor de sus manos se fue. A la segunda su respiración recobró un ritmo normal. A la tercera ya pensaba con claridad.

Besteiros giró el Cippo entre los dedos. Se lo regaló su primer compañero cuando se retiró, junto a un consejo: «Un buen poli no olvida ni su primer cigarro ni su primer fiambre». Besteiros lo tenía fácil. Habían llegado a la vez.



Samuel «Cuervo» San José. Periodista y escritor; es especialista en ficción interactiva y propenso a la fantasía y el noir. Ha publicado un librojuego para adultos (*Tiempo para la Verdad*, Suseya ed., 2014) y aparece en varias antologías de poesía, relato corto y cuento infantil. Recita con el colectivo Perversos en la ciudad del Pisuerga y a veces lo intenta con monólogos.

Atilano Sevillano (Argusino de Sagayo, Zamora, 1954)

Sin conexión aparente

—Bueno, como le iba diciendo, señor inspector, durante el curso escolar, al menos, ocupaba la mente con las clases y con las correcciones de múltiples exámenes, amén de algunas que otras extravagantes redacciones escolares. Pero el verano es terrible, el hecho de presenciar el paso lento de las horas.

—Por favor, cíñase a los hechos.

—Después de cenar salí de casa, antes de que se me cayera encima. Como le decía... salí de casa y me puse a caminar sin rumbo fijo. Era ya de noche, pero una noche iluminada por una luna llena, cuando habiendo ya dejado las últimas casas, en un descampado, escuché un grito e instintivamente miré el reloj. Eran la once y media. Agudicé el oído y resultó que era un grito de mujer. Me dirigí hacia donde me parecía que provenía, allí un poco más allá, entre los arbustos. De improviso sucedió lo inesperado. Una fantasmagórica sombra echó a correr en dirección contraria a mí y un coche arrancó violentamente. Aunque, paralizado, no sé cómo pude ir acercándome más y más. Encendí el móvil y comprobé con estupor y terror que se trataba de una mujer y que yacía sobre un charco de sangre.

—¿Se da usted cuenta de que es el único testigo y, por el momento el único sospechoso...?

—¿Pero... en qué se basa? —contesté sorprendido.

—En su absurda forma de presentarse aquí, con los labios aún manchados de carmín rojo.

Epitafio

Il capo de tutti capi, Giuseppe Morello, sintiéndose acorralado por la familia rival de Slavatore Riina y sin posibilidad de zafarse se decidió a convocar un concurso internacional de epitafios. A tal efecto creó con sus lugartenientes la comisión evaluadora. Resultó que nadie

fue acreedor del galardón, ya por falta de talento, ya por carecer de la cualidad de hiperbreves. A la postre tomo la decisión de que entre sus lugartenientes quien sacará la carta más alta tendría el honor de pasar a la posterioridad. Uno a uno los fue eliminando por incompetentes. A la postre, no tuvo más remedio que descerrajarse un tiro en la boca. En su lápida figura la leyenda: «Aquí yace un hombre de principios». Algunos lo consideran el mejor microrrelato, muchos otros opinan que seis palabras siguen siendo demasiadas.



Atilano Sevillano. Dr. en Filología Hispánica, Lcdo. en Teoría de la literatura y Literatura comparada, poeta y narrador. Reside en Valladolid (España). Autor de los poemarios (1999) *Presencia indebida*, Devenir, Madrid y (2008) *Hojas volanderas-Haikus*, Celya, Salamanca. Ha publicado los libros de microrrelatos: (2010) *De los derroteros de la palabra*, Celya, Salamanca y (2015) *Lady Ofelia y otros microrrelatos*, Amarante, Salamanca. Cultiva la poesía visual y colabora en diversas revistas literarias españolas e hispanoamericanas.

Helio Thorkell (Mieres, Asturias, 1950)

Microrrelato antipolicial

Bien. Veré cómo termina esta historia que todavía no comienza. Haré que el mayordomo sea inocente y, en lo posible, que el muerto resucite.

Indicaciones necesarias

Despiérteme a las 8, por favor, salvo que no esté dormido.

Si así fuese, sírvame un café, a no ser que haya abandonado la habitación.

En ese caso, antes de llamar a la policía, pregunte en la morgue si ingresó algún muerto con cara de vivo pidiendo un café.

Muchas gracias.



Helio Thorkell. Nací en Oslo, Noruega, en 1950. Soy músico, publicista, profesor de Historia y de Lenguas Latinas. Publiqué el ensayo *Los celtas de Oviedo y Gijón*. En los años 70 me radiqué en Mieres, Asturias. Mi pasión son los viajes. Edito una revista de turismo y preparo un libro sobre vinos. A instancias de Rogelio Ramos Signes y de Julio Estefan publiqué un microrrelato en la antología *Cuaderno Laprida* (2016). A partir de entonces me entusiasmé con el género.

Juan Yanes (Tenerife, 1947)

El detective nomotético

En un alarde casi axiomático de capacidad deductiva, el detective nomotético supo que el panadero era el autor del crimen. Lo había pescado con las manos en la masa.

El sicario escrupuloso

Es muy estricto en su trabajo, a todas sus víctimas las manda, después de su ejecución, al taxidermista.



Juan Yanes. Escritor y fotógrafo español. Mantiene el blog *Máquina de coser palabras*. Sus fotografías y textos se pueden apreciar en *El oscuro borde de la luz* I, II y III. Compiló la antología de hiperbreves *Cuentos de amor y desamor*. Fue publicada en *Máquina de coser palabras* y en *Letras de Chile* en 2013; hasta el día de hoy es una de las noticias más leídas.



Estados Unidos

Compiladora: Melanie Márquez Adams

María del Pilar Clemente Briones

Devotion

Camila and her boyfriend went in through a window. They knew the disabled widow's routine. She read the Bible and listened to waltzes from Lima. *Doña Amparo* kept valuable jewelry from the times when she and her husband were a «top couple» in Perú. When they moved to Richmond, Virginia, a disease disabled her. Instead of supporting her, the man indulged himself with lovers. Camila's boyfriend took out a revolver and got into the bedroom. A shot rang and the man fell down. *Doña Amparo* pointed a gun at Camila: «Now, evil girl, you will know how my husband died».

Devoción

Camila y su novio ingresaron por la ventana. Conocían la rutina de la viuda inválida. Leía la biblia y escuchaba vales limeños. Doña Amparo guardaba las joyas que usaba cuando ella y su marido brillaban en la alta sociedad peruana. Todo acabó cuando se mudaron a Richmond, Virginia. Una enfermedad la postró y su marido dilapidó la fortuna en amantes. El joven sacó un revólver y abrió la puerta. Un disparo resonó y cayó al piso. La anciana apuntó a Camila: «Pecadora, ahora sabrás cómo murió mi esposo».

Crows

He hated crows. In Guatemala he had never seen such nasty birds. He arrived to a good looking farm. Perhaps, the job was as good as the ad said. He was tired of occasional jobs, occasional lovers and occasional food. From the barn came a strong man. His clothes stank, but the worst was the ax that he carried. The man asked him if he came for the job. «Oh, *sorry Míster*. I'm in the wrong place». He

turned on the engine, but it didn't work. The noise of the ax and the screams made the crows fly away.

Cuervos

¡Odiaba los cuervos! En Guatemala no había visto aves tan antipáticas. Llegó a una granja muy bien cuidada. Quizás el trabajo era tan bueno como decía aviso. Estaba cansado de empleos ocasionales, amores ocasionales y comida ocasional. Desde el granero apareció un hombre fornido. Vestía ropa pestilente, aunque lo peor era el hacha que cargaba. Le preguntó si venía por el empleo. «Oh, *sorry*, *Míster*... estoy equivocado». El motor no funcionó. Los gritos y el hachazo hicieron volar a los cuervos.



María del Pilar Clemente Briones es periodista y máster en Comunicación Política de la Universidad de Chile. Ha publicado los libros *Pérsenal Estéreo y los Gusano Stars* (Editorial Universitaria, 1987) y *Tropa Urbana* (Norma, 2007). Desde el 2008 reside en Richmond, Virginia, donde ha colaborado en el diario *Richmond Times Dispatch* y uno de sus relatos acaba de ser publicado en la antología *Al Norte de la Cordillera: Antología de voces andinas en los Estados Unidos* (SonicerJ.com).

Hemil García Linares

How have you been?

Captain Reynoso lit his cigarette and the office's twilight was scarcely ignited by the lighter. He inhaled the smoke with energy as if it were oxygen and his life depended on it; the cigarette's puffs turned into little rings that traveled like a spiral until they crashed against the ceiling.

He looked at the phone because he knew he would call. There are people who are prompt and keep their word; Reynoso was also one of those beings and would never evade a meeting. The building was empty and even cadet Vargas, the young officer who occasionally would tell him to have a beer at the next-door bar, had left. «Not tonight, Cadet Vargas», Reynoso told him.

Taking advantage of the quietness, he grabbed a beer from the refrigerator after digging in a brown paper bag. He uncorked the beer and the icy barley brushed his throat cooling it down. The phone rang at 8:00 p.m. as said in a text message. Reynoso plunged his cigarette on the ashtray and looked at newspaper's headline on the desk: Hitman Nero, freed by a corrupt judge, would have fled the country.

Nero has not fled. A predator does not run away, he just hides to stalk his prey, to attack him at night and keep his word, «Captain Reynoso, when I get out I'll look for you and kill you» And Reynoso, «I'll wait for you».

«Captain Reynoso. How've you been? »

«Never been better, Nero. What can I do for you?»

¿Cómo ha estado?

El capitán Reynoso prendió su cigarrillo y la penumbra de la oficina se vio tibiamente iluminada por el encendedor. Inhaló el humo con energía como si fuera oxígeno y su vida dependiera de ello; las bocanadas del cigarrillo convertidas en anillitos viajaron en forma de espiral hasta estrellarse contra el techo.

Miró el teléfono porque sabía que lo llamaría. Hay personas que son puntuales y cumplen su palabra; Reynoso también era uno de esos seres y nunca rehuía a una cita. El edificio estaba vacío e incluso el cadete Vargas, el joven oficial que de cuando vez le decía para tomar una cerveza en el bar contigo, se había marchado. «No esta noche, cadete Vargas», le dijo Reynoso.

Aprovechando la quietud, sacó una cerveza de la nevera tras hurgar en una bolsa papel marrón. Destapó la cerveza y el helado de la cebada rozó su garganta refrescándola. el teléfono sonó a las 8:00 p.m. cual lo anunciado en un mensaje de texto. Reynoso hundió el cigarrillo en el cenicero y miró el titular del periódico sobre el escritorio: Sicario «Nerón» liberado por juez corrupto habría huido del país.

«Nerón» no ha huido. Un depredador no huye, solo se esconde para acechar a su presa, atacarla de noche y cumplir su palabra: «Capitán Reynoso, cuando salga libre lo buscaré para matarlo». Y Reynoso: «Aquí los espero».

—Capitán Reynoso, ¿cómo ha estado?

—Nunca en mi vida me he sentido mejor, «Nerón» ¿En qué puedo servirle?



Hemil García Linares (Perú, 1971) es magíster en español por la universidad George Mason en donde es instructor de español. Publicó *Cuentos del norte, historias del sur*, las novelas *Sesenta días para abandonar el país* y *Aquiles en los Andes*, y las antologías *Raíces latinas* y *Exiliados*. Ha publicado en Canadá, Estados Unidos, México, Argentina, Perú, Francia, España y Dinamarca. El 2010 obtuvo el primer puesto en el International Latino Book Awards.

Patrice Hanke Perla

The next hostage

Recess time! All the girls rushed out of the classroom in the explosive haste that only seven year olds have to play. Miss Cecilia stopped them at the door saying, «You are staying here for recess! A prisoner from *Lurigancho* escaped and he is right outside!».

All the girls listened, except Ana. She was absorbed in her childish thoughts. She was peeling a hardboiled egg while singing Hallelujah. The teacher left to warn other students.

Ana walked to the door. The girls were looking at her in an astonished silence. When she went out to the patio she noticed the emptiness. She discovered an ugly, short man, pulling a girl to the end of the patio. He was climbing the walls trying to escape. Suddenly a policeman came up wearing his roach-green uniform, carrying his baton. Seeing the baton being used to chastise him, the poor hostage felt the collateral impact of the hits in her silent expression of pain and impotence.

Ana stopped chewing the hardboiled egg, taking in the impressive scene. As the criminal was arrested he fixed his gaze on Ana as if he was claiming his revenge. That evening, Ana stared at her walls in confusion. She saw the same ugly short man carrying the same baton, climbing the wall, coming back for her to be the next hostage. The criminal was approaching her but the vision disappeared far, far away as the alarm clock on her night table went off.

La próxima rehén

¡Hora de recreo! Las niñas estaban a punto de salir del aula con el explosivo ajeteo que tienen las siete añeras para jugar. La Miss Cecilia arremetió a la puerta. No las dejó salir, diciendo: «se quedan adentro, ¡un ladrón se fugó de Lurigancho metiéndose por los muros al colegio!» Todas escucharon excepto Ana, absorbida en sus

pensamientos infantiles, pelando un huevo duro, cantando Aleluya. La maestra se fue a seguir avisando.

Ana caminó hacia la puerta, mientras todas miraban con asombro en un atónito silencio, al salir notó que el patio estaba vacío, cuando vio un hombre feo y retaco jalar a una niña hacia el final del patio a punto de trepar esas mismas paredes, pero ahora para escapar. De pronto apareció un policía vestido de color verde cucaracha portando su macana, viéndola elevarse para bajar y castigar al delincuente siendo reducido, a la vez que la pobre rehén recibía colateralmente los impactos del golpe en un enmudecido gesto de dolor e impotencia.

Ana dejó de masticar su huevo duro impresionada por la escena. Después de ser aprehendido, el criminal clavó su mirada en Ana como clamando venganza. Esa tarde de aturdimiento Ana miraba los muros de su casa para ver trepar al mismo retaco con la misma mirada portando la misma macana. Ana asumió que había regresado por ella, sería la próxima rehén. El tipo se le venía acercando, pero la visión se esfumó lejos, muy lejos cuando sonó el despertador de su mesa de noche.

Behind the fallen oak

«Where are you, bitch?», the stinky, long haired, toothless homeless screamed. Meanwhile Melania was running between the naked branches of the autumnal forest, stepping on the yellowed-browened crunchy leaves, moaning and breathing fear, trying to escape, camouflaging herself. The false beggar had pulled out a knife at her and dragged her to the darkest and emptiest side behind the parking lot, when she was distracted trying to find a coin in her purse to help out the supposed indigent man.

Melania stopped, she couldn't keep running away. She had two choices: to die or to fight. She chose the second one. She grabbed a huge stone and hid behind the fallen oak when the insane man thirsty for blood was following her. Suddenly she saw him approaching and passed by without noticing her presence, showing her his vulnerable back. Melania bravely casted the stone hitting brutally his disgusting skull. Her predator fell. Melania saw him unconscious on the floor,

she took away his dirty, rusted and dull knife and stabbed him ten, twenty, fifty times in his belly, chest, face even testicles, as a revenge for each restless soul that was found, for each woman buried among the dirt and foliage of empty areas, stabbed to death.

One hour later the dark forest was full of lights. The police arrived and Melania was arrested, accused of murdering an indigent man, retained until the case could be cleared out. Damned beggar, damned police, damned justice, they created a murderess.

Detrás del cedro caído

«¿Dónde estás, puta?», gritaba el maloliente, greñado, desdentado forastero, falso mendigo, mientras que Melania se escabullía entre las ramas desnudas del bosque otoñal pisando las crujientes hojas marrones y amarillas, exhalando gemidos de pavor, tratando de desaparecer, camuflándose al fondo de la pradera. El maldito le había empuñado un cuchillo y arrastrado hasta ese lado oscuro y vacío detrás del estacionamiento, cuando ella distraída rebuscaba en su cartera alguna moneda para el supuesto indigente.

Melania se detuvo, no podía seguir huyendo. Tenía dos opciones: morir o pelear. Decidió lo segundo, agarró una inmensa piedra y se escondió detrás del grueso tronco de un cedro caído, mientras que el demente sediento de sangre le seguía los pasos. De pronto lo vio aproximarse y caminar sin percatarse por su frente dándole la vulnerable espalda. Melania se armó de valor y le arrojó la piedra dándole bruscamente en su asqueroso cráneo, su depredador cayó abatido. Melania al verlo inmóvil e inconsciente le arrebató el cuchillo, sucio, opaco, oxidado, lo levantó y se lo clavó diez, veinte, cincuenta veces en el vientre, pecho, rostro y hasta testículos, para cobrarle cada una de las almas sin descanso que fueron encontradas, de esas mujeres enterradas clandestinamente entre el barro y el follaje de lugares despoblados, apuñaladas hasta morir.

Una hora después, el oscuro bosque se llenó de luces. La policía había llegado. Melania fue arrestada por haber asesinado un vagabundo, retenida hasta que se esclareciera el caso. Maldito mendigo, maldita policía, maldita justicia. Crearon una asesina.



Patrice Hanke Perla nació en Lima-Perú. Ya escribía poesía a los 13 años, a los 16 ganó un concurso literario convocado por la Embajada de España. En 1997 se graduó de la Universidad Ricardo Palma como traductora intérprete, emigrando meses después a los Estados Unidos. Después de 20 años retomó la escritura, siendo ya publicada y haciéndose reconocida en la comunidad hispana de los Estados Unidos.

Melanie Márquez Adams

Witness

«Are you sure that's what you saw?»

Grimaldi sniffs the environment, a sailor looking out for turbulent waters. Sensing a prowler, the detective finds at his feet the scrawny cat yearning to lick a dark puddle spreading on the sidewalk. A soft kick is enough to scare him away.

Through the smoke rings coming out of his cigarette, the detective's eyes magnify the decay of the building. He calls into question the story of thirty-eight people, all inhabitants of the sad edifice, blatantly ignoring the screams of the victim.

«That's exactly what happened», the puny man insists. His fingers rub excitedly against each other, greedy maggots fighting over carrion. «They looked like sinister puppets, hiding behind the curtains. All of them heard that poor woman plead for her life. One by one, they turned off their lights and went back to bed. Just like that».

«So much indifference», says Grimaldi. «It seems unconceivable. This is the middle of Queens. We are in New York, for God's sake!»

«Believe me, detective. For an hour I watched her velvety eyes melt away, broken by pain and indifference».

«Aha... Tell me, if you were so close to the victim, why didn't you do anything?»

A cold draft whispers the answer. Without breathing, Grimaldi opens his raincoat, reaching for his gun. Like timid fireflies, the windows come back to life. Sparkles vibrating to the thunder beneath them. Before the night devours them all, thirty-eight witnesses will deny everything. All over again.

Testigo

—¿Está seguro de lo que vio?

Grimaldi husmea el ambiente como un capitán atento al mar agitado. Percibiendo al acechador, descubre a sus pies un gato escuálido, ansioso por lamer el charco oscuro que brilla sobre la calzada. Un suave puntapié basta para ahuyentarlo.

A través del humo del cigarrillo, los ojos del detective magnifican la decadencia del edificio. Pone en duda la historia de que treinta y ocho personas, todas habitantes de aquellos raídos bloques de concreto, ignoraran sin reparo los gritos de la víctima.

—Así fue —contesta la miniatura de hombre que tiene al frente. Sus dedos frotan, unos contra otros, ávidos gusanos peleándose la carroña—. Parecían títeres siniestros, escondidos detrás de las cortinas. Todos oyeron a aquella pobre mujer suplicar por su vida. Pero una a una las ventanas se apagaron, así sin más.

—Tanta indolencia... —dice Grimaldi— es inconcebible. Estamos en el medio de Queens. ¡Estamos en Nueva York por Dios!

—¡Créame, detective! Durante una hora vi sus ojos de terciopelo derretirse, rotos por el dolor y la indiferencia.

—Ajá... Dígame, si estaba tan cerca de la víctima, ¿por qué no hizo nada?

Una corriente helada susurra la respuesta. Abriendo la gabardina sin respirar, Grimaldi lleva la mano hasta su pistola. Como tímidas luciérnagas, las ventanas cobran vida. Destellos vibrando al son de los truenos. Antes de que la noche termine de engullirlos, treinta y ocho testigos volverán a negarlo todo.



Melanie Márquez Adams creció en la costa ecuatoriana. Su obra ha sido antologada en *Narrativa de autores sudamericanos* (Chicago, 2017), *Latinoamérica en breve* (México, 2016), *Poets in the Anzaldúan Borderlands* (San Francisco, 2016), *Todos contamos* (Miami, 2016), entre otros. Sus relatos y crónicas han aparecido en diversos medios impresos y digitales. Melanie reside actualmente en la región sureña de los Montes Apalaches y es profesora de español en East Tennessee State University.

Luis Mora

The English class

Holy Virgin of Guadalupe! I can't believe that when I returned to the high school where I worked as an English teacher in Los Angeles, I ran into several police patrols outside and police inside and others diverting the traffic in the street so that no one would go through. There were also several TV cameras and even neighbors watching the show! I asked a neighbor what was going on, he said he did not know anything, I approached a policeman and he told me that a terrible crime had been committed. That morning I was not at work because I had an appointment with the doctor and had asked for a substitute to cover my English class. At that moment I thought about my poor students who are so good because they are always very proud of being Mexican. I only had to pray to my Virgin of Guadalupe to take care of them. After an hour they let out some teachers, among them the French teacher who is the biggest gossip. I asked her what had happened and she told me that the students in my English class were speaking Spanish all the time and they were apparently not willing to be silent and the substitute, to shut them up, shouted «Trump is going to deport your parents!». My students became so angry that they hit him with chairs until they killed him. Miraculously, my Virgin of Guadalupe listened to me and my students are well.

La clase de inglés

¡Virgen Santa de Guadalupe! No puedo creer que cuando regresé a la preparatoria donde trabajo como maestra de inglés en Los Ángeles, me encontré con varias patrullas de policía afuera y policías adentro y otros desviando el tránsito en la calle para que no pasara nadie. ¡También había varias cámaras de televisión y hasta vecinos mirando el espectáculo! Le pregunté a un vecino qué pasaba, me dijo que no sabía nada, me acerqué a un policía y me comentó que se había cometido un terrible crimen. Esa mañana yo no estaba en la preparatoria porque tenía cita con el doctor y había pedido un

substituto para que cubriera mi clase de inglés. En ese momento pensé en mis pobrecitos estudiantes que son tan buenos porque siempre están muy orgullosos de ser mexicanos. Sólo me quedaba rezarle a mi virgen de Guadalupe para que me los cuidara. Después de una hora dejaron salir a unos maestros, entre ellos a la maestra de francés que es la más chismosa de la preparatoria. Me acerqué a ella y le pregunté qué había ocurrido y me contó que los estudiantes de mi clase de inglés estaban hablando en español todo el tiempo y no se callaban por nada y el sustituto para callarlos les gritó «¡Trump va a deportar a sus padres!». Mis estudiantes se enfurecieron tanto que lo agarraron a sillazos hasta matarlo. Milagrosamente mi Virgen de Guadalupe me escuchó y mis estudiantes están bien.

The child-killer

Reality overcomes fiction

In my literature class, students never want to work with the student Pedro Gonzalez because he has the face of a «child-killer», but he suffers from Asperger's syndrome and is not even capable of killing a fly. What worries me the most is that the dean of the university warned me severely that I have to publish and improve student assessments or I will lose my job as a professor. Fortunately, a friend from another university recommended that I send a short story to a call for an anthology of micro-stories for a digital magazine. For this reason, I wrote a fiction story about a dangerous serial killer called «The child-killer» and gave it to my students as an assignment. They were to discuss it in class, but no one read it. For this reason, I commissioned in pairs another complicated research project. On this occasion again nobody wanted to work with Pedro González, so he asked me to grant him extra credit to pass this course. I offered him the opportunity to earn extra credit if he did an exceptional job. Today I did not attend university because I started writing this short story for the anthology and also due to the incident, seen on T.V., when Pedro Gonzalez entered the university armed and shooting all to death. In the end the police arrived and they managed to kill Pedro through multiple gunshots to the head.

El matachicos

La realidad supera la ficción

En mi clase de literatura, los estudiantes nunca quieren trabajar con el alumno Pedro González porque tiene cara de matachicos, pero él sufre de síndrome de Asperger y ni siquiera es capaz de matar una mosca. Lo que me preocupa más es que el decano de la universidad me advirtió severamente que tengo que publicar y mejorar las evaluaciones de los estudiantes sino perderé mi empleo como profesor. Afortunadamente una amiga profesora de otra universidad me recomendó que enviara un relato a una convocatoria de una antología de microrrelatos para una revista digital. Por este motivo, escribí un cuento de ficción sobre un peligroso asesino serial llamado «El matachicos» y se lo di a mis estudiantes como tarea para discutirlo en clase, pero nadie lo leyó. Por esta razón, de proyecto final les encargué en parejas otra investigación bastante complicada. En esta ocasión otra vez nadie quiso trabajar con Pedro González, por eso él me pidió que le concediera crédito extra para pasar este curso. Le ofrecí la oportunidad de realizar un trabajo muy especial. Hoy no asistí a la universidad porque empecé a escribir este microrrelato para la antología y por estar viendo por televisión como Pedro González entró a la universidad armado, ejecutando a todos los estudiantes y profesores. Al final la policía llegó y lo asesinaron de varios tiros en la cabeza.



Luis Mora es originario de la frontera México-Estados Unidos, cursó sus estudios de comunicación, literatura de español, una maestría de creación literaria y una certificación en educación en la Universidad de Texas-El Paso. Tiene su doctorado en literatura latinoamericana y peninsular de Florida State University. Actualmente trabaja como profesor de español en Georgia Gwinnett College. Ha publicado el libro de poemas *El arte de colgar los tenis* y el libro *Cuentos antes del anochecer*.

Naida Saavedra

Heels

He found a high-heeled shoe along the shore. He turned his head and realized that no one was with him. He fixed his badge and put away the gun. He had a flashback: he saw the other heel going down the river. He tried to remember why he was there and was not lucky. When he started to walk away he thought of telling Manuela that he had seen a pair of shoes just like hers in a place outside this world.

Tacones

A orillas del río encontró un zapato de tacón. Volteó la cabeza y observó que nadie lo acompañaba. Se compuso la chapa en el uniforme y envainó la pistola. Una ráfaga de memoria le pasó por la mente: vio como el otro tacón descendía por la corriente. Trató de recordar por qué estaba allí y no lo logró. Se fue pensando en decirle a Manuela que había visto unos zapatos iguales a los suyos en un lugar fuera de este mundo.

Patience

He took four steps and stopped. That was what he had been taught at the academy. He should walk slowly, without making a sound. It was necessary to stop, take a deep breath, and then approach the target. He heard the voices coming from the kitchen. With his mind made up, he lifted his left foot off the floor and lowered it almost instantly. He thought the right foot would be better. After a few seconds he concluded that it was better to start walking with his middle foot.

Paciencia

Dio cuatro pasos y se detuvo. Eso era lo que le habían enseñado en la academia. Había que andar pausadamente, sin hacer ruido. Había que detenerse, respirar profundo y luego aproximarse al objetivo. Oyó las voces que venían de la cocina. Ya decidido levantó el pie izquierdo del piso y volvió a bajarlo casi instantáneamente. Pensó que el pie derecho sería mejor. Luego de unos segundos concluyó que mejor era comenzar a caminar con el pie del medio.



Naida Saavedra (Venezuela, 1979) obtuvo con *Vos no viste que no lloré por vos* el premio Historias de Barrio Adentro 2009 de la editorial El Perro y la Rana. Ha publicado los libros *Hábitat*, *Última inocencia*, *En esta tierra maldita* (2013) y *Vestier y otras miserias* (2015). Saavedra posee un PhD en Literatura Latinoamericana y sus temas de interés incluyen el desarraigo y la posmodernidad. Actualmente reside en Estados Unidos, donde es investigadora y docente de Worcester State University.



México

Compilador: José Manuel Ortiz Soto

Cástulo Aceves

Sonrisa

El payaso detective se propone encontrar al asesino del mago. Interroga al malabarista hasta convencerse que no tiene nada entre manos. La mujer barbuda es también fatal, mediante sus habilidades seductivas lo convence de que es inocente. Arroja más de diez veces al trapecista hacia el vacío sin lograr que confiese ante la tortura. Los demás payasos aseguran haber estado en el mismo auto compacto esa noche, logrando así su coartada. Uno a uno va descartando a los habitantes de esa carpa. Al regresar a la escena del crimen, el mago, de pie e ileso, lo observa expectante. El investigador lo mira confuso. ¿Aún no lo resuelve?, exclama histriónico aquel hombre, ¡nunca habrá mejor acto que un crimen perfecto! Del sombrero saca una pistola, el disparo es preciso. La única pista para resolver el nuevo crimen es una indeleble sonrisa.



Cástulo Aceves. Guadalajara, Jalisco. 1980. Autor de *Acteon* (Ed. Paraíso Perdido, 2013), *Las Instancias del Vértigo* (CECA Jalisco, Mar. 2013), *Los nombres del juego* (Ed. Paraíso Perdido, 2006) y *Puro Artificio* (Ed. Humo, 2004). 1er lugar en el concurso estatal de cuento “Adalberto Navarro Sánchez” (2004). Cuentos suyos han sido traducidos al inglés e italiano.

Sergio Astorga

Delación

Su paso criminal lo delató, no su mirada.

Niño Envuelto

Encerrado de noche y mañana, el niño se escondió entre las sábanas.

Cuando lo encontraron sus ojos se habituaron a la eterna oscuridad.



Sergio Astorga. Soy de México, de su ciudad. Actualmente radico en Porto, Portugal. He sido artista independiente. Estudié Licenciatura en Comunicación Gráfica en la Escuela Nacional de Artes Plásticas (Antigua Academia de San Carlos UNAM) y Letras Hispánicas, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. He publicado en suplementos culturales y en revistas, tanto textos como dibujos. Soy editor de la Revista *Brevilla*, junto a Patricia Nasello y Lilian Elphick.

Gestiono blogs: [Antojos](#) y [Conversa en el balcão del Abarrote](#) .

Agustín Cadena

El Asalto

Salió corriendo con la pistola en alto y el sonido de la alarma ladrándole detrás como un perro. En la calle, la banqueta comenzó a hundirse en cada sitio donde él pisaba. Un viejo se atravesó en su camino y él tuvo que dispararle. Saltó por encima de la cara muerta y siguió corriendo...

—¡Abuelita! —el niño despertó con sus propios gritos y le pidió a la mujer que dormía a su lado que encendiera la luz.

—Soñé que era un hombre malo: un ladrón.

Ella se levantó a encender la luz, volvió a la cama y trató de consolar a su nieto. Le acarició los cabellos hasta que lo sintió dormido.

El viejo dejó de pensar en el aumento a las tasas de interés, en la boda ya cercana del último hijo soltero, en sus lentes, que esperaba cambiar para el día de la fiesta. Miró su imagen en el cristal de una tabaquería y se acomodó el sombrero. Por un segundo había sentido, emergiendo de las aguas más empozadas de su memoria, el frío aletazo de un pez inquietante: ese rostro ya lo había visto antes, en sueños, quién sabe qué noche de hacía muchos años. Se acordó de la abuela que lo cuidaba de niño...

Entonces lo distrajeron el sonido de la alarma y el de un joven enloquecido que venía con una pistola en la mano. Un ojo negro y profundo se volvió hacia él y le miró el pecho.



Agustín Cadena es novelista, cuentista, ensayista, poeta y traductor, además de profesor universitario de literatura. Ha publicado más de treinta libros y ha colaborado en más de cincuenta publicaciones de diversos países. Ha recibido varios premios nacionales e internacionales y parte de su obra ha sido antologada y traducida al inglés, al francés, al italiano, al griego, al portugués y al húngaro.

Judith Castañeda Suarí

Líneas de investigación

Aquí está el arma homicida, detective, dijo la voz, y unos dedos de raso blanco depositaron sobre la mesa la calibre 22 que desapareció de la escena del crimen. Mientras aferraba la culata, la mano envuelta en un pañuelo, intenté recordar dónde había escuchado aquella voz un poco rasposa, como de enferma de la laringe.

La he oído antes, pensé. Al levantar la vista me encontré con unos retazos arrancados a la oscuridad por el foco. La mitad de una boca rojísima, unas hebras negras, la solapa de un abrigo, el sombrero cubriendo unos ojos castaños, o eso imaginé.

Se trataba de una desconocida. Pero su voz, ¿de dónde?

Lo supe después, cuando ya no tenía conmigo el arma, cuando en la División de Homicidios cotejaban mis huellas dactilares con las de la culata, que eran idénticas. Una noche soñé con aquella mujer. ¿Es seguro, alguien se habrá dado cuenta?, me dijo entonces, al tomar la pistola como si la amortajara con sus guantes. Le contesté que nadie, que la música había cubierto el disparo, y ella se fue para dejarme a solas con el muerto y su caja de seguridad. Debía salir a cantar.

Ahora me arrepiento de la nota que le puse más tarde en el escote: Ven mañana para repartirnos el botín, el arma guárdala hasta que te avise. Supongo que después la llamé, pero no lo recuerdo; no siempre tengo presentes mis sueños.



Judith Castañeda Suarí. Ciudad de México, 1975. Técnico en química industrial y alumna en los talleres literarios de Alejandro Meneses, Beatriz Meyer y José Prats. Ha publicado en suplementos culturales de circulación local, en la revista *Crítica* y en antologías de cuento y minificción como *Lados B*, de Nitro/Press, *Antología virtual de minificción mexicana* y *Ráfaga imaginaria*, publicada por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Autora de los libros de cuento *Dios de arena* y *Aire negro*.

Luis Alberto Chávez Fócil

Ángulo de toma

La cámara inicia con una panorámica desde la llanura, avanza sin cortes poco a poco hacia la cabaña que se observa al fondo; la puerta de la cabaña se abre, entra la cámara y continúa, para tomar a un hombre sentado a la cabeza de una mesa, la cámara se aproxima, avanza hacia el rostro del hombre, entra por la frente y sale dejándole un agujero atrás de la cabeza: sesos, sangre, esquirlas de hueso, brotan de la cabeza del hombre, que cae al suelo, la cámara rompe una ventana, sigue avanzando por la llanura, se escuchan sirenas de patrullas, bajan varios policías, le disparan a la cámara, ninguno logra atinarle, la cámara se pierde en el horizonte...



Luis Alberto Chávez Fócil. Estudió teatro y cine en la Ciudad de México. Becario SOGEM 1992 en la Casa Internacional del Escritor, Bacalar, Q. Roo. Ejerce trabajo periodístico.

Gerardo Farías

Seguridad

Limpió con gran esmero toda la sangre. Su pecho estaba hinchado de orgullo y sonreía inequívoco de su anonimato. Se marchó caminando lentamente. Pero a sus espaldas el fantasma de su víctima ya comenzaba a tomar forma.



Gerardo Farías. Nació en Morelia, en 1985. Es profesor de literatura e inglés y tiene una maestría en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Guanajuato. Es miembro activo de la Sociedad de Escritores Michoacanos. Es coautor del libro de crítica literaria *Revueltas* (Conaculta/ FONCA/2013) y participó en el libro *El vicio de vivir. Ensayos sobre la literatura de José Revueltas* (Tierra Adentro/2014). Y es autor de dos libros de minificciones: *Sobre el olvido y el juego* (Canapé/ DF/2013) e *Inventario del Crimen* (Diablura Ediciones/2016).

Rafael Fernández

Eficiente

La nota se viralizó rápidamente en las redes sociales: *Lolo*, el enfermero, había sido absuelto.

Lolo —en realidad Lorenzo Lomelí, el enfermero del penal— fue juzgado por haber matado a un recluso. El interno había llegado a la enfermería inconsciente tras un intento de suicidio. Mientras el reo luchaba por su vida, Lomelí inclinó la balanza hacia el lado oscuro.

Aunque en un principio, el criminal, trató de ocultar su responsabilidad; cuando las pruebas lo pusieron en situación difícil, terminó confesando.

Dijo que el preso había intentado acabar con su vida porque estaba sentenciado a purgar una pena de 25 años. Explicó que ese castigo le había sido asignado por intento de homicidio: había tratado matarse a sí mismo.

Si lo hubiera salvado -razonó el apodado *Lolo*- su condena hubiera aumentado, como consecuencia del segundo intento de homicidio. Esto, sin duda, lo habría llevado a intentar de nuevo el suicidio; tentativa que de no resultar exitosa, hubiera incrementado la pena.

En suma -recapituló el recién absuelto- se generaría una serie de intentos de suicidio, que ocasionarían costos al ayuntamiento y que necesariamente resultaría exitosa en algún momento.

Lo único que hice fue ahorrar tiempo y dinero, concluyó.



Rafael Fernández. Nació el 17 de junio de 1951 en el Distrito Federal. Es Doctor en ingeniería por el Instituto Politécnico de Toulouse, Francia. Es autor del libro de cuentos *Eros y Tánatos*. Ha sido antologado en *Minificcionistas de El cuento. Revista de imaginación*. Es autor de varios libros de divulgación de la ciencia, el más reciente *Derrotar a la ignorancia como en el juego del maratón*. Es creador y guionista del cómic

de divulgación de la ciencia: *Dime abuelita por qué*. Actualmente prepara la edición de una colección de minirrelatos de base científica. Blog.

Azucena Franco

Muerte por amor

Desde pequeño tuvo un amor muy especial por Nadia, unos cuatro años menor, jugaba con ella, le tenía paciencia, hacia rabietas, él aguantaba. Cuando fue alguna vez a recogerla a la escuela, de lejos estaba pendiente de lo que ocurriera, quién se le acercaba, quién le hablaba. Ya adolescente, una tarde Nadia sola en la casa, a escondidas, bebía licores de su padre, quería conocer una borrachera, según sus planes estaría sola hasta el otro día. Él llegó por casualidad, en vez de montar en cólera, como Nadia esperaba, le hizo gracia el hecho y empezó a tomar con ella. Pasó un buen rato, oían música, bebían, ella le contaba de sus amigas, lloró cuando recordó que Gloria no la invitó a su fiesta. Luego nuevamente se puso contenta, en tanto él tomaba mucho más fuerte. De pronto Nadia se aproximó, lo besó apasionadamente, él se entumeció, después de la sorpresa, la rechazó aventándola, ella nuevamente se acercó, al fin él respondió. Después de los besos, vinieron las caricias, ahí en la sala, sin palabras, a medio vestir, tuvieron furibundo sexo, se quedaron dormidos luego. Un par de horas más tarde, Nadia reaccionó, un escalofrío recorría su piel, náuseas, temor, el estómago revuelto, se dio cuenta horrorizada de lo que había pasado. Fue al clóset donde el padre escondía el arma, la tomó, sin pensar más nada, a sus catorce años y a poca distancia, descargó varios tiros sobre su hermano.



Azucena Franco. Mexicana, es Maestra en Letras Latinoamericanas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; es coautora de *MicroBerlín. De minificciones y microrrelatos*, ¡Nocauts! *Microrrelato internacional de boxeo*, *Imaginarios de papel*, la edición mexicana de *¡Basta! Cien mujeres contra violencia de género* y otros textos, asimismo ha publicado en diversas revistas y blogs literarios; ha presentado ponencias en congresos nacionales e internacionales de minificción.

Juan Carlos Gallegos

Los signos de interrogación y exclamación son armas cargadas

El asesino pretende sorprender al detective pero este usa una coma para detenerlo, el arma del criminal (un guión largo con el que siempre introduce la frase final, lapidaria, con la que acaban todos los relatos en los que aparece) cae algo lejos y mientras su dueño va tras ella el detective convierte una explicación en una sorpresiva arma: ¡los dos puntos en realidad eran dos signos de exclamación!

El asesino encuentra con qué atacar a la distancia. ¿Quién dejaría esos dos signos de interrogación ahí? Separados por una línea en blanco, disparan ráfagas de suspenso... ..

Ríndete, sabes que no puedo terminar bajo llave porque su uso es horizontal, dice el rufián. Ojalá pudiera volver arriba, tomar los paréntesis, piensa el detective, pero la línea en blanco parece un obstáculo insalvable. Y ni siquiera tener la oportunidad de atraparlo entre corchetes. Sabe que tiene que actuar, pues un final abierto le daría libertad al asesino. No puede dejar que todo dependa del lector. Entonces, decidido a encerrarlo, aunque él también quede cautivo en una prisión circular, decide arriesgarse y emplea su última carta, un signo ya anacrónico; mientras el homicida se distrae e intenta entender cómo se usa, ve que su perseguidor está casi ante él, aunque de espaldas.

El asesino pretende sorprender al detective pero este usa una coma para detenerlo,



Juan Carlos Gallegos (1983). Autor de *La rubia despampanante y otras microhistorias* (Effictio, 2014). Algunas de sus minificciones aparecen en varias antologías. También ha publicado ensayos sobre la minificción en *La estética de lo mínimo. Ensayos sobre microrrelatos mexicanos* (U de G, 2013) y *Plesiosauro. Primera revista de ficción breve peruana*. Ha ganado dos veces y ha obtenido cinco menciones en el concurso de minificción convocado cada mes por Alberto Chimal en www.lashistorias.com.mx

Rubén García García

El cuerpo fue encontrado vestido con una túnica blanca ensangrentada. La hemorragia fue causada por una corona que le incrustaron con un cincel en el perímetro del cráneo. El seno izquierdo había sido cercenado por el filo diamantino de un instrumento. El departamento de investigaciones especiales, después de un escrutinio no había encontrado señal. Una segunda ronda hecha por el departamento forense a cargo del doctor Quinci recogió muestras del vidrio de la ventana, y después de varios análisis fueron identificadas como pertenecientes al portador de un raro defecto molecular en el cromosoma 23. Más tarde el asesino en serie era detenido...

Sacó el disco compacto del DVD y lo tiró por la ventana del octavo piso como si se tratara de un platillo volador. Tomó el suéter y repasó en su mente las últimas películas del género. Salió exaltado y abordó el avión que lo llevará a Ciudad Juárez. Era tiempo de sentir el latido sistólico de la acción y prenderse de adrenalina.



Rubén García García. Médico egresado de la UNAM. La brevedad ha sido compañera de sueños y vida. Nace en Álamo, Veracruz, México y ha sido publicado en diversas antologías y revistas electrónicas.

Victoria García Jolly

Reporte policiaco

Como resultado de una redada en un antro de mala muerte, donde excesos de todo tipo eran cometidos, fueron detenidos una sarta de criminales. Desde el típico ratero balín hasta estafadores, mafiosos y asesinos de la peor calaña fueron, dicho sea de paso, sorprendidos *in fraganti*: un par de zapatos que mataba a pie juntillas, una duda que tenía la habilidad de asaltar pensamientos ocultaba miles bajo el gabán, una mirada que llevaba consigo un suspiro robado, una infame pesadilla que torturaba a un sueño color de rosa, una promesa no cumplida que traficaba con las ilusiones de un corazón noble, un amor asesino aún con su víctima en las manos, una mentira que hacía pedazos a un alma pura, unos labios con un botín de millones de besos estafados a una virgen, una envidia obesa a fuerza de corroer existencias ajenas y un rostro que sólo se ponía guapo con palancas. Luego de consignarlos a todos, el jefe de policía hizo notar a sus subalternos un error imperdonable: los cabecillas de la banda se habían dado a la fuga: un mal pensamiento y un recuerdo infiel que, para más señas, vivían un amor prohibido.



Victoria García Jolly nació en la Ciudad de México un 16 de abril. Desde muy chica se descubrió enamorada del arte y de los libros. Trabaja en Algarabía Editorial, que fundó en 2001 junto con María del Pilar Montes de Oca Sicilia. Escribe cuento y ensayo corto; ha publicado *¡Cuidado! Café cargado* (2010) *El libro de las letras. De la a A la Z y no es diccionario* (2011), *¡Mmm! Chocolate sin culpa* (2015) y *Para amar al arte* (2016). Ha sido discípula de René Avilés Fabila, Ricardo Chávez Castañeda y Óscar de la Borbolla.

Asmara Gay

Mirada susurrante

Aquellos ojos no eran una puerta entreabierta que me invitara a pasar, sino el frío y duro metal con que siempre se envuelve un sangrante adiós.



Asmara Gay (Ciudad de México, 1975). Es autora del libro de cuentos *Elena se mira en el espejo* (Destiempos, 2011) y coautora de varios libros, entre ellos: *Adentro. Antología de poetas diversos* (VersoDestierro, 2012) y *Homenaje a García Ponce* (IVEC/Conaculta, 2015). Ha obtenido algunos premios de poesía y narrativa, como el primer lugar en el I Concurso de Microrrelatos Negros de la Bóbila y el tercer lugar en el concurso conjunto de *Las Historias* de Alberto Chimal y *Diario de un chico trabajador* de Alejandro Carrillo.

Dina Grijalva

Autora intelectual

Es cierto: yo planeé el crimen, decidí el arma, la víctima y el victimario. Confieso que me dejé llevar por la pasión de ir armando cada detalle para conseguir el crimen perfecto. Pero la policía debe comprender que todo sucedió en las páginas de mi libro. El juez dijo: A mí no me venga con cuentos y me declaró culpable.



Dina Grijalva es mexicana, pero ha elegido la ciudadanía de Ficticia. Es Doctora en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México y ha estudiado la minificción durante un Posdoctorado de dos años en la Universidad de Salamanca. Ha publicado libros académicos y 3 libros de microrrelatos: *Gozar la gula*, *Las dos caras de la luna* y *Abecedario Sexy*. Dicta clases de literatura -con énfasis en los Cronopios- en la Universidad Autónoma de Sinaloa. Sus pasatiempos favoritos son leer poesía, mirar el techo y beber cerveza.

Armando Gutiérrez Méndez

El arresto

Durante toda la semana tu jefe no ha dejado de inquietarte. A veces levantas la cabeza y descubres su mirada ceñuda fija en ti, y ni siquiera intenta desviarla. Sospechas que en cualquier momento acabará todo, y eso hace que te sientas abatido. Pero entonces, una linda mañana soleada, te manda llamar el Comité Central del Sindicato. El Secretario General te entrega risueño el nombramiento de tu nueva plaza para un hospital en otra ciudad. Te enterneces y sonríes con alivio, tu temor era infundado. Tienes dos horas para preparar el equipaje. Llegas a tiempo a la estación de trenes. Un hombre jovial se te acerca efusivamente y te saluda con familiaridad: “Cómo has estado amigo, ¿te acuerdas de mí?”. No lo recuerdas, pero eso no obsta para que salude cordialmente a tu esposa y le pida permiso para hablar un momento contigo. El hombre te toma con confianza del brazo y te lleva con él, para siempre o para diez años. “Es un error, lo averiguarán y me soltarán”, piensas ilusamente mientras te suben a una furgoneta celular. Consideras que no era necesario tal derroche de energía, no habrías ofrecido resistencia, hubiera bastado con un citatorio para que tú mismo, el día y la hora señalada, acudieras con tu mochila a la negra puerta de hierro del Edificio de Seguridad del Estado para ocupar en el calabozo el pedazo de suelo que te indicaran.



Armando Gutiérrez Méndez. Nacido en León, Guanajuato, (1971). Autor de los libros *Apilados cráneos de mamut de piedra* (Ediciones la Rana, 2006), y *El rehilete* (Ficticia Editorial, 2011). Premio Nacional de Cuento “Efrén Hernández” 2005. Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí 2010. Email: drlpda_33@hotmail.com.

Perla Hermosillo

Diálogo en la oficina

—¿Cuáles son las pistas?, pregunta el detective.

Su compañera se levanta del escritorio y busca la información en el archivero. Él la mira con atención. Le gustan sus tacones negros que lucen sensuales en sus pequeños pies. Ese traje gris delinea su silueta a la perfección, aunque su falda no tiene bastilla. Lo que más le fascina son sus manos, muestra de una delicadeza exquisita. Nota una ligera mancha azul en su dedo índice.

— Una pisada, un hilo y una nota suicida, responde la detective.

—¿La huella en la tierra es aproximadamente del número 3?

— Sí.

—¿El hilo es de color gris?

— Sí.

—¿La nota está escrita con tinta azul?

—Sí.

Los dos detectives se miran a los ojos unos segundos. Ágatha le descarga la pistola en el pecho. Orgullosa, sonríe: esta vez superó a Poirot.



Perla Cristal Hermosillo Núñez (Guadalajara, Jalisco, México 1982). Sus microrrelatos han sido publicados en *Ambiente Reflexivo. Escritura que inspira conciencias* (2014), *Ballenas en hormigueros. Antología hispanoamericana de minificción*, (2014) *Poquito porque es bendito. Antología de microcuentos y cuentos breves* (2013), *Minificcionario de amor, locura y muerte* (2013). Actualmente coordina la empresa editorial Effictio editores y es estudiante del Doctorado en Educación de la Universidad de Guadalajara, México.

Diana Raquel Hernández Meza

Archivo muerto

El capitán Márquez entró a la habitación y no pudo evitar las náuseas que el penetrante olor a sangre le provocaron.

—Nunca se está listo para ver de nuevo a la que apenas te cogiste la noche anterior, ¿verdad? —dijo el sargento Sánchez, que entró detrás.

Los peritos terminaban de recabar los indicios de la escena del crimen y estaban por llevar el cuerpo a la morgue.

—No tengo nada qué decir, pudo ser cualquier cabrón.

El capitán Márquez dio media vuelta, apesadumbrado; enamorarse con las primeras caricias siempre tiene riesgos.



Diana Raquel Hernández Meza (Ciudad de México, 1985). Médico Cirujano por la UNAM. Forma parte de los libros colectivos *Los adolescentes escriben II* (UNAM, 2003), *El libro de los seres no imaginarios. Minibichario* (Ficticia Editorial, 2012), *Eros Gourmet* (Triple C 2012 [LE]), *Tratado de Grimminología* (El Descensor-Triple C 2012 [LE]) y *Alebrije de palabras. Escritores mexicanos en breve* (BUAP, 2013) y *Eros y Afrodita en la minificción* (Ficticia Editorial 2016).

Engel Islas

Miedo

No pagó la droga y lo iban a matar, lo sabía. Pero no sería de un tiro, era demasiada clemencia. Lo llevaban desnudo y amarrado, con la cabeza metida en un costal. Lo sentaron sobre lo que, imaginó, sería un carro de supermercado. Llegó la brisa vespertina, luego el frío de la noche y el sonido de un tren acercándose.



Engel Islas. Nació en Jalisco, México. Licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara. Ha publicado en la revista *Sincronía* un ensayo sobre la novela *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán. Publicó tres cuentos en *Revista Liber*: «Carboncillo sobre papel», «El derrumbe» y «El gato que se comió a la gata». Actualmente desarrolla contenidos didácticos en Montenegro Editores y trabaja en su primer libro de cuentos.

Brenda Morales Muñoz

Sísifo

Le daba rabia que fuera más astuta, que siempre estuviera un paso adelante de él. Se sentía como el perseguido y no como el perseguidor. Cada vez que estaba cerca de atraparla, se esfumaba. Cada pista conseguida resultaba ser falsa, plantada por ella misma. Seguramente el juego la divertía mucho y se entretenía viéndolo morderse la cola, como el perro más torpe. Llevaba la piedra hasta la cima de la montaña sólo para que, a punto de llegar, volviera a rodar cuesta abajo. Así de absurdo y de frustrante. No se explicaba cómo él, uno de los detectives más acertados, era incapaz de encontrar a esta mujer que lideraba una banda más bien mediana de extorsionadores. Se convirtió en una obsesión que dominaba su mente y lo estaba orillando a la locura. Repasaba sus datos, sus fotografías y sus delitos sin parar. Estaba cansado de seguir su rastro, atraparla era su prioridad pero no sabía cómo conseguirlo. Cuando parecía que estaba perdiendo las esperanzas, recibió la llamada de un viejo informante que aseguraba haberla localizado. De inmediato fue a la dirección que le habían dado. Conforme se acercaba iba reconociendo cada una de las calles y de los edificios. Su memoria lo situó de golpe en un pasado que creía enterrado. Ella siempre había estado cerca y apenas había podido entenderlo.



Brenda Morales Muñoz (Ciudad de México, 1980) es licenciada, maestra y doctora en Estudios Latinoamericanos (área de literatura) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Escribe cuentos y formas breves, algunos de ellos se han publicados en revistas como *Nocturnario* y *La rabia del Axolotl*.

Anaclara Muro Chávez

As the flower-OP

26.02.1995.

—*Let me hear you* Houston, Texas, México, confirmo, Houston, Texas, México —dijo el agente encubierto. Amenazada confirmada. Las intenciones expansionistas de México se perciben entre la gente cantando.

Después, en un papel en un cajón en una oficina debajo de la tierra.

Reporte. 27.02.1995. Sospechas confirmadas. Aseveración verbal de conspiración encubierta. Medidas drásticas requeridas. Objetivo en proceso.

Reporte. 01.01.1995. Experimento psicológico en proceso.

Reporte. 09.03.1995. Arma entregada.

Reporte. 31.03.1995. Operación confirmada.

Un cuadrito de periódico adjunto. El arma usada para disparar a Selena fue destruida de acuerdo con una orden de la corte. Los fragmentos del arma fueron arrojados a la bahía de Corpus Christi.

Un cuerpo de juguete

Me parecía mío aquel muerto.

Cartucho

Nellie miraba la pared y se preguntaba dónde habrían quedado sus zapatillas. Para ella los cuerpos siempre fueron un portal de contacto, la extensión de sus manos que podían expresar el deseo infantil de jugar, aunque nadie más quisiera hacerlo. Un cuerpo como un juguete.



Anaclara Muro Chávez. (Zamora, Michoacán 1989). Egresada de la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Becaria de PECDA Querétaro 2014 en el área de guión cinematográfico. Forma parte de Horizontal. Taller de Escrituras, de Lucha de Escritores Anónimos, de Slam Poético Queretano y de Título Taller. Participó en el IV Encuentro de Narrativa Centro Occidente en Zacatecas. Ganadora del concurso de Poesía del XI Festival Internacional de Escritores y Literatura en San Miguel de Allende.

José Manuel Ortiz Soto

Ojo de águila

Toni Ibargüengoitia despertó empapado en sudor. Vio que la pistola de cargo siguiera debajo de la almohada y se sentó en el borde de la cama. Mientras se tranquilizaba fumándose un cigarro *Delicados* sin filtro, trató de reconstruir la pesadilla que, de nueva cuenta, lo tenía en aquel estado. Pero como sucede en la vida real con tantos casos como aquel, las pistas recabadas no le alcanzaban para terminar de armar el rompecabezas completo. «¡Maldita suerte!», se dijo y aplastó la bachicha del cigarro contra el fondo opaco del cenicero de madera, con forma de alebrije oaxaqueño. Luego se recostó sobre la cama y esperó a quedarse nuevamente dormido para continuar con las investigaciones de su asesinato.

—Un día de estos nos vemos las caras, pinche Cojo —le espetó Benito el Tuerto desde el Centro de Videovigilancia de la ciudad.



José Manuel Ortiz Soto (Jerécuaro, Gto., 1965). Libros de poesía publicados: *Réplica de viaje*, y *Ángeles de barro*; de minificción, formato digital, *Doble cámara falsa de Gesell*, *La moraleja del cuento*, *Las cincuenta cabezas de la hidra*, *Las historias de cada quien*, y formato tradicional, *Cuatro caminos* y *Las metamorfosis de Diana/Fábulas para leer en el naufragio*; es antólogo de *El libro de los seres no imaginarios. Minibichario* y, junto con Fernando Sánchez Clelo, *Alebrije de palabras: Escritores mexicanos en breve*.

Alfonso Pedraza

Apocalipstick

Arrebol de grasa de escarabajo del dios Jepri: unja los labios con abundancia y el hombre que sea besado caerá rendido... la inscripción en el reverso del escarabeo de oro y lapislázuli, finalizaba con un glifo cuyo significado le era desconocido.

Curiosa, quiso comprobar el poder del carmín aromático oculto en el engaste. Maquilló labios y mejillas, se untó los labios con el afeite y salió en busca de su amante que ahora la desdeñaba. Al besarlo, la maja se sintió morir y cayó lentamente al suelo, sus últimos pensamientos fueron; quién y por qué había dejado esa joya en su mesita de noche.



Alfonso Pedraza. Médico Cirujano (UNAM). Crea el Taller de Minificciones de Ficticia. Incluido en antologías de minificción mexicanas y extranjeras, en revistas electrónicas y diarios nacionales y del extranjero. Sus artículos sobre minificción publicados en: Hostos Community College de CUNY (Universidad de Nueva York), Revista *Pleisosaurio*, de Perú y *Cultura*, de Veracruz. Jurado del Premio de Cuento corto Agustín Monsreal 2011. Compilador de *Cien Fictimínimos. Microrrelatorio de Ficticia* (2012) y de *Minifccionistas de EL CUENTO, revista de imaginación* (2014). Produce y conduce el programa radial «Gente de pocas palabras», que difunde la microficción universal.

Javier Perucho

Última hora

Harto de la rutina de los días, comenzó a buscar a sus novias de bachillerato. Encontró algunas para terminar con su aburrimiento. Las llevó a su departamento, las seducía con su voz, guapura y seguridad de hombre conforme consigo mismo. Cuando se relajaban, después de horas de sexo salvaje, en el sopor de la tarde veraniega, las asfixiaba con una almohada. Luego las tiraba al canal de aguas negras.

Por las razones del azar, las plegarias y la confesión, el padre Fermín se enteró de que era el asesino. Al terminar la misa unos parroquianos le confiaron que trabajaba en el circo ambulante. El padre Fermín fue al sitio donde se había instalado y esperó agazapado en su coche hasta que comenzó la función vespertina. Cuando se abrió la taquilla atisbó al cobrador. Bajó del auto y se encaminó a comprar un boleto, al momento de recibirlo le soltó una sentencia: Tú fuiste. Cada cuerpo lleva tu marca. Dios se acabó para ti, prepárate para la venganza, pues la justicia nunca terminó contigo. Vendrán sus hermanos o sus padres a lanzar su odio contra ti. Si escapas, irán tras tu sombra; huir será tu pobre ganancia. Aquí los espero, padre, le respondió. Ya no tengo miedo, renuncié a la vida, a mis anhelos y a mis propiedades. Sólo me encomiendo a mi destreza, sí le aviso que cuando vengan no me defenderé, dejaré que hagan lo que tienen que hacer. Así dígales a los vengadores, que no tarden en encontrarme, pero cuando aparezcan tampoco les pediré disculpas. En la misa de mediodía se lo haré saber a la feligresía, dijo el sacerdote. Ni el infierno mereces, tampoco sepultura cristiana. Hasta aquí quedaste.

A la mañana siguiente un periódico encabezaba así sus ocho columnas: ÚLTIMA HORA: Sacerdote cobra venganza.



Narrador, ensayista, editor y promotor cultural, **Javier Perucho** es doctor en Letras por la UNAM, miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Autor de *Dinosaurios de papel*; *Yo no canto*, *Ulises, cuento*; *La música de las sirenas*; *Hijos de la patria perdida*; *Ocaso de*

utopías, entre otros. Ensayos y relatos suyos han sido publicados en Argentina, Chile, Colombia, España, Estados Unidos, Francia, Perú, México y Venezuela. De narrativa breve suyos han aparecido *Enjambre de historias* y *Anatomía de una ilusión*.

Jeremías Ramírez Vasillas

La sonrisa del asesino

Abrió la imagen en la pantalla de su computadora. No había evidencia del asesino más que una foto tomada por la víctima. Ella salía bien definida; él, perdido entre la espesa maraña del pelo de ella. Ella feliz. A él solo brillaba un ojo semi oculto en la cabellera. Cuando descubrieron el cadáver, el teléfono con el que se tomó la selfie estaba en la mano de la víctima, que aún portaba su traje de barrendera. Se sonrió. Nunca iban dar con él. Él era más sagaz que todos los putitos investigadores. Ya van más de 10 piojosas barrenderas y no se han acercado ni un milímetro. Se volvió a reír. Luego, levantó el auricular. ¿Domínguez? Le doy, a usted y a su equipo, 48 horas para atrapar al asesino.



Jeremías Ramírez Vasillas. Nació en México, DF. Ha publicado tres libros de cuento: *Arañas en el silencio: minificciones* (Ediciones La Rana, 2011), *La rebelión de la memoria* (Editorial Cuatro Gatos, 2013) y *El guerrero, la doncella y otras estatuas* (Ediciones La Rana, 2014). Ganador del XXII Premio Nacional de Cuento «Efrén Hernández», 2013.

Gabriel Ramos

Elemental

Sherlock había reunido todas las evidencias necesarias para capturar al sospechoso de aquel aterrador crimen. Únicamente le faltaba contrastar sus hallazgos, pero el único en que confiaba era la víctima.



Gabriel Ramos. Es Licenciado en Psicología Educativa por la UNAM, además de ser un enamorado de la literatura. Su interés actualmente está centrado en la creación de cuentos y minificciones. En la Escuela de Escritores de la SOGEM ha participado en cuatro diferentes talleres. Publica en diversas páginas de Internet y cuenta con una publicación de sus minificciones traducida al francés en *Lectures du Mexique 2. Auteurs Mexicains. Nouvelles et microrécits*.

Roberto Omar Román

Caso policiaco en México

El desconcertado perito forense encontró debajo de la sábana blanca una sábana blanca baleada.

—¿Dónde está el cadáver, comandante?

—El desaparecido era un fantasma, señor.



Roberto Omar Román. Nació en la Ciudad de México en 1965, reside en Toluca; es cofundador del Grupo de Creación Literaria Urawa en esta ciudad, que se inició en mayo de 1993. Ha publicado su obra en las antologías colectivas como *La semana comienza los sábados*, *Gambusinos*, *Átomos literarios* y *Alebrije de palabras: Escritores mexicanos en breve*; minificciones en la revista Urawario y ocasionalmente en páginas electrónicas.

Adriana Azucena Rodríguez

Mujeres sin alma

Entré al bar. Mostré al cantinero la fotografía.

—La conozco, pero no arriesgaré el pellejo por ti, Orol. Ya ha traído bastante desgracia y eso es malo para los negocios.

Me retiré. Mientras guardaba la fotografía, descubrí que, por error, había sacado la fotografía de mamá, mi mujer y mi hija de dieciséis.



Adriana Azucena Rodríguez es doctora en Literatura Hispánica. Profesora investigadora en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) y en la Facultad de Filosofía y Letras en áreas de teoría y creación literarias. Es autora de los libros *La verdad sobre mis amigos imaginarios* (Terracota, 2008), *De transgresiones y otros viajes* (Samsara, 2012) y *Postales (mini-hiperficciones)* (Fósforo, 2014). Twitter: @adrix_art

Fernando Romero Carrera

Suicidio

«No se culpe a nadie de mi muerte, aunque todos sean responsables»
.....

El carro de la Olivetti Lettera 32 produjo por última vez su
sonido de campanilla al final del renglón.



Fernando Romero Carrera. Puebla, México. 1979.

Sergio F. S. Sixtos

El gato y el ratón

En silencio conté los pasos, clasifiqué aromas y busqué entre el azar. Las huellas al principio no eran claras y muy atrás quedaron las pistas falsas, llegaron los mensajes ocultos que reclamaban ser descubiertos.

Guiaste mis sueños aunque nunca lo deseaste, rebusqué bajo las hojas de la memoria para encontrarte.

El hombre de aspecto bonachón que todas las mañanas compra el diario y chocolate caliente en el minisúper; al medio día el sudor mancha su camisa y es de andar rápido similar a un pequeño pingüino que teme ser perseguido y engullido.

Sigo tus pasos, que ya son míos, visito tus lugares de la ciudad, rondé por las mismas esquinas y forniqué con las mismas putas. Soy parte de ti.

Entiendo las razones por las que has matado y me enseñaste que el medio justifica el fin. Me aproximo y tus mensajes no disuaden la marcha. Dejas el rastro de tu ponzoña salpicado en las aceras.

Sentado en la banca con expresión ausente, permites que me acerque conociendo el riesgo. Nos saludamos como viejos amigos y hablamos del rastro que tejiste para mí. El arma abulta el bolsillo del abrigo, es mi momento, desenfundo la pistola; soy malo jugando contra el azar. No imaginé que fueras tan buen tirador, el disparo perforó mi frente y la larva de plomo se alojó en mi cerebro.



Sergio F. S. Sixtos nació en la Ciudad de México. Estudió ingeniería metalúrgica. Publicó su primer microrrelato en la revista *Asimov Ciencia Ficción en Español* No. 7 (1995), Finalista del VIII Certamen Internacional de Poesía Fantástica miNatura 2016. Ha publicado el libro de microficciones *Palabráfago* (Infame-Sikore Ediciones. México 2016). Facebook: @palabrafago

José Salvador Ruiz

Número equivocado

El repiqueteo del teléfono despertó al candidato. Levantó la bocina. ¿Dónde tiramos el cuerpo?, escuchó. ¿Pero por qué me llama a mi casa, carajo? Véalo con mi coordinador de campaña, gritó enfurecido el candidato. ¿Cuál coordinador de campaña? ¿Llamo al 5658769? Interrogó la voz confundida. ¡No, señor! Respondió el candidato. ¡Ah! usted disculpe, me equivoqué de número, dijo apenado el sicario.



José Salvador Ruiz es narrador y ensayista. Es autor del libro de ensayos *Pájaros de cuentos*, la novela *Nepantla P.I.* y el libro de cuentos *Hotel Kennedy*. Sus cuentos han aparecido en revistas literarias y en las antologías *Expedientes abiertos*, *Cuentos de la frontera México-Estados Unidos* y *México noir: Antología del relato criminal*. Recibió el Premio Nacional de Cuento Rafael Ramírez Heredia (2016) y los Premios Estatales de Literatura de Baja California en la categoría de cuento y ensayo (2016).

Fernando Sánchez Clelo

Crimen perfecto

A David Pedraza

Furtivamente, después de matarla, Hugo Duarte salió de la casa. Nadie conocía sus motivos, nadie sabe que estuvo allí, nadie sospechará de él... nadie. De pronto, palidece al recordar la frase «no hay crimen perfecto»; levanta decidido su revólver y apunta al lector.



Fernando Sánchez Clelo (Puebla, México; 1974). Minificcionista, cuentista y antólogo. Entre sus obras más recientes se encuentran *Un reflejo en la penumbra* (Ficticia, 2016) y la antología *Vamos al circo. Minificción hispanoamericana* (BUAP, 2016) realizada en trabajo conjunto con Agustín Monsreal. Actualmente realiza el doctorado en Literatura Hispanoamericana en la BUAP.

Paola Mireya Tena

El Negro

El Negro, le decían. Pero no por el color de su piel, sino por el alma. El Negro se volvió loco una noche, y le dio por ofrecerse como matón a sueldo. Antes de acabar con cada víctima se fumaba un cigarro de colilla negra, muy negra, que luego lanzaba al agujero negro, negrísimo, que causaba su certera munición. Pero en casa no le decían el Negro cuando entraba con la cesta de la compra. Allí le llamaban simplemente «papá».



Paola Mireya Tena (1980, México). Pediatra de profesión, escritora por afición. Ha participado como ponente en sesiones dedicadas a la lectura e imparte cursos de Escritura Creativa. Ha publicado algunos de sus microcuentos en antologías del género. Nombramiento especial en el concurso de la FILBo 2015. Publicada en la Antología virtual de minificción mexicana y la revista digital *Microfilias*.

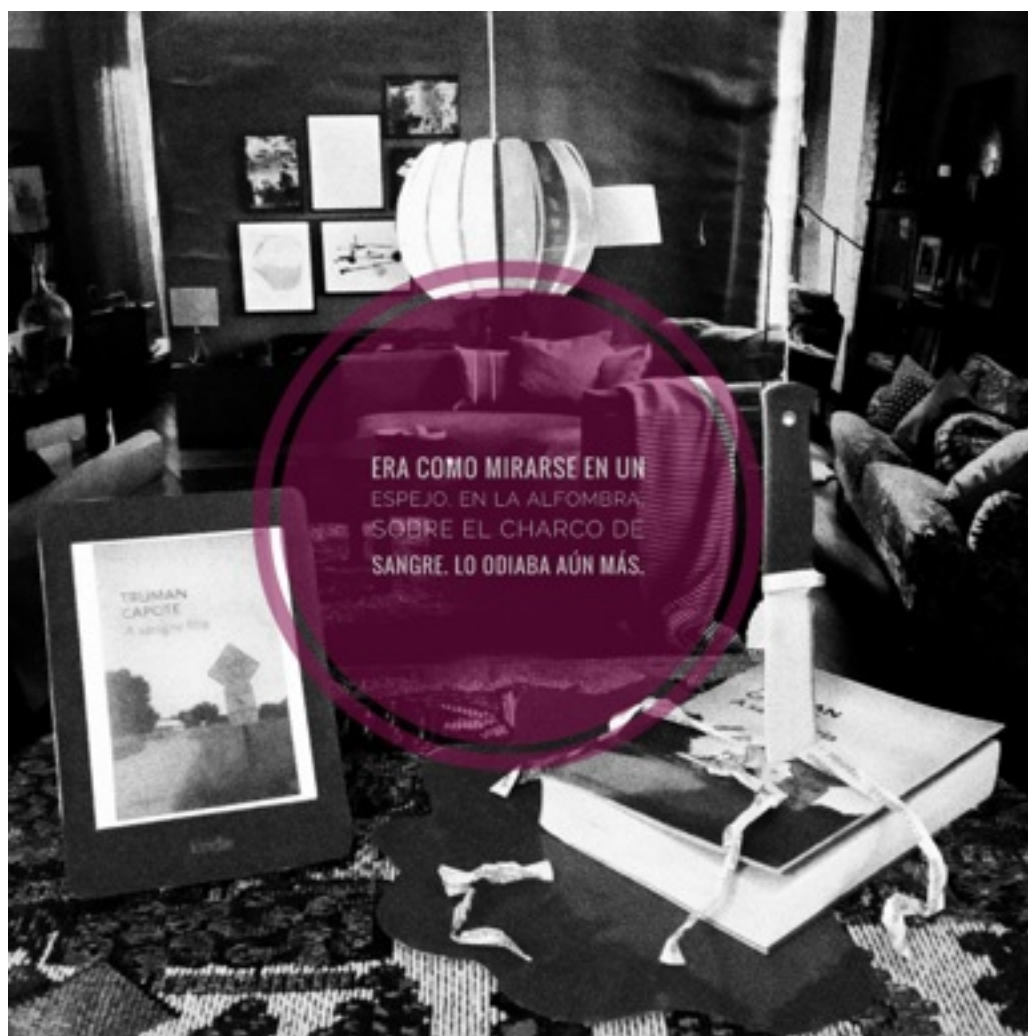
Sus microcuentos pueden ser leídos en:

www.microficciones.tumblr.com

www.facebook.com/microficciones.

Paola Mireya Tena

Escena del crimen



Paulo Verdín

Literatura italiana

El detective hurgó en la repisa. Sabía que allí se encontraba la pista que indicaba la clave para entender las misteriosas 119 muertes acaecidas en la biblioteca Vasconcelos. A pesar de los 600,000 volúmenes que albergaba el portentoso recinto luminoso, las consultas al catálogo revelaban una regularidad: apuntaban a un solo libro, el *Ars Cómica*, de Aristóteles. Se trataba de una edición rara de 1587, una copia misteriosa digna de un museo escrita en latín del libro perdido del estagirita.

Una mueca –tal vez una sonrisa– se asomó en sus labios al abrirlo. Al principio no observó nada extraño, salvo el ambiente que lo rodeaba, estaba solo entre el silencio de miles de ejemplares. Lo hojeó de manera fría y técnica: páginas amarronadas, márgenes recortados, encuadernación endurecida, lo propio de un libro de la época. La incógnita apareció en la página 120, una nota al margen y a mano que decía: *ex caelis oblatus*. La tocó suavemente con sus dedos, se percató que la frase era arenosa y la escritura era deleble. Enseguida, por la inercia gravitatoria, su rostro cayó a la mesa. Un eco retumbó en la solitaria biblioteca.

Horas después el bibliotecario entró a la sala por el cadáver, borró la frase escrita con tinta concentrada de arsénico con unos guantes y la escribió en la siguiente página. Arrastró el cadáver y lo llevó a la sección de literatura, en la clasificación 850, justo enfrente de un libro titulado *El nombre de la rosa*.



Paulo Verdín. (Guadalajara, Jalisco, 1978) Es licenciado en Derecho y en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara. Maestro en Literatura Mexicana y estudiante del Doctorado en Humanidades por la misma casa de estudios. Ha participado en diversas publicaciones enfocadas a la creación literaria: *El microcuento en lenguaje radiofónico; Análisis de sus formas discursivas* (2012); *Poquito porque es bendito. Antología de microcuentos y cuentos breves* (2013); *Minificcionario de*

amor, locura y muerte (2013) y *Ambiente reflexivo. Escritura que inspira conciencias* (2014). Twitter: @PauloVerdin



Perú

Compilador: Alberto Benza

Patricia Irene Colchado

La víctima decepcionada

A Adela López García le dispararon con un rifle. Tres días después, Belén Fernández Monje fue atropellada por un coche que se dio a la fuga. Un mes hubo que esperar hasta que se produjo el siguiente asesinato: Carmen Expósito del Moral fuera envenenada con ricina. Al día siguiente, Diana Grau Ferreira murió aplastada por un piano de cola; lo curioso es que el crimen sucedió en medio de un olivar. Dos semanas después, Elena Riaño Pasquau fue atacada por un pitbull. Cuando tres días más tarde Federica Aguirre Santos fue apuñalada, me dije: Ahora te toca a ti, Genoveva. Estuve durante días pensando en la forma en la que ocurriría. ¿Me caería por las escaleras? ¿Me dispararían con una ballesta? ¿Me atacarían abejas asesinas? ¿Me atragantaría con un vaso de cerveza? Cuando leí que Guiomar Betancur Sánchez había muerto como consecuencia de una fiebre tropical, me sentí profundamente decepcionada. De nuevo me tocaba esperar a que el Asesino del Alfabeto empezara otra rotación.

La pistola

En el primer capítulo, el escritor hizo una descripción del despacho del protagonista. Dominaba habitación un gran escritorio. Había una pistola escondida en el fondo del último cajón. En el segundo capítulo, el protagonista era abandonado por su mujer. El escritor no dejaba de pensar en la pistola. ¿Por qué estaba allí? En el quinto capítulo, el protagonista sufría un accidente y era hospitalizado. En el séptimo capítulo, se casaba con la enfermera que le había cuidado. El escritor seguía obsesionado con la pistola. ¿Qué hacer con ella? Cuando estaba escribiendo el capítulo once, no aguantó más: el escritor sacó la pistola del cajón y se descerrajó un tiro en la cabeza.



Patricia Irene Colchado Mejía (Perú, 1981). Publicó la plaqueta *Hypercubus* (2000). Su primer poemario se titula *Blumen* (2005), *Las pieles del edén* (Santo oficio, 2007), *Ciudad ajena* (2015), *Calendario lírico 2017*. En marzo del 2011 aparece su primera novela *La danza del narciso*. Ha sido directora de la colección de narrativa peruana «Diamantes y pedernales» bajo el sello editorial San Marcos y de la revista *Alborada internacional*.

Maritza Iriarte

Muerte insospechada

Llamaron a la policía a media noche. Muy sospechoso. Hallaron a la víctima tendida sobre la alfombra de la biblioteca. Sospechoso. El sillón de terciopelo ubicado frente a la ventana como mirando la noche. Raro y sospechoso. El cajón abierto del escritorio tan sospechoso como el cuaderno y la nota escrita.

(Apuntes de S. Holmes)

Arma sensual

La pareja, envuelta en una ráfaga de deseos, transita en deliciosa humedad. Ella acepta el juego atada de manos y él delinea su cuerpo con cortes precisos y profundos.



Maritza Iriarte. Su formación literaria se inicia en los talleres de narrativa de la Pontificia Universidad Católica y Universidad Científica del Sur. En el 2013, publicó *Aztirram un mundo de brevedades*. Sus minificciones han sido incluidas en diversas antologías: Revista *Fix100*, *Plesiosauro*, *Circo de Pulgas*, Antología Trinacional *Borrando Fronteras* (Perú, Chile y Argentina), *Eros y Afrodita en la Minificción*. En Marzo del 2016, ganó el Concurso de Microrrelatos de la Revista *Cita en Diagonales*.

Carlos Enrique Saldivar

El instante de todo

Lo primero que hizo al salir de la cárcel, tras diez años de encierro, fue conseguir un revólver. No resultó difícil, no si se tenía el dinero justo para comprar el arma y un poco de comida. Sabía dónde se hallaba Iván, se había informado en prisión. Decidió no perder el tiempo, fue a la casa del soplón y tocó a la puerta. Le atendió una niña, él le dijo que era un amigo de su papá, que lo llamase. David se aproximó a la entrada, fue fácil descargarle un balazo en la cabeza. Al fin, el que lo había traicionado estaba muerto. La niña chilló, llamó a su madre. La policía vendría pronto, de seguro le clavarían otros diez años, o quizá veinte. Había esperado tanto tiempo, desde que lo cogiesen y le dijeran que su compinche lo había delatado a cambio de una recompensa que ofreció el comisario. Años duros, de golpes e insultos, tres violaciones los primeros meses. Cuánta paciencia tuvo entre rejas, día tras día, mes tras mes, semana tras semana, año tras año. El odio todavía seguía vivo, como en los primeros instantes, cuando los agentes de la ley lo apalearon en la celda el mismo día que lo capturaron. ¿Había valido la pena esperar? Por supuesto, ahora saboreaba ese maravilloso instante de venganza. ¿Valdría la pena sufrir lo que llegaría a continuación? Pensando en ello, se desplomó sobre sus rodillas y se dijo que no; la pistola aún tenía balas, apuntó a su sien...

Un dolor momentáneo

Raúl hubiese preferido no salir esa noche, pero la necesidad apremiaba. Lo factible era recorrer las calles de la zona aledaña, a esas horas transitaba poca gente, había quienes llegaban de estudiar o laborar y pasaban por allí. Raúl pensó en ir mejor a alquilar internet una hora o disfrutar de un juego en línea; a su casa no volvería pronto, sus padres estaban ahí, se hallaban de pésimo humor. La joven

apareció de pronto, tenía un perfume agradable, era trigueña, de cabellos lacios, largos y oscuros. Se adelantó unos pasos, Raúl caminó tras de ella, no sentía que la estaba siguiendo, él también se dirigía por esa ruta. No obstante, cuando aquella se le hubo cruzado, la vio durante dos segundos, le pareció muy bonita. El muchacho empezó a sudar, se dijo que ya tenía diecinueve años y no estudiaba ni trabajaba, si la invitaba a salir, ¿cómo manejaría las cosas? Siguió avanzando atrás de la joven, quien no parecía tener prisa. Raúl se preguntó cómo se llamaría, qué signo era, si le podría hablar, si podían ser amigos, si podría cocinarle tallarines verdes, pensó que ella le gustaba mucho, quería tocarla, besarla, amanecer a su lado. La dama volteó a mirarlo, estaba nerviosa, Raúl se dijo que ese era el momento adecuado, le jaló la cartera con fuerza: ella se tropezó y cayó sentada, gritando por ayuda. Raúl huyó con gran velocidad. Mientras escapaba, lo torturó el dolor de saber que esa chica y él jamás se amarían.



Carlos Enrique Saldivar (Lima, 1982). Director de diversas publicaciones literarias. Finalista del I Concurso de Microficciones, organizado por el grupo Abducidores de Textos. Finalista del XIV Certamen Internacional de Microcuento Fantástico miNatura 2016. Publicó los libros de cuentos *Historias de ciencia ficción* (2008), *Horizontes de fantasía* (2010) y el relato *El otro engendro* (2012). Compiló las selecciones: *Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso* (2011) y *Ciencia Ficción Peruana 2* (2016).



Portugal y Brasil

Compilador y traductor: Sergio Astorga

Fernando Denis

Doença

Quando perdeu o braço direito, começo a escrever com a mão esquerda. Quando perdeu o braço esquerdo, começou a escrever com o pé direito. Quando perdeu a perna direita, começou a escrever com o pé esquerdo. Quando perdeu a segunda perna, não escreveu mais. Como soldado, tinha sido um mártir. Mas como 105 centímetros, nunca passaria de um escritor menor.

Malestar

Cuando perdió el brazo derecho, comenzó a escribir con la mano izquierda. Cuando perdió el brazo izquierdo, comenzó a escribir con el pie derecho. Cuando perdió la pierna derecha, comenzó a escribir con el pie izquierdo. Cuando perdió la segunda pierna, dejó de escribir. Como soldado hubiese sido un mártir. Sin embargo, con 150 centímetros, nunca pasará de ser un escritor mediocre.



Fernando Dinis nació en 1976. Estudió piano. Publicó en 2003 el primer libro de poesía *Dá-me-te*, (Hugin Editores). En 2006 participó en la antología bilingüe *Poema Poema-Antología de Poesía Portuguesa Actual* (Uberto Stabile - Huelva).

Henrique Manuel Bento Fialho

O Sucateiro

O sucateiro tomou banho, fez a barba, vestiu o seu melhor fato. Desentranhou com sabão azul os óleos das unhas. Foi para o baile a cheirar a novo. Conquistou uma moça a quem prometeu dois sóis, depois de um pé de dança e de um copo de vinho. Quando a prometeu, ela perguntou-lhe a profissão: respondeu-lhe que era sucateiro. Morreu a cheirar a ferrugem.

El chatarrero

El chatarrero se bañó, se cortó la barba, se vistió con su mejor traje. Limpió con jabón azul el aceite incrustado en las uñas. Fue al baile oliendo a nuevo. Conquistó a una chica a la que prometió dos soles después de bailar y tomar una copa de vino. Cuando le pidió ser su novia, ella le preguntó su profesión, él le respondió que recogía chatarra. Murió oliendo a herrumbre.



Henrique Manuel Bento Fialho. Nació en Rio Maior, en 1974. Reside en Caldas da Rainha, Portugal, desde 2000, después de radicar ocho años en Lisboa. Es licenciado en Filosofía.

João Carlos Silva

Variações em torno de um conceito: Kakfa

Stanislaw só lera Kafka. Ocupava os seus dias a reler e a anotar os seus exemplares do escritor. Poder-se-ia dizer que vivera á sombra da influência deste.

Uma noite, numa estação de metro vazia, dois homens agrediram-no quase até á morte, rasgaram-lhe a mala e atiraram os seus livros e anotações para o poço da linha do metro.

Mesmo depois dos agressores saírem, Stanislaw deixou-se ficar estendido, de cara no chão. Sangrando. Sim dentes da frente. Os dedos da mão direita esmagados. Não se afligia como o seu estado. Na verdade, apetecia-lhe sorrir. Fechou os olhos e pensou: «Sou kafkiano».

Variaciones alrededor de un concepto: Kafka

Stanislaw sólo leía a Kafka. Todos los días releía y apuntaba notas en las ediciones que tenía del escritor. Se podría afirmar que vivía a la sombra de él.

Una noche, en una vacía estación del metro, dos hombres lo golpearon casi hasta la muerte, rasgaron su portafolio y tiraron sus libros y sus apuntes a las vías del metro.

A pesar de que los agresores huyeron, Stanislaw se quedó extendido de cara al piso. Sangrando. Sin los dientes delanteros. Los dedos de la mano derecha, molidos. Su estado no le afligía. En verdad, deseaba reír. Cerró los ojos y pensó: «Soy kafkiano».



João Carlos Silva, nació en 1984, en Sintra, Portugal.

Wilson Gorj

Vestida para matar

Tirou da bolsa o batom. Antes de passá-lo, olhou para o objeto e pensou: «parece um projétil de fuzil». Passou-o nos lábios, olhando-se no espelho. Sorriu. «Mulher fatal», é o que diziam dela. Agora era só mirar o alvo da noite, isto é, escolher o pato, alvejar e depená-lo.

Vestida para matar

Sacó de la bolsa el lápiz labial. Antes de aplicárselo, observó el objeto y pensó: « parece una bala de fusil». Lo aplicó en los labios, se miró al espejo. Sonrió. «Mujer fatal», es lo que decían de ella. Ahora era sólo apuntar al blanco de la noche, es decir, seleccionar el pato, disparar y desplumarlo.

De amante

Começou a chantageá-lo. Tinha fotos deles dois; em algumas, até transando. Mandaria para a esposa. Para sumir – ele foi direto ao ponto – o que ela queria? Para começar, uma pedra valiosa. Uma bem grande para exibir no pescoço. E foi quase isso que ela conseguiu. A pedra era bem grande, de fato; mas sem nenhuma serventia. A não ser a de afundá-la no rio.

De amante

Comenzó a chantajearlo. Tenía fotografías de los dos; en algunas, hasta negociando. Las mandaría a la esposa. Para resumir –él fue directo al punto- ¿qué es lo que ella quería? Para comenzar, una piedra preciosa. Una muy grande para exhibirla en el cuello. Y fue lo

ella casi consiguió. La piedra era bien grande, de hecho, pero sin ninguna utilidad. A no ser la de sumergirla en el río.



Wilson Gorj, nació en Aparecida, Sao Paulo, Brasil, en 1977. Publicó su primer libro *Cien Cuentos Largos* ("No hay largas historias") en 2007 y participó en la recogida *Cuentos de bolsillo*, ambos conteniendo micro narrativas. También ha contribuido en varias otras colecciones y suplementos literarios. Su segundo libro, *Prometo Ser breve* se publicó en 2010. Es editor: Editora Penalux.

Wilson Gorj nasceu em Aparecida/SP. Em 2007, publicou o livro *Sem contos longos*, obra composta por 100 micronarrativas. Seu segundo livro, *Prometo ser breve* (2010), foi publicado pela editora Multifoco. *HISTÓRIAS PARA NINAR DRAGÕES*, lançado em março de 2012, é seu terceiro livro, que também saiu pelo selo minimalista. Muitos de seus textos encontram-se em antologias, revistas e suplementos literários.

Rô Mierling

Brinco de pérola

O policial procurava pelo matador de mulheres. Mais de cinco vítimas, todas jovens e loiras. E a única pista era um brinco deixado na cena de um dos crimes. Logicamente devia ser o brinco de uma das vítimas. Um brinco de pérolas.

Naquela sexta-feira, depois que saiu da delegacia sem solucionar o crime, o policial foi para a casa de sua namorada. Mas ela estava aflita naquela noite. Ela procurava, desesperadamente, por um dos seus brincos que havia perdido. Um brinco de pérolas.

El arete de la perla

La policía buscó al asesino de mujeres. Más de cinco víctimas, todas rubias jóvenes. Y la única pista era un arete olvidado en la escena del crimen. Lógicamente debía ser de una de las víctimas. Un arete de la perla.

Ese viernes, después de dejar la estación de policía sin resolver el crimen, el comisario fue a la casa de su novia. Pero ella estaba afligida esa noche. Buscó desesperadamente uno de sus aretes que había perdido. Un arete de la perla.



Rô Mierling. Escritora brasileira, autora de mais de seis livros. Escritora de romances psicológicos e policiais. Coordenadora em mais de 25 antologias, atua na divulgação e incentivo de leitura e escrita junto a diversos projetos. Mora atualmente em Buenos Aires.

Rô Mierling. Escritora brasileña, autora de más de seis libros de *thrillers* psicológicos. Coordinadora en más de 25 antologías, trabaja

en la difusión y el fomento de lectura y escrita con los diversos proyectos. Actualmente vive en Buenos Aires.



Venezuela

Compiladora: Geraudí González

Inés González (Los Teques, 1965)

Oficios domésticos

Fue un motivo doméstico más que pasional. Después de la gran enjabonada y del calor infernal, él se veía súper apetitoso en su plato: crocante, sin los ojos y con una manzana en la boca. Como quiso en vida, ella le lavó, le planchó y le cocinó.

Malos pensamientos

Todos los días se sacudía la cabeza hasta el dolor, pero no lograba que se le despegaran esos malos pensamientos. Creyó que se trataba de un virus e ingirió jarabes de alegría, jolgorio, fiesta y esperanza. Todos fallaron. Ahora está en la cárcel pero no importa, porque duerme plácidamente: si no llevaba a cabo los delitos nunca se sacaría esos pensamientos de la cabeza.



Inés González Licenciada en Letras. Ha sido finalista en concursos de narrativa y recibido varias menciones por relatos infantiles. Mención honorífica en la Bienal Ramos Sucre del año 2011, mención narrativa. Se ha desempeñado como correctora de estilo y redactora creativa en varias instituciones venezolanas.

Nesfran González (San Antonio, 1980)

Asesinado de la manera más espantosa

Isaías Guerrero (47) bien conocido por el remoquete de «Pelolindo» y asiduo consumidor de sustancias sicotrópicas del sector Parapara del municipio Francisco Linares Alcántara del estado Aragua, jamás imaginó la forma de su deceso. Las autoridades fueron guiadas por un video aficionado, el cual muestra al Pelolindo interceptando a una colegiala en horas de la tarde del día ayer, cerca de una de las pasarelas más transitadas del lugar y haciendo uso de la fuerza, abusó sexualmente de la menor en estado de total desafuero. Cuando éste se disponía a huir tras consumir el hecho, la afectada lo tomó por el cabello y de una forma inexplicable le ocasionó una fuerte descarga eléctrica lo cual devino en una muerte instantánea.

El comandante de la policía Hermenegildo del Valle le informó a este cuerpo reporteril que tratarán de darle captura a la estudiante. Debido a su aspecto aterrador logró pasar de incógnito y no pudo ser reconocida. En la comunidad ha cundido el pánico y justo a la hora del cierre de la redacción del periódico no se habían obtenido más detalles de este suceso que conmociona a la opinión pública.

In fraganti

Los disparos me espantaron el sueño. No sé cómo me quedé dormido. Ahora lo tenía frente a mí, apuntándome. Me cansé de decirle a mi primo que no se le arrimara a la mujer del Guarapita, que no le importara que el tipo le cayera a coñazos, que los fines de semana se fuera a rumbear y la dejara sola en el rancho, que la tipa esté demasiado buena. Con ésta era la tercera vez que le cantaba la zona por si el carajo se devolvía...Pero en esta ocasión nos tomó por sorpresa. A lo mejor los mató. Ya no tengo tiempo de preguntarle. Las mejores escenas de mi vida me pasan por la mente en el segundo que tarda ese malandro en descargar las balas que le quedaban en el peine.



Nesfran González. Ha publicado en poesía: *Entre Huellas y Grietas* (2004) *Profecías para Urbano* (2008) *Los Inquilinos, poesía reunida 1997-2010* (2011) y *Aquí todo es silencio* (2013). En narrativa: *Blanca Amada y otros relatos* (2010) *El lado oscuro de tu almohada* (2011) y *Antología de Cuentos de Ciencia Ficción*, como autor y compilador (2014) y *El hallazgo de Teseo* (2015).

Alberto Hernández (Guardatinajas, 1952)

El detective

Se le consumió el cigarrillo en los labios. Una ojeada al lugar le advirtió que aún el asesino no se había marchado del lugar. Simuló no darse cuenta. Se agachó, tomó un pedazo de piel que había quedado luego del destajo y lo acercó a los ojos.

Respiró y miró hacia la calle. Unos policías custodiaban la casa. Regresó a la gran mancha púrpura y se volvió a agachar. Pasó el índice por la alfombra aún húmeda y se lo llevó a la nariz.

Cuando se levantó, estaba allí. No tuvo tiempo de desenfundar.

Una sombra alargada le asestó la primera puñalada en el pecho, cerca del corazón. El detective logró retroceder con un nudo de sangre en la boca.

Antes de caer se dio cuenta de que la sombra emergía del charco de sangre.

La escena del crimen

Quedó con los ojos abiertos.

Desde la posición en la que ahora está, Lisandro Rulfo no tenía la visual precisa para saber quién le había dado el tiro en el pecho.

Sin embargo, alcanzó a ver que el asesino tenía una cicatriz en el lado izquierdo de la cara, tan larga que arrancaba en el ojo izquierdo y terminaba en el cuello.

Con el ahogo de la agonía, Lisandro estiró lo más que pudo un brazo y le señaló al detective el lugar donde el hombre se apostó frente al espejo. El investigador se acercó al vidrio, mientras el herido era atendido por los paramédicos.

Entonces, Simenon pudo ver la cara de un hombre con una cicatriz que le bajaba por toda la cara hasta el cuello. Sacó el arma y disparó. Del reflejo cayó el cuerpo del desconocido.

Sólo quedaron los cristales alrededor del cadáver de Lisandro Rulfo, quien seguía con los ojos abiertos.



Alberto Hernández. Poeta y narrador. Ha escrito varios libros de poesía, tres de relatos breves y una novela. Colabora en varias páginas electrónicas y participa en eventos donde se leen y discuten microrrelatos, entre ellos en la Feria Internacional del Libro de la Universidad de Carabobo.

Juan Luis Manzano Kienzler

Los policías siempre llegan tarde a la escena del crimen

—Debes morir, así será. ¡Breve discurso seguido de una tos impregnada de humo! Sus instintos se agudizan para la supervivencia y casi puede oler el cigarrillo por la bocina de su teléfono. Corta la comunicación y se va a dormir. Abajo, suena la puerta —es Javier— piensa; pero todavía no han pasado cuarenta y ocho horas. Se recuesta y reflexiona mientras la película del día se pasea por su frente o por sus ojos. Detiene el film y recuerda una mirada furtiva, oculta entre humo. Piensa en el cigarrillo, en la intensidad de esos ojos y casi percibe el humo de nuevo; pero esta vez más real... Se levanta súbitamente de su cama y sus pupilas se dilatan en micras de segundo.

—Javier, tranquilo. No hubo tiempo ni siquiera de ver al asesino.

Entre la multitud de curiosos, Javier trata de deshilar sus intrincados pensamientos de perro de caza. Fue mi culpa —piensa— fue mi culpa. Una mano de dedos amarillentos le da una palmada en el hombro y lo consuela con un aliento desgastado. Mientras el cerebro, en forma macabra, teje entre risas silentes su pensamiento: «Siempre llegan tarde».

Elvira, Corazón de Piedra

Y Elvira, Corazón de Piedra, lloró largamente. Después de haber perpetrado su crimen, se dio cuenta de que aquel policía era el amor que tanto había esperado. Recordó que siempre le decían en el pueblo que sus manos curaban todos los males; también que podrían traer la silenciosa fatalidad. En aquella tarde, lo cubrió de caricias; pero sus manos no pudieron detener la muerte. Quiso que abriera los ojos para decirle cuánto lo amaba, pero los muertos sólo reviven en las escrituras o en las películas. Entonces, se levantó, limpió su rostro y se alejó caminando fríamente de aquella escena, dejando el amor en el asfalto, callando sus lamentos y mirando al horizonte en busca de otra víctima.



Juan Luis Manzano Kiesler. Licenciado en Educación Mención Lengua y Literatura, Magíster en Lectura y Escritura, Especialista en Tecnología de la Computación en Educación. Docente adscrito a la Cátedra de Literatura Venezolana del Departamento de Lengua y Literatura de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Carabobo.

Ricardo Jesús Mejías Hernández (Maracay, 1968)

El doble

No tuve otra alternativa, necesitaba salir a la calle, distraerme. Hice un muñeco igual a mí, quedó perfecto, bueno, casi.

Pensé en cuidar todos los detalles, nadie debía notar mi ausencia. Le dejé un teléfono para que llamase en caso de emergencia y prometí estar al pendiente. También le enseñé a asentir con la cabeza ante cualquier pregunta, aunque le cuesta un poco, su cuello es tullido (ya dije que era casi perfecto).

Al principio lo visité algunas ocasiones; una vez le llevé la camiseta del Barcelona, no podía fallarle, era la final de liga; otro día tuve que consolarlo mucho, al parecer falló en un momento fogoso y, como es sentimental y romántico, le afectó un tanto; quedó calmado cuando dije que eso nos pasa a todos.

En fin, de eso han transcurrido veinte años, mi doble al juzgar por su sonrisa parece estar feliz, creo que ya no le importa pasar tanto tiempo en la cárcel.

Ella

Tenía una forma especial de tratarme, no como las anteriores. Hasta la manera de girar la llave de la ducha la hacía única.

Recuerdo sus atenciones, las tardes que pasó escuchando mis poesías; incluso un día se atrevió a escribir una; todavía la conservo bajo la almohada.

Como olvidar su buen humor y ese carácter que, a pesar de las circunstancias, era siempre llevadero; todas las veces me daba la razón.

Hace una semana no la veo, escuché decir que no vuelve, pero lo más indignante, lo más lamentable, es no haberla podido abrazar nunca, todo por culpa de esta maldita camisa de fuerza.



Ricardo Jesús Mejías Hernández. Poeta y narrador venezolano. Contador público egresado de la Universidad de Carabobo (1996). Ha publicado los poemarios *Poemas del oficio y otros vuelos* (Sur Editores, 2013), *Iluminado en la sombra* (Negro Sobre Blanco, 2014), *El Vocerío de los locos* (Negro Sobre Blanco, 2015), además del libro de microrrelatos *Cirque* (Negro Sobre Blanco, 2014). Ganador del Premio Nacional de Poesía Delia Rengifo (Caracas, 2011), del II Concurso Mundial de Ecopoesía 2012 (Tumbes, Perú) y del Premio Nacional de Literatura Ipasme en la mención de Poesía (Caracas, 2015).

Víctor Mosqueda Allegri (Valencia, Carabobo, 1984)

Cadena de favores

Un hombre secuestrado es torturado por seis meses. Su captor se suicida justo después de liberarlo. El secuestrado escoge una persona al azar, la tortura por seis meses y la libera. Luego se suicida. La persona recién liberada toma a un niño al azar, lo tortura por seis meses y lo libera. Luego se suicida. El niño repite el patrón con un anciano. Este continúa la cadena y le siguen tres docenas de víctimas. Le precede media centena. La policía está tan desorientada como al inicio. Más de cuarenta años y tres generaciones de buenos detectives sin una sola pista de valor. A kilómetros de donde la policía intenta encontrar evidencias, una mujer es liberada tras seis meses de tortura, y secuestra a un tipo de setenta y tantos. Ya en la habitación de tortura, al hombre le brillan los ojos de orgullo. Seis meses después, ocurren dos suicidios.

Consejos para asesinos nóveles de Chejov

El clavo desnudo sobre la pared, el del primer acto, no le sirvió al asesino para colgar a su víctima del cuello y desangrarla en el acto final. De hecho, para el momento en que se escribe esto, ese clavo sostiene un bonito cuadro impresionista con la figura de un arenque rojo, y todos, incluidos policías, familiares y lectores, siguen creyendo que el hombre murió de un infarto. Todos menos el asesino y Chejov.



Víctor Mosqueda Allegri. Psicólogo y narrador. En el año 2013 recibe la primera mención en el IX Concurso Nacional de Cuentos SACVEN por su relato Los 7 mandamientos de la Granja Muck. En el año 2014 recibe mención especial en el VIII Premio de Cuento Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores por su cuento La mesa. Ha publicado Manual de patologías (2015), ganador del VIII

Concurso Nacional de Narrativa Salvador Garmendia, y Memorias del porvenir (2015), novela ilustrada escrita en colaboración.

Tomás Onaindia (Caracas, 1953)

La muerte verde

Nunca escribiré este cuento de terror. Había cambiado de acera para evitar una taberna cuando los tres hombres me rodearon. Gritaban y me abrazaban. Yo no estaba seguro de conocerlos, pero ellos a mí sí. ¡Edgar, Edgar Allan Poe!, repetían. Nos movíamos en grupo y doblamos en una esquina. Demasiado tarde me di cuenta de que nos internábamos en un callejón. Una mano sofocó mi grito. Me arrastraron y me lanzaron contra la pared. El golpe me dejó aturdido. Sentí que me registraban hasta encontrar el sobre con los 1.500 dólares: el dinero que me habían confiado los suscriptores para fundar una revista. Entonces una garra humana aferró mis mandíbulas, mientras otra mano blandía una botella. El líquido brotó de su boca para caer en la mía y fue como si un río de brea bajase por mi garganta. Contemplé el brillo de la absenta pura, de un verde como no se conoce otro. Me estaban matando con mi bebida favorita. Es el crimen perfecto, pensé.

La sirenita

Demasiados asientos vacíos para un vuelo *low-cost*. Mejor así, la maleta saldrá antes y habrá menos gente para pasar la aduana. Luego un taxi al hotel y me libraré del encargo. ¿El hotel? ¿Cómo se llama? Debo tener siempre la dirección a mano. Aquí está el papel donde Quídam me anotó los datos. ¿Por qué tantos dobleces? «Ojalá tengas tiempo de leer estas líneas, mi amor. Te imagino en el avión rumbo a Copenhague. Ya sé que has quedado allí con tu amante, el que quiere llevarte al puerto porque, según él, te pareces a la flaca de la estatua. Ese fue el último mensaje que te mandó al móvil. Una ridícula imprudencia, otra más. Tenía que haber pensado que, a esa hora, estarías muy ocupada tragándote los condones llenos de heroína. Por cierto, les hice un tratamiento especial. No aguantarán todo el viaje. Están a punto de rasgarse en tu estómago. Qué disparate todo. Me has

salido muy cara, aunque lo tuyo va a ser peor. Y ni siquiera podrás maldecirme ni gritar mi nombre. Tuyo hasta el final, Quídam».



Tomás Onaindia. Tuve la suerte de criarme en una de las antiguas librerías Aguilar de Madrid. Desde entonces no he dejado de estar entre libros, a veces los traduzco y otras los escribo.

Chela Palacios (San Sebastián, estado Aragua)

Evocación

La cena se enfriaba en la mesa, la espera se hizo lenta, no llegó. De pronto la noticia por la televisión. Un accidente de tránsito truncó tu vida. Enmudecí. El dolor no me dejaba pensar. ¿Qué pasó? Me pregunté... Todo estaba tan bien. A mi cerebro llegaron de forma atropellada todos tus recuerdos: buenos, malos... La forma como nos amábamos. Y de pronto el silencio. Aquieté mi mente. Y solo pensé en lo bello. No salió de mis ojos una lágrima. Una sonrisa se dibujó en mis labios. Todo había terminado.

El desquiciado

«La mujer de la foto sonreía», y ahora sigues tú con tu cara de odio. Él me contó, con melancolía y también rabia, lo que pasó. Estoy desolado, me dijo. Por mi mala cabeza e irresponsabilidad perdí a mi único hijo y ahora rumio mi dolor, maldigo, me desquicio, arremeto contra el mundo, pienso: ¡nadie me quiere!... Me pregunto ¿Para qué vivo? Miré la foto de la mujer y decidí romperla para olvidar. Eliminar todo recuerdo de *la cínica*, como la llamo. Pero sé que aunque rompa la foto, su cara, su sonrisa, su alegría siempre estarán en mi mente.



Chela Palacios. Dramaturga. Actriz de teatro. Directora de teatro (niños y adultos). Narradora. Tiene entre sus obras: *La clase para ser contada*, entre otras obras inéditas.

Ender Rodríguez (San Cristóbal, 1972)

Cleto

Iba a la playa de niño y con caracolas jugueteaba pensando ser un ave marina bebé.

Creció y creció y las caracolas no. Ya no era ave pequeñuela, era capaz de comerse a otras aves y sintió que se comía a su familia. Ninguna persona le explicó nada sobre evoluciones u órganos.

Su padrastro no lo golpeaba jamás, pero le trataba como a un agujero vacío en la pared. Él imaginaba ser la pared de moho en un cuarto salado con olor a mar. Un día lo encontraron mirando fijamente al cuerpo inmóvil de su padrastro, comido por cangrejos bebés.

Cleto había limpiado la hiel que expelía esa masa de pieles huesudas hechas momia; y había colocado caminitos de azúcar para que animales menudos dieran con el festín. El chico fue encarcelado y golpeado. En sus ahuecados ojos había algo sombrío. En las noches, le lanzaban al calabozo podridos trozos de cola de tiburón hembra antes de dormir.

Ningún reporte policial o estudio encontró sangre, fluidos, saliva o huellas del chico. Pero éste reía y reía entre dientes cada noche. Parecía ser un momento de devoción y gozo. El cuerpo de Cleto, el día del crimen, estaba bañado en algas y sangre de animales marinos, más no del padrastro.

En su mente Cleto permanecía sintiendo interminables orgasmos y era visitado día y noche por pequeñas aves que todavía olían el cuerpo momificado del occiso.



Ender Rodríguez. Escritor y artista multidisciplinario. Ha publicado: *Cantos del origen* (2001, CONAC); *El sofá de Beatrice* (2006, CENAL); *Primavera cero* (IPASME, 2007); *Creactivo* (BARIQUÍA, 2007); *Rabo de Pez* *Nuevos idiomas en la creación formato e-book* (FEUNET, 2014) y *Ex sesos y asa res Borriones para textos no tan perversos* (CENAL, 2016) entre

otros publicados en físico y en internet. Igualmente trabaja en proyectos de edición alternativa y de fácil acceso al público.

Richard Sabogal (San Cristóbal)

Día de clases

Cuando los afianzó con fuerza, los cerrojos del estuche de la guitarra se quejaron. La mañana lo convertía en uno más en la apretujada calle; un profesor de música en pos de su colegio. Pasó junto al legañoso mendigo que se apoltronaba en su cartón. Tropezó con la prostituta que regresaba a casa junto al niño con su uniforme perfumado. De soslayo, la joven ejecutiva en su nube de azoro iba muy cerca del recién graduado en pos de su primera entrevista.

Sus pasos de acero doblegaron la escalera a la entrada del bullicioso edificio. La puerta de la Dirección cedió con un crujido. Los cerrojos del maletín se dejaron hacer. La escopeta relució, la directora abrió la boca —iba a gritar— pero el disparo, le ganó la partida.

Una mujer ejemplar

Iracema era su nombre. Extrovertida y hermosa. Soñaba con estudiar letras; leía a Cortázar, Neruda, Lorca, Whitman; a los poetas actuales, a los escritores; leía *best seller*, la guía hípica y el Condorito. Todo pasaba por sus manos. Algo bueno podría sacar de cada lectura. No tenía novio, muchos la pretendían. Algunos le atraían, pero quería lograr su gran meta y no lo haría si un hombre se topaba en su camino. Amaba las flores, los animales, era colaboradora de fundaciones protectoras de fauna callejera. Bañaba perros y leía a los ancianos en el geriátrico.

Caminaba a diario por su casa para mantener su figura que no era nada deforme. Vivía cada minuto a plenitud, no desperdiciando absolutamente nada. Escribía cuentos, novelas, poesía y relatos cortos de amor y justicia para todos. Amaba a quienes la amaban, respetaba sin soberbia a quienes la envidiaban. Era feliz. Todo esto soñaba que era y nunca fue, porque en realidad era uno de los fetos abortados en el depósito que consiguió la policía en una Universidad del Occidente del país.

Seguramente su madre era igual que el sueño.



Richard Sabogal. Periodista y escritor venezolano (1984). Autor de los libros de cuentos: *Al filo del reloj*, *Cuentos para morir leyendo* y *La muerte disfruta su propia inseguridad*; sus escritos salieron publicados en las antologías: *Líneas & Versos para incitar al vuelo VI Aniversario* (México); *Primeros exiliados* (Argentina); *Colección de cuentos postmodernistas I* (Venezuela), *Antología Poética Venezolana Siglo XX* (Venezuela). En el ámbito de la promoción literaria, es director de la editorial Negro Sobre Blanco.

Fedosy Santaella (Puerto Cabello, 1970)

Breve interrogatorio policial

—¿Lo mató porque le era infiel?

—No.

—¿Lo mató porque la maltrataba?

—No.

—¿Lo mató porque usted está enamorada de otro?

—No, yo lo amaba.

—¿Lo mató para cobrar un seguro millonario?

—No, tampoco.

—Me va decir que lo mató por accidente.

—No, diez tiros en el pecho no califican como accidente.

—¿Entonces?, ¿por qué lo mató?

—¡Porque roncaba, coño, lo maté porque roncaba!

Killer Joe

Encendió la luz, vio a sus muertos, la apagó.

En la oscuridad, sonrió con ternura.

Killer Joe 2

Y como por no dejar, miró bajo la cama.

Allí encontró la cabeza que le faltaba.



Fedosa Santaella. Narrador, ensayista. Algunas de sus publicaciones son: *Cuentos de cabecera* (2001), *El elefante* (2005), *Piedras lunares* (2008) y *Ciudades que no existen* (2010), etc. En libros para niños y jóvenes: *Fauna de Palabras*, *Historias que espantan el sueño* (2007), *Verduras y Travesuras* (2009), *Miguel Luna contra los extraterrestres* (2009). Las novelas: *Rocanegras* (2007), *Las peripecias inéditas de Teofilus Jones* (2009). Algunos de sus cuentos se encuentran en: *De la urbe para el orbe* (2006), *Antología de cuentos de humor* (2006), *Antología del cuento breve en Venezuela* (2005) y *21 del XXI, antología del cuento venezolano* (2007).

Yván Serra

Indignación

Ante la impunidad reinante, decidió tomar la justicia por su mano. El pulso le tembló un poco antes de dispararse al cielo de su boca.

La buena muerte.

Caracas 2015

A sus años merecía una muerte dulce; en su cama, con sus familiares llorosos y ella inerte en el sopor de una septicemia o una insuficiencia cardíaca. Quizás un infarto, que en su caso solo sería un leve dolor en el pecho, al que le acompañaría un mareo del que apenas podría quejarse antes de perder la conciencia.

Tendría tiempo esperando a la muerte. La vida en exceso también cansa. La imaginaba con dulzura, susurrándole al oído: — Vente conmigo, ya tu tiempo está cumplido.

A su edad, no merecía esa muerte en manos de aquellos asesinos, a los que vio mientras se desangraba, cargando con el televisor de su cuarto.



Yván Serra. Licenciado en estudios políticos y administrativos de la U.C.V. (1986) con maestría en administración de empresas del I.E.S.A. (1991). Asesor empresarial y profesor universitario. Ha sido articulista del Diario El Carabobeño y el Semanario ABC de la Semana. Sus opiniones pueden ser leídas en su blog: [El periscopio de Yván Serra](#). Miembro del Grupo Literario Antonio Palacios. Coautor del libro *Urgencia del Relato*.

Gregorio Valera-Villegas

Amor fatal

Las doce menos cuarto. La mujer llegó puntual a la cita. Aquella noche había dormido poco, en su mente, así lo intuyo, se agolpaban en torbellino las escenas de anteriores intentos de liquidar al personaje. Las instrucciones recibidas habían sido claras, concisas y tajantes como un memorándum dictado por un jefe militar: «cumpla la tarea, no de más rodeos, el tiempo apremia. El número 1 debe desaparecer ya. Es una orden».

El avión la había traído de vuelta a la Isla. Alta, hermosa. Hacía muy bien su papel de comunista. Yo y mi equipo, le seguíamos de cerca. Había algo en ella que no terminaba de convencerme. Despejada y fría lucía la noche. El vehículo que la trasladaba al lugar del encuentro con el cupido iba despacio. Nosotros lo seguíamos a cierta distancia. Su misión de matar al jefe por poco y la logra. Su plan era envenenarlo. El auto se detuvo justo a la entrada del gran hotel. Allí en la habitación 318 era la cita. ¿Vienes a asesinarme, verdad? Ella, no respondió, se quedó paralizada, fría, como un cadáver. De pie sin moverse, lo afirmó con la cabeza. Te facilitaré las cosas. De su cintura tomó su pistola y se la dio, mirándola fijamente a los ojos. Ella, con el rabo del ojo izquierdo miró el espejo fijado en la pared. Ahí estaba yo con la 9 milímetros lista para dispararle. Le felicito comisario Martínez, ha dado en el blanco una vez más.

No lo tome, Comandante

A media mañana, al Jefe le llevaron su acostumbrado batido de chocolate. El mercenario, convertido en camarero, se dirigió raudo a la habitación a cumplir la orden recibida. Faltaban sólo unos escasos segundos para lograr su cometido, cuando mi intuición de sabueso lo anticipó. Corrí al lugar, y justo antes de que ingiriera la bebida, detuve el brazo del Jefe, del Número Uno. ¿Qué pasa Martínez? ¿Por qué me

haces esto? No lo tome, Comandante, puede estar envenenado... No, no lo estaba, en verdad. Al comemierda le faltaron bolas para consumir el atentado. No había sido capaz de meter la cápsula de cianuro en la bebida. La había dejado guardada en el bolsillo derecho de su abrigo.

Le felicito, Comisario Martínez, un atentado frustrado más para la lista... Otro más. Vendrán otros, hay que estar preparados. Y siguieron muchos más. Los esbirros contratados eran mercenarios, en ellos no privaban ideales políticos ni de otra índole, sólo la voz del dinero, nada más. Esa razón, y nuestro trabajo de pesquisa criminal, siguió impidiéndolos durante los años que vinieron.

Once de la noche en la Isla, de la tibia pantalla del televisor se escuchó la voz gangosa del presidente de la nación. ...Hoy 25 de noviembre, a las 10:29 horas de la noche falleció de muerte natural el Comandante en Jefe... Al recibir la noticia, el comisario Martínez se puso de pie maquinalmente. Sólo se limitó a decir: ...como policía he cumplido.



Gregorio Valera-Villegas, escritor y profesor titular de filosofía de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad Simón Rodríguez. Premio Municipal de Literatura Mención Ensayo del Municipio Libertador, Caracas, 2010. Primer Premio en el Primer Concurso de Cuentos Navideños en noviembre de 1998. Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela. Ha publicado obras de creación literaria: libros de narrativa y poesía. Tiene también relatos y poemas publicados en revistas impresas y electrónicas y en páginas literarias de circulación regional, nacional e internacional. Correo electrónico: gregoriovaleravillegas@gmail.com

Graciela Yáñez Vicentini (Caracas, 1981)

Historias de arañas

LA HEROICA

Hay una arañita trepando rápido por mi pecho. Tiene muchas patas y me hace cosquillas al andar.

Yo la veo desde arriba, con cierto asombro, cierta soberbia. Osada. Heroica.

Dejaré que siga subiendo. Que haga lo que quiera sobre mí. (Que juegue un rato con mis senos y mi cuello, si tanto le apetece.) Pero eso sí, cuando llegue a mis labios y plante un beso —uno solo— abriré la boca de un golpe para tragármela entera.

Y no volverá a salir.

LA INSIGNIFICANTE

Las arañas nunca mueren. Las pisas y sus patas se agitan como locas.

¿Qué sentido tiene que trate de matar una araña? Si lo que me molesta tanto es precisamente ese movimiento nervioso, amenazante, de un animal que no se queda quieto de ninguna forma; un animal enfermo que enferma y acecha y te altera los nervios y te enloquece. *Me molestan tus patas profundamente. Deja ya de moverte bicho asqueroso.*

Si quieres escóndete ahí en la esquina. En las sombras donde no te ves y no significas nada en esta vida. Ahí debajo de la cama es el mejor rincón de la habitación.

Encima me dueles hasta las entrañas.

Caja de juguetes

Mi mamá es un maniquí.

Mi papá es impresionante: es admirable. La manera de moverle las manos y vestirla y hacerla hablar. Le mueve los dedos de los pies, incluso el meñique izquierdo (hay una especie de defecto de fábrica en el derecho), y hace que sus labios deletreen palabras inauditas. La viste de mil formas diferentes y la hace bailar. Parece Ginger Rogers, a ratos. (Creo que mi papá nunca superó su amor adolescente por Ginger y ahora trata de reproducirla en el maniquí). Lo malo es que mi mamá no puede bailar con él porque lo necesita para que le mueva los pies.

Le he preguntado a mi papi si mi mami es realmente un maniquí. Está tan viva que parece más bien un títere. Pero nunca he podido ver los hilos sosteniendo las piernas y los brazos, es como si él la manejara a través de finos cordeles invisibles.

Yo todavía no sé qué soy yo así que le he prometido ayudarlo con el inconveniente de los pies tan pronto lo averigüe. El problema es que me da miedo verme en el espejo y cada vez que he tratado de hacerlo me acobardo al último minuto y corro a esconderme en el clóset.

Mi papá dice que no hay que saber demasiado. Que hay misterios que no fueron diseñados para poder explicarse.

Cuando me meto entre sus zapatos me dice que está muy orgulloso de mí.



Graciela Yáñez Vicentini. Lic. Letras UCV. Su heterónimo Egarim Mirage firma los poemarios *Íntimo, el espejo* (Oscar Todtmann Editores, 2015) y *Espejos al espejo* (El Pez Soluble, 2006). Sus textos han sido incluidos en publicaciones nacionales y mexicanas. Premios de poesía (Ateneo de Caracas, 1997); poesía y narrativa (UCV, 2001-04). Actualmente es gerente cultural y correctora de Ediciones Letra Muerta. Coordina el taller *El País de Yolanda Pantin* de Samuel González-Seijas; y *Poesía de Ocasión* y el *Jamming Poético*, junto a Kira Kariakin.

Índice

Argentina

Esteban Agueti	5
Aldo Altamirano	7
Diana Beláustegui	9
Bee Borjas	12
Mónica Brasca	14
Ana M ^a Caillet B.	16
Sandro Centurión	17
Antonio Jesús Cruz	18
Rogelio Dalmaroni	20
Luciano Doti	22
Mónica Druetta	23
Julio R. Estefan	25
Daniel Frini	27
Luis H. Gerbaldo	29
Clara Gonorowsky	30
Juan Pablo Goñi C.	32
Eduardo Gotthelf	34
Roque Grillo	36
Raquel Guzmán	37
Jorge E. Hadandoniou	38
Leandro Hidalgo	40
Rodolfo Lobo M.	41
M ^a Elena Lorenzin	42
Eduardo Mancilla	44
Mirta Mineo	46
Juan Manuel Montes	48
Patricia Nasello	50
Ildiko Nassr	52
Patricia Odriozola	54
Patricio Peralta	56
Rogelio Ramos S.	57
Héctor Ranea	58
Álvaro Ruiz de Mendarozqueta	61

Norah Scarpa F.	63
Ana María Shua	65
Carlos Suchowolski	68
Leandro Surce	69
Luis A. Taborda	72
Ernesto Tancovich	74
Eduardo E. Vardé	76
Carlos Vitale	77
Mónica M. Volpini C.	78
Omar J. Zárate	79

Bolivia, Colombia, Cuba, Guatemala, Nicaragua

Homero Carvalho O.	82
Guillermo Bustamante	83
Emilio A. Restrepo	84
Saturnino Rodríguez R.	86
Francisco A. Méndez	87
Ian David Briceño	89
Ernesto Castro H.	90

Canadá

Jorge Etcheverry	92
Jorge P. Guillén	93
Ramón Sepúlveda	95

Chile

Georges Aguayo	98
Gabriela Aguilera	100
Gregorio Angelcos	102
Alex D. Barril S.	103
Ana Rosa Bustamante	105
Orietta de la Barra	107
Eduardo Contreras	109
Ramón Díaz Eterovic	112
Lilian Elphick L.	113
Denise Fresard	114

Walter Garib	116
Eliah Germani	118
Pedro G. Jara	120
Alfredo Lavergne	122
Víctor Hugo López S.	124
Ana M ^a Montalva	126
Camilo Montecinos	128
Antonio Montero A.	129
Juan Mihovilovich	131
Diego Muñoz Valenzuela	133
Óscar Olivares	135
Marianela Puebla	137
Milton Puga	139
M ^a Isabel Quintana	142
Andrés Reveco A.	144
Aníbal Ricci	146
Mariela Ríos Ruiz-Tagle	148
Patricia Rivas	149
Enrique Silva R.	150
Roger Texier	151
Eugenia Toledo R.	152
José Leandro Urbina	154
Jaime Valdivieso	156

Ecuador

Eduardo Adams	159
Carolina Andrade	160
Raúl Pérez Torres	161
Solange Rodríguez P.	162
Huilo Ruanes	164
Abdón Ubidia	166
Cristóbal Zapata	167

España

Alberto Blanco	169
Carmen de la Rosa	170
José Luis Díaz	172
Pilar Galindo S.	173

Maite García	174
Pablo A. García M.	176
Yurena González	177
Ana Grandal	179
Luisa Hurtado	180
Roberto Jumet	182
Gloria de la Soledad López	183
Ricardo Monasterio	184
Victoria Obradors	185
Ernesto Ortega G.	186
Óscar Palazón F.	188
Plácido Romero	189
Elmer Ruddenskjrik	191
Samuel «Cuervo» San José	193
Atilano Sevillano	194
Helio Thorkell	196
Juan Yanes	197

Estados Unidos

M ^a del Pilar Clemente B.	199
Hemil García Linares	201
Patrice Hanke Perla	203
Melanie Márquez Adams	207
Luis Mora	209
Naida Saavedra	212

México

Cástulo Aceves	215
Sergio Astorga	216
Agustín Cadena	217
Judith Castañeda S.	218
Luis A. Chávez F.	219
Gerardo Farías	220
Rafael Fernández	221
Azucena Franco	223
Juan Carlos Gallegos	224
Rubén García G.	225
Victoria García G.	226

Asmara Gay	227
Dina Grijalba	228
Armando Gutiérrez M.	229
Perla Hermosillo	230
Diana R. Hernández M.	231
Engel Islas	232
Brenda Morales M.	233
Anaclara Muro C.	234
José Manuel Ortiz S.	236
Alfonso Pedraza	237
Javier Perucho	238
Jeremías Ramírez V.	240
Gabriel Ramos	241
Roberto O. Román	242
Adriana A. Rodríguez	243
Fernando Romero Carrera	244
Sergio F.S. Sixtos	245
José Salvador Ruiz	246
Fernando Sánchez C.	247
Paola M. Tena	248
Paulo Verdín	250

Perú

Patricia I. Colchado	252
Maritza Iriarte	255
Carlos E. Saldivar	256

Portugal y Brasil

Fernando Denis	259
Henrique M. Bento Fialho	260
João Carlos Silva	261
Wilson Gorj	262
Rô Mierling	264

Venezuela

Inés González	267
Nefran González	268

Alberto Hernández	270
Juan L. Manzano K.	272
Ricardo J. Mejías H.	274
Víctor Mosqueda A.	276
Tomás Onaindia	278
Chela Palacios	280
Ender Rodríguez	281
Richard Sabogal	283
Fedosy Santaella	285
Yván Serra	287
Gregorio Valera-Villegas	288
Graciela Yáñez V.	290
Último disparo	298





Último disparo

El microrrelato crece: como género híbrido e indomable, como sistema contrahegemónico, como palabra subversiva. Forma fictiva mas no simple. Y no se autoelimina como la novela que, me atrevo a decir, está decayendo en su estructura *épica*. Frente a estos tiempos convulsos, violentos y fugaces el microrrelato, en el abanico literario, se construye día a día y en todo el mundo. Es una respuesta frente a la adversidad cotidiana, uno de los modos de negar los muros y de expandir la creación artística. La esencia libre de la palabra no puede ser silenciada.

¿Se aburrieron? Creo que no. Cada texto de esta antología es un disparo o una flecha... o un halcón que vuela en picada. Escrituras breves que están hechas del *material con que se fabrican los sueños*.

Agradezco muchísimo la participación de los más de cien autores y autoras y el trabajo de los/as compiladores/as de cada país.

Lilian Elphick

Marzo de 2017